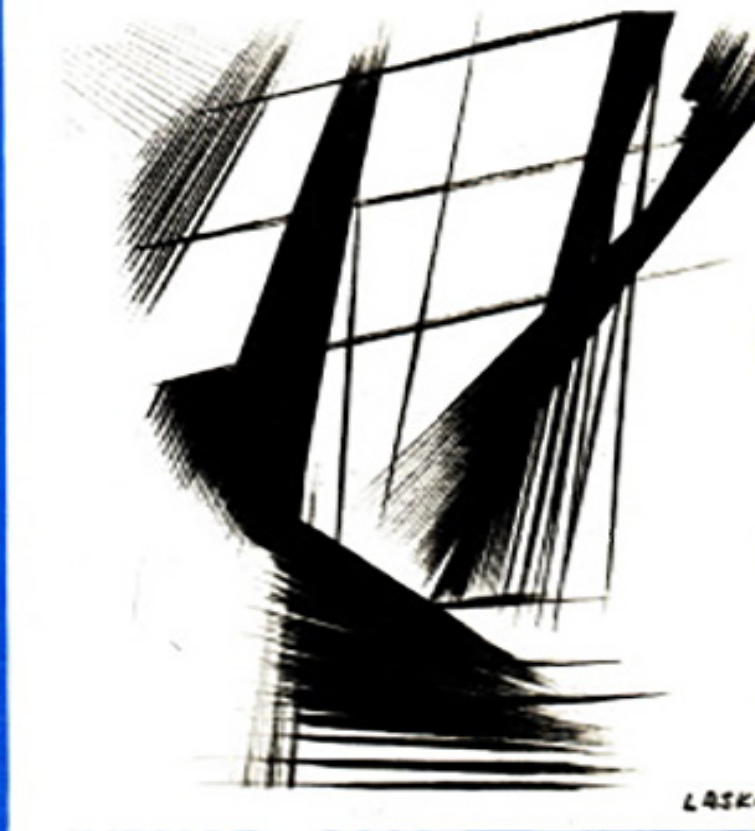


josé carlos mariátegui



II

FIGURAS
Y ASPECTOS
DE LA
VIDA MUNDIAL.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

II
FIGURAS Y ASPECTOS
DE LA
VIDA MUNDIAL

17

ÍNDICE

1926	7
POLÍTICA ITALIANA	7
EL VATICANO Y EL QUIRINAL	11
LA CRISIS ALEMANA Y EL RÉGIMEN PARLAMENTARIO	14
POLÍTICA INGLESA	18
AUSTRIA, CASO PIRANDELLIANO	22
ALEMANIA EN LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES	25
ARÍSTIDES BRIAND	29
LA CRISIS DE LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES	32
FARINACCI	36
LA NUEVA RUSIA Y LOS EMIGRADOS	39
LAS NUEVAS JORNADAS DE LA REVOLUCIÓN CHINA	42
LA HUELGA GENERAL EN INGLATERRA	46
LA PROTESTA DE LA INTELIGENCIA EN ESPAÑA	49
PILSUDSKI Y LA POLÍTICA POLACA	52
LA ESCENA PORTUGUESA	55
EL MINISTERIO BRIAND-CAILLAUX	58
LA AGITACIÓN REVOLUCIONARIA EN ESPAÑA	61
LA ESCENA SUIZA	64
EL MINISTERIO DE CONCENTRACIÓN REPUBLICANA DE POINCARÉ	67
DESPUÉS DE LA MUERTE DE DZERJINSKY	70
LA CRISIS GRIEGA	73
LUTHER	75
EUGENIO V. DEBS	78
LA TRAGEDIA DE ITALIA	81
UNA ENCUESTA DE BARBUSSE EN LOS BALKANES	85
EL NUEVO ESTATUTO DEL IMPERIO BRITÁNICO	88
KRASSIN	91
LA CRISIS DE LA MONARQUÍA EN RUMANIA	94
LA CRISIS ALEMANA	96
1927	100
EL MOVIMIENTO SOCIALISTA EN EL JAPÓN	100
EL NUEVO GABINETE ALEMÁN	103
EL PROBLEMA DE LA CHINA	106
LA EX-COMUNIÓN DE "L'ACTION FRANÇAISE"	109
EL PROBLEMA DE BESARABIA	111
LA TOMA DE SHANGHAI	114
ITALIA Y YUGOESLAVIA	117
EL PROCESO A LOS CONJURADOS DE LA NOCHE DE SAN JUAN	120
EL DEBATE POLÍTICO EN INGLATERRA	123

H. G. WELLS Y EL FASCISMO	126
LA DECADENCIA DE INGLATERRA.....	129
LA RUPTURA ANGLO-RUSA	132
EL PROBLEMA DEL DESARME	135
AUSTRIA Y LA PAZ EUROPEA	138
EL PARLAMENTO DE PRIMO DE RIVERA.....	141
MAXIMILIANO HARDEN	144
OCCIDENTE Y ORIENTE	146
RUSIA EN GINEBRA.....	150
1928	154
TROTSKY Y LA OPOSICIÓN COMUNISTA	154
ESTACIÓN ELECTORAL EN FRANCIA	157
GIOVANNI GIOLITTI.....	160
EL GOBIERNO DE LA GRAN COALICIÓN EN ALEMANIA	164
LA CAMPAÑA ELECTORAL EN LOS ESTADOS UNIDOS.....	167
AL SMITH Y LA BATALLA DEMÓCRATA	170
HERBERT HOOVER Y LA CAMPAÑA REPUBLICANA	174
LA CRISIS MINISTERIAL FRANCESA.....	178
EL PROBLEMA DE YUGOESLAVIA LOS CROATAS CONTRA BELGRADO	181

1926

POLÍTICA ITALIANA*

Para los que en 1924 se emborracharon con exceso de ilusiones reformistas y democráticas, el balance de 1925 no puede ser más desconsolador. El año se ha cerrado con fuertes pérdidas para el reformismo y la democracia. En Francia, el cartel de izquierda ha entrado, en el curso de 1925, en un período de disolución. En Alemania, la elección de Hindenburg ha marcado un retorno de los principios conservadores y militaristas. En Italia, sobre todo, el régimen fascista, que en 1924 vacilaba, en 1925 ha contraatacado victoriosamente.

Durante más de un semestre, la heterogénea coalición del Aventino vivió en el error de creer que el boicot del parlamento bastaba para traer abajo a Mussolini. El partido comunista le recordó en vano que un régimen instaurado por la fuerza no podía ser abatido sino por la fuerza. La democracia italiana no quiso discutir siquiera la proposición comunista de convertir el Aventino en un parlamento revolucionario. Los socialistas —unitarios y maximalistas— se solidarizaron con esta táctica pasiva. La batalla se libraba en la prensa. La oposición, dueña de la mayor parte de los periódicos, se embriagaba con el estruendo de una ofensiva periodística en gran estilo.

Pero, naturalmente, por esta vía no se podía llegar a la meta soñada. Ni Mussolini era hombre de dejarse arrear por una maniobra como la de la retirada al Aventino. Ni la oposición podía suscitar una agitación popular capaz de producir extraparlamentariamente un nuevo gobierno. El Aventino representaba un gesto negativo. No tenía un programa positivo, un método creador. Y el tiempo, lógica y fatalmente, trabajaba por el fascismo. La tensión nerviosa producida por el asesinato de Matteotti

* Publicado en **Variedades**, Lima, 16 de enero de 1926.

se debilitaba a medida que los meses pasaban sin que el antifascismo empeñase el combate decisivo.

En enero pasado, constatadas ya hasta el exceso la impotencia de la oposición aventinista y la domesticidad de la oposición parlamentaria. Mussolini comprendió que era el instante de contraatacar. Los hechos han probado que no se equivocaba. Mussolini, en seis meses de defensiva, le había tomado bien el pulso al adversario. Había averiguado, por ejemplo, que no tenía intenciones de presentarle combate, por el momento, sino en el terreno periodístico. Y que, en consecuencia, la posición contra la cual debía dirigir sus fuegos era la prensa.

La prensa no fue suprimida; pero si fueron suprimidos sus ataques. Mussolini sometió las noticias y los comentarios de la prensa a la justicia sumaria y rápida de los prefectos. Sus autoridades no se tomaban la molestia de la censura previa. No prevenían; reprimían. Las ediciones que contenían una noticia o un comentario demasiado heterodoxo eran secuestradas por la policía. Por consiguiente, los periódicos sufrían no sólo en su propaganda sino, además, en su economía.

Mediante este simple sistema de represión. Mussolini consiguió casi desarmar a la oposición. El bloque del Aventino pensó entonces en el regreso a la cámara. A falta de la tribuna periodística, había que emplear la tribuna parlamentaria. Pero a este respecto el acuerdo no era fácil. A la resolución definitiva, sobre todo, no se podía arribar prontamente. Algunos diputados del Aventino se manifestaban reacios al retorno a Montecitorio. Esta especie de declaratoria de quiebra de una empresa acometida con tanta arrogancia y tanto énfasis les resultaba más difícil de aceptar que todas las dosis posibles de aceite de ricino.

Y tuvo así el Aventino un período de parálisis, durante el cual se incubaron acontecimientos sorprendidos, teatrales, destinados a obstruir el mismo camino del retorno. El golpe frustrado de Za-

niboni contra el Duce vino, hace un mes, a mudar la situación. Zaniboni, ex-diputado socialista unitario, excombatiente condecorado con la medalla de oro al valor militar, fue sorprendido en un cuarto de hotel, estratégicamente ubicado, en instantes en que se preparaba a disparar sobre Mussolini los dos tiros de un fusil de precisión matemática.

El complot no podía ser atribuido a la oposición aventinista. La policía de Mussolini sabía que Zaniboni obraba de acuerdo con unos pocos elementos demo-masones. No cabía siquiera el procesamiento de su partido. Los hilos de la conjuración no denunciaban la existencia de una red de preparativos revolucionarios. Denunciaban sólo un estado de desesperación en los temperamentos más ardorosos y tropicales del Aventino. Pero el fascismo necesitaba sacar de este acontecimiento todo el partido posible. Y, sin duda, lo ha sacado.

Mussolini prohibió a sus gregarios las represalias. Su orden fue obedecida. Mas, precisamente a la sombra de esta disciplinada abstención de actos esporádicos de violencia y de terror, la policía cargó a fondo contra la oposición. No ha habido en Italia, a raíz de la tentativa de Zaniboni, represalias individuales de los "camisas negras". El gobierno fascista ha preferido usar, con el máximo rigor, la represión policial.

Todos los reductos legales de la oposición han sido asaltados. Y muchos han caído definitivamente en manos del fascismo. El régimen fascista ha aprovechado la tentativa estúpida de Zaniboni para disolver al partido socialista unitario, para suprimir "La Giustizia", "La Voce Republicana" y otros diarios, para ocupar las logias masónicas, etc. Los sindicatos fascistas se han instalado **manu militare** en el local de la cámara de trabajo de Milán, antigua ciudadela del proletariado socialista, considerada inexpugnable por mucho tiempo.

El episodio más resonante de esta ofensiva fascista ha sido, tal vez, la conquista del "Corriere della Sera". "La Stampa" de Turín y el "Corriere della Sera" de Milán, sus dos mayores rotativos, eran las dos más fuertes posiciones del antifascismo en la prensa italiana. Mussolini podía suprimirlos. Pero esto le parecía, sin duda, demasiado "escuadrista". Mucha gente **ben pensante** no le perdonaría nunca el asesinato de dos periódicos en cuya lectura cotidiana se había habituado a formar su criterio. Lanzada a los vientos la noticia del golpe fracasado, se presentaba, en tanto, la ocasión de ganar para el fascismo estas dos tribunas. "La Stampa" de Turín fue la primera en caer. El senador Frassati, —percibido el peligro de la supresión lisa y llana del diario—, abandonó su dirección. Con el "Corriere della Sera" hubo que apelar a medios más enérgicos. El secretario general del partido fascista, Farinacci, puso a los hermanos Crespi, principales accionistas del "Corriere", frente a este dilema: o la suspensión del diario o su entrega al fascismo. Y los hermanos Crespi, pacíficos industriales lombardos, optaron en seguida por el segundo término. El olvido de una formalidad de la escritura celebrada en 1919 con el senador Albertini, director y accionista del "Corriere", amo absoluto de sus destinos y opiniones, les proporcionó el pretexto para la anulación del contrato de sociedad. En la edición del 28 de noviembre último, el senador Luigi Albertini y su hermano Alberto Albertini, tuvieron que despedirse melancólicamente de sus lectores.

Los hermanos Albertini, liberales de antigua estampa, pertenecen a una democracia empeñada en no combatir al fascismo sino legalmente. No se puede negar al fascismo el mérito de haber hecho todo lo posible para modificar su actitud y destruir su ilusión.

EL VATICANO Y EL QUIRINAL*

El cable anuncia la proximidad o, al menos, la probabilidad de una reconciliación oficial entre la Iglesia Católica y el Estado italiano. O sea la probabilidad de una liquidación definitiva de la vieja "cuestión romana". Y la política oportunísticamente filocatólica del fascismo podría autorizar esta vez la esperanza de un acuerdo entre el Vaticano y el Quirinal. Pero son demasiado sólidas y concretas las razones que aconsejan acoger el presuroso anuncio con escéptica reserva. Se trata de una noticia que, desde hace algún tiempo, era de vez en cuando por la plana cablegráfica de los rotativos. Los observadores del tiempo y del espacio políticos pueden definirla como un cometa de la post-guerra.

¿Cuál sería la fórmula del arreglo? Un telegrama ha hablado de una mediación de la Liga de las Naciones destinada a dar al Papado un mandato sobre un pedazo de territorio. Pero el Vaticano se ha apresurado a demostrar lo absurda de esta fórmula. Ni el Vaticano puede someterse al fallo de una Sociedad de Naciones, en la cual la Iglesia no está representada y en la cual la suspicacia de los nacionalismos latinos sospecha y denuncia una criatura del espíritu protestante y de la finanza judía. Ni el Estado italiano que, desde el advenimiento del fascismo al poder, se muestra hiperestésicamente celoso de su soberanía, puede encargar a la Sociedad de las Naciones, por la cual manifiesta tan poca estimación, que resuelva un problema en el que el fascismo no puede ver sino un problema interno.

Claro está que el gobierno fascista no se considera vinculado a los conceptos que inspiraron invariablemente, a este respecto, la política de los anteriores gobiernos de Italia. Frente a la "cuestión romana", como frente a todas las otras cuestiones de Italia, el fas-

* Publicado en **Varietades**, Lima. 23 de enero de 1926 Con este mismo título, aunque ciertamente con distinto contenido, publicó J.C.M. un artículo en **El Tiempo**, el 30 de agosto de 1921, recopilado en **Cartas de Italia**, Vol. 15 de esta serie popular de Obras Completas. (N. de los E.)

cismo se siente libre o, en todo caso, no se siente responsable del pasado. El fascismo pregona, cada día con más fuerza, su voluntad de construir el Estado fascista sobre bases y principios absolutamente diversos de los que durante tantos años han sostenido al Estado liberal. El Estado fascista aspira a ser la antítesis y la negación del Estado liberal, calificado acerba y lapidariamente por la prosa agresiva de los "camisas negras".

El fascismo, sobre todo, —aunque sus gregarios hayan creído necesario muchas veces administrar una buena dosis de aceite de ricino o de cachiporrazos a los milites demasiado ardorosos e intransigentes del partido católico—, desenvuelve en el gobierno una política de simpatía y de amistad a la Iglesia. Bien se puede afirmar que el fascismo, en materia religiosa, —actitud del Estado ante la Iglesia—, ha realizado el programa del partido popular o católico fundado hace siete años por Don Sturzo en defensa de los intereses de la religión. Lo ha realizado a tal punto que ha hecho inútil la existencia de un partido católico. "El Papa puede despedir a Don Sturzo", escribía hace dos años y medio Mario Missiroli constatando el clericalismo de la política gubernamental de Mussolini. Y los hechos han venido a demostrar que no se equivocaba en esta afirmación que a no pocos pudo parecer entonces excesiva.

El acercamiento del fascismo a la Iglesia, por otra parte, no sólo se ha operado en el orden práctico, mediante una restauración más o menos política del catolicismo en la escuela, antes irreduciblemente laica. También ha habido una remarcable aproximación en el orden teórico. Los intelectuales fascistas, de Gentile a Pellizzi, se han complacido en el elogio de la Iglesia. Lorenzo Giusso, comentando precisamente el libro de Missiroli a que pertenece la frase que acabo de citar, decía en diciembre de 1924 lo siguiente: "El Estado abstracto masónico, que declaraba la guerra a la religión, ha sido sustituido por un Estado concreto que ha exaltado todos los valores del espíritu, entre los cuales la religión tiene su sitio. Acusar al fascismo de anticlericalismo significa

pronunciar su elogio. El fascismo ha instaurado una era nueva en las relaciones de la Iglesia con el Estado, curando la herida que impedía al católico ser ciudadano. El fascismo ha remediado este tremendo dualismo y ha liquidado todas las supervivencias posibles de las abstracciones setecentistas". Y, más recientemente, otros teóricos del fascismo, afanosamente empeñados en la destilación de una doctrina fascista, han encontrado en el tomismo los fundamentos filosóficos de esta doctrina.

Nadie puede tomar en serio el sofisticado esfuerzo de los que pretenden probar que, en el fondo, el fascismo no reniega ni contrasta de ningún modo al cristianismo. El conflicto espiritual y filosófico entre el nacionalismo fascista y el universalismo cristiano es demasiado patente. Lo es también la oposición entre la violencia fascista y el evangelio de Jesús. Las divergencias aparecen insanas hasta en este terreno político en que, con un poco de ductilidad y hermenéutica jesuitas; devienen posibles todos los entendimientos. "No obstante ciertas solidaridades prácticas del instante —observa acertadamente Mario Missiroli— la concepción del Estado propia del fascismo, del nacionalismo, del liberalismo gentiliano, es la negación radical del catolicismo, como aquélla que tiende, en último análisis, a resolver la Iglesia en el Estado, reconociendo en el Estado la capacidad de interpretar el elemento divino de la vida. ¡Qué lejos estamos del tranquilo liberalismo cavouriano o de las pacíficas tolerancias de la democracia y del mismo socialismo reformista! El Estado "fuerte", el Estado "ético", el Estado panteísta, no tolera supremacías ni paridad. Puede conceder en las escuelas el Crucifijo y el catecismo; pero detrás de este catecismo espían Lutero y Machiavello. Los católicos, que tienen un vivo sentido de las posiciones teóricas, lo saben, y advierten en tal concepción del Estado un enemigo peligrosísimo. Y cuando Don Sturzo habla de nación "deificada" y De Gasperi recuerda a los pensadores clásicos del Estado moderno, —que contrastaron todos la doctrina católica—, no tienen una sino mil razones".

El hecho es, sin embargo, que, —doctrina y praxis aparte—, el Estado fascista trata de apoyarse en el catolicismo. Y que, de acuerdo con este interés, actúa un programa de restauración del catecismo y del culto católicos que ya le ha ganado la adhesión de ortodoxos doctores de la Iglesia. Todo lo cual confiere, en verdad a Mussolini una aptitud única para afrontar la famosa "cuestión romana".

Si cabe dudar de la probabilidad de un arreglo, es por otras razones. Es, **verbi gratia**, porque el fascismo, que tanto ha hablado de robustecer y valorizar la autoridad del Estado, no puede absolutamente, sin grave daño para su política, llevar al Estado a una abdicación, por muy atenuada que ésta aparezca a los ojos de Italia.

Desde este punto de vista, la solución del viejo entredicho entre la Iglesia Católica y el Estado italiano no se presenta hoy menos difícil que antes. Mussolini y el fascismo saben que pueden permitirse cualquier desmán verbal, cualquiera licencia oratoria, contra el tundido Estado demo-liberal-masónico, tratado de claudicante y abúlico. Pero que una cosa es renegar la herencia de Giolitti, de Nitti y de Orlando y otra sería renegar, en su sentido nacionalista y patriótico, el **Risorgimento**.

LA CRISIS ALEMANA Y EL RÉGIMEN PARLAMENTARIO*

La prolongada y exasperante crisis ministerial, resuelta en Alemania, después de una serie de maniobras y de fintas de los grupos parlamentarios, con el feble ministerio Luther, ha venido, casi en seguida de una análoga crisis francesa, a ratificar todo lo que ya sabíamos sobre la crisis del parlamentarismo. En Alemania, para obtener la mediocre y precaria solución Luther ha sido preciso que el mariscal Hindenburg, con un acento un poco marcial y

* Publicado en **Variedades**, Lima, 30 de enero de 1926

bronco, recuerde a los partidos centristas, reacios a concertarse, el categórico dilema: parlamento o dictadura. Hindenburg, con esta admonición, ha dado a entender demasiado claramente su inclinación, prudente y mesurada pero firme, por el segundo término.

El parlamento no puede producir en Alemania un ministerio sostenido por una sólida mayoría. El bloque de derechas que llevó a Hindenburg a la presidencia del imperio está en minoría en el Reichstag. El bloque democrático y republicano que opuso la candidatura centrista de Marx a la candidatura derechista de Hindenburg, se encuentra, desde hace algún tiempo, roto, a consecuencia de un progresivo lógico viraje a derecha de los partidos demócrata y católico. Por consiguiente, la única fórmula ministerial posible es la que ha producido penosamente esta crisis. Un ministerio de tipo más burocrático que político, salido de una combinación, no muy segura, de las derechas moderadas (partido popular alemán y partido popular bávaro) y de las izquierdas burguesas (partido demócrata y centro católico).

Este ministerio más o menos centrista no tiene mayoría en el Reichstag. Pero, en cambio, no tiene tampoco una oposición compacta. Sus adversarios se reparten entre las dos alas extremas de la cámara. Son, a la derecha, los nacionalistas y los fascistas; a la izquierda, los socialistas y los comunistas. Y estas dos, o cuatro, oposiciones, consideran los problemas y los negocios del Estado alemán desde diversos y opuestos puntos de vista.

La vida de un ministerio minoritario se explica por esta pluralidad y este antagonismo de las fuerzas adversarias. El ministerio vive del perenne desacuerdo entre las dos extremas. Su política consiste en buscar, en unos casos, el apoyo de la derecha y, en otros casos, el de la izquierda. Es una política de balancín y de equilibrio que debe esquivar, a toda costa, el riesgo de una votación en que las dos extremas puedan encontrarse, en algún modo, de acuerdo en el sí o en el no, aunque partan, como es natural, de principios radicalmente adversos.

Luther cree contar con los nacionalistas para la aprobación de su política interna y con los socialistas para la de su política exterior. Sobre este cálculo reposa toda la combinación ministerial que preside y dirige. Su política debe ser, con una curiosa equidad, reaccionaria dentro, democrática fuera. (Nada más alemán que esto, observarán socarronamente los franceses).

Pero este mecanismo de péndulo es, en la práctica, excesivamente delicado. La menor arritmia puede malograrlo. El gabinete es una nave que navega entre dos filas de arrecifes y que, para evitarlos, debe virar con precisión matemática unas veces a la derecha y otras veces a la izquierda. Al menor golpe de timón equivocado, encallará a un lado o a otro.

El régimen parlamentario se ha salvado una vez más en Alemania; pero esta vez, en verdad, se ha salvado en una tabla. El tono y los bigotes militares de Hindenburg no permiten, además, hacerse demasiadas ilusiones sobre su seguridad en las futuras tempestades. La primera tempestad que turbe demasiado sus nervios puede decidir a Hindenburg a echarlo por la borda.

Los partidarios del parlamentarismo tienen razón para mostrarse melancólicos. Su sistema funciona todavía, regularmente, en la Gran Bretaña. Pero también ahí, cuando la amenaza de una huelga de mineros constriñe al gobierno conservador a una concesión al laborismo, el rol decisivo de la mayoría parlamentaria aparece asaz desmedrado y disminuido.

Hasta hace poco los partidarios del parlamentarismo se mantenían optimistas sobre el porvenir del régimen. Constatando los efectos del sistema de la representación proporcional, decían que había terminado la Época de los gobiernos de partido y que había empezado la época de coalición. Eso era todo. Pero los gobiernos de coalición funcionan cada día peor y menos. No sólo es excesivamente difícil sostenerlos. Más difícil todavía, si cabe, es compo-

nerlos. La alquimia de las coaliciones y de las amalgamas no ha encontrado hasta ahora una fórmula siquiera aproximada.

Por el contrario, la experiencia de los años post-bélicos ha probado la imposibilidad de constituir coaliciones homogéneas y duraderas. Como lo observa en Francia un diputado reaccionario, Mr. Mandel, las coaliciones no son realizables sino "por un juego de concesiones recíprocas, de ventajas descontadas que desgarran la doctrina, disminuyen el valor combativo de los partidos, los solidarizan el uno al otro, en un renunciamiento mutuo y una política negativa". El método de coalición se resuelve en un método de parálisis y de impotencia. Y la inestabilidad de los ministerios acaba, de otro lado, por exasperar a la opinión, por acendrada que sea su educación democrática, hasta persuadirla de la necesidad de una dictadura.

El remedio está para muchos en el abandono del sistema de la representación proporcional. Pero esta solución es de un simplismo extremo. La democracia, el parlamento, conducen fatalmente a la representación proporcional. La representación proporcional es una consecuencia, es un efecto. No se llega a ella por voluntad de los legisladores sino por necesidad del parlamentarismo. Y, en la presente estación del parlamentarismo, no se puede renunciar a la representación proporcional sin renunciar al propio régimen parlamentario. Como lo acaba de recordar Hindenburg a la democracia alemana, no hay modo de escapar al dilema: parlamento o dictadura.

En Alemania se observa, desde hace algún tiempo, un movimiento de concentración burguesa. Los partidos democráticos de la burguesía se han separado del partido socialista. Del gabinete presidido por Luther, forma parte Marx, el opositor de Hindenburg en las elecciones presidenciales. Marx, ministro de Hindenburg. He ahí, sin duda, un síntoma de que las diversas fuerzas burguesas se reconcilian. Todavía los demócratas y los católicos se sienten demasiado lejos de los nacionalistas, esto es de la ex-

trema derecha. Pero, de toda suerte, las distancias se han acortado sensiblemente. Y por este camino se puede llegar a la constitución de un frente único de la burguesía.

Pero no se vislumbra, ni aún por este camino, la solución de la crisis del régimen parlamentario. Porque su vida no depende sólo de que crea en él la burguesía sino, sobre todo, de que crea en él la clase trabajadora. En cuanto el parlamento aparezca como un órgano típico del dominio de la burguesía, el socialismo reformista cederá totalmente el campo al socialismo revolucionario. O sea al socialismo que no espera nada del parlamento.

POLÍTICA INGLESA*

La política inglesa, a primera vista, parece un mar en calma. El gobierno de Baldwin dispone de la sólida mayoría parlamentaria, ganada por el partido conservador hace poco más de un año. ¿Qué puede amenazar su vida? Inglaterra es el país del parlamentarismo y de la evolución. Estas consideraciones deciden fácilmente al espectador lejano de la situación política inglesa a declararla segura y estable.

Pero a poco que se ahonde en la realidad inglesa se descubre que el orden conservador presidido por Baldwin, reposa sobre bases mucho menos firmes de lo que se supone. Bajo la aparente quietud de la superficie parlamentaria, madura en la Gran Bretaña una crisis profunda. El gobierno de Baldwin tiene ante sí problemas que no consienten una política tranquila. Problemas que, por el contrario, exigen una solución osada y que, en consecuencia, pueden comprometer la posición electoral del partido conservador.

Si Inglaterra no se mantuviera aún dentro del cauce democrático y parlamentario, el partido conservador podría afrontar estos pro-

* Publicado en **Variedades**, Lima, 13 de febrero de 1926.

blemas con su propio criterio político y programático, sin preocuparse demasiado de las ondulaciones posibles de la opinión. Pero en la Gran Bretaña a un gobierno no le basta la mayoría del parlamento. Esta mayoría debe sentirse, a su vez, más o menos cierta de seguir representando a la mayoría del electorado. Cuando se trata de adoptar una decisión de suma trascendencia para el imperio, el gobierno no consulta a la cámara; consulta al país convocando a elecciones. Un gobierno que no se condujese así en Inglaterra, no sería un gobierno de clásico tipo parlamentario.

El último caso de este género está muy próximo. Como bien se recordará, en 1923 los conservadores estaban, cual ahora, en el poder. Y estaban, sobre todo, en mayoría en el parlamento. Sin embargo, para decidir si el Imperio debía o no optar por una orientación proteccionista, —combatidos por los liberales y los laboristas en el parlamento—, tuvieron que apelar al país. El fallo del electorado les fue adverso. No habiendo dado a ningún partido la mayoría, la elección produjo el experimento laborista.

Ahora, por segunda vez, la crisis económica de la post-guerra puede causar el naufragio de un ministerio conservador. El escollo no es ya el problema de las tarifas aduaneras sino el problema de las minas de carbón. Esto es, de nuevo un problema económico.

La cuestión minera de Inglaterra es asaz conocida en sus rasgos sustantivos. Todos saben que la industria del carbón atraviesa en Inglaterra una crisis penosa. Los industriales pretenden resolverla a expensas de los obreros. Se empeñan en reducir los salarios. Pero los obreros no aceptan la reducción. En defensa de la, integridad de sus salarios, están resueltos a dar una extrema batalla. No hay quien no recuerde que hace pocos meses este conflicto adquirió una tremenda tensión. Los obreros acordaron la huelga. Y el gobierno de Baldwin sólo consiguió evitarla concediendo a los industriales un subsidio para el mantenimiento de los salarios

por el tiempo que se juzgaba suficiente para buscar y hallar una solución.

El problema, por tanto subsiste en toda su gravedad. El gobierno de Baldwin firmó, para conjurar la huelga, una letra cuyo vencimiento se acerca. Una comisión especial estudia el problema que no puede ser solucionado por medios ordinarios. El Partido Laborista propugna la nacionalización de las minas. El Partido Conservador parece que, constreñido por la realidad, se inclina a aceptar una fórmula de semi-estadización que, por supuesto, los liberales juzgan excesiva y los laboristas insuficiente. Y, por consiguiente, no es improbable que los conservadores se vean, como para las tarifas aduaneras, en el caso de reclamar un voto neto de la mayoría electoral. No es ligera la responsabilidad de una medida que significarla un paso hacia la nacionalización de una industria sobre la cual reposa la economía británica.

Y ya no caben, sin definitivo desmedro de la posición del gobierno conservador, recursos y maniobras dilatorias. La amenaza de la huelga está ahí. El gobierno que hace poco, para ahorrar a Inglaterra, el paro, se resolvió a sacrificar millones de esterlinas, conoce bien su magnitud. Y la ondulante masa neutra que decide siempre el resultado de las elecciones, y que en las elecciones de diciembre de 1924 dio la mayoría a los conservadores, no puede perdonarle un fracaso en este terreno.

El partido conservador venció en esas elecciones por la mayor confianza que inspiraba a la burguesía y a la pequeña burguesía su capacidad y su programa de defensa del orden social. Y una huelga minera sería una batalla revolucionaria. ¡Cómo! — protestaría la capa gris o media del electorado ante un paro y sus consecuencias—. ¿Es ésta la paz social que los conservadores nos prometieron en los comicios? Baldwin y sus tenientes se sentirían muy embargados para responder.

Estas dificultades —y en general todas las que genera la crisis económica o industrial— tienen de muy mal humor a los conservadores de extrema derecha. Toda esta gente se declara partidaria de una ofensiva de estilo fascista contra el proletariado. No obstante la diferencia de clima y de lugar, la gesta de Mussolini y los "camisas negras" tiene en Inglaterra, la tierra clásica del liberalismo, exasperados e incandescentes admiradores que, simplísticamente, piensan que el remedio de todos los complejos males del Imperio puede estar en el uso de la cachiporra y el aceite de ricino.

Los conservadores ultraístas, llamados los **diehards**, acusan a Baldwin de temporizador. Denuncian la propagación del espíritu revolucionario en los rangos del **labour Party**. Reclaman una política de implacable represión y persecución del comunismo, cuyos agitadores y propagandistas deben, a su juicio, ser puestos fuera de la ley. Sostienen que la crisis industrial depende del re-
tramiento de los capitales por miedo a una bancarrota del antiguo orden social. Recuerdan que el partido conservador debió en parte su última victoria electoral a las garantías que ofrecía contra el "peligro comunista" patéticamente invocado por el conservantismo, en la víspera de elecciones, con una falsa carta de Zinoviev en la mano crispada.

La exacerbada y delirante vociferación de los **diehards** ha conseguido, no hace mucho, de la justicia de Inglaterra, la condena de un grupo de comunistas a varios meses de prisión. Condena en la que Inglaterra ha renegado una parte de su liberalismo tradicional.

Pero los **diehards** no se contentan de tan poca cosa. Quieren una política absoluta y categóricamente reaccionaria. Y aquí está otro de los fermentos de la crisis que, bajo una apariencia de calma, como conviene al estilo de la política británica, está madurando en Inglaterra.

AUSTRIA, CASO PIRANDELLIANO*

A propósito de la escaramuza polémica entre Italia y Alemania sobre la frontera del Brennero no se ha nombrado casi a Austria. Pero, de toda suerte, este último incidente de la política europea, nos invita a dirigir la mirada a este Estado. El diálogo Mussolini-Stresseman sugiere necesariamente a los espectadores lejanos del episodio una pregunta: ¿Por qué se habla de la frontera ítalo-alemana? Para explicarse esta compleja cuestión es indispensable saber hasta qué punto Austria existe como Estado autónomo e independiente.

El Estado austriaco aparece, en la Europa post-bélica, como el más paradójico de los Estados. Es un Estado que subsiste a pesar suyo. Es un Estado que vive porque los demás lo obligan a vivir. Si se nos consiente aplicar a los dramas de las naciones el léxico inventado para los dramas de los individuos, diremos que el caso de Austria se presenta como un caso pirandelliano.

Austria no quería ser un Estado libre. Su independencia, su autonomía, representan un acto de fuerza de las grandes potencias del mundo. Cuando la victoria aliada produjo la disolución del imperio austro-húngaro, Austria, que después de haberse sentido por mucho tiempo desmesuradamente grande se sentía por primera vez insólitamente pequeña, no supo adaptarse a su nueva situación. Quiso suicidarse como nación. Expresó su deseo de entrar a formar parte del Imperio alemán. Pero entonces las potencias le negaron el derecho de desaparecer. Y, en previsión de que insistiera más tarde en su deseo, decidieron tomar todas las medidas posibles para garantizarle su autonomía.

El famoso principio wilsoniano de la libre determinación de los pueblos sufrió aquí, precisamente, el más artero golpe. El más artero y el más burlesco. Wilson había prometido a los pueblos el derecho de disponer de sí mismos. Los artífices del tratado de paz

* Publicado en **Varietades**, Lima, 20 de febrero de 1926.

quisieron poner en la formulación de este principio una punta de ironía. La independencia de un Estado no debía ser sólo un derecho; debía ser una obligación.

El tratado de paz prohíbe prácticamente a Austria la fusión con Alemania. Establece que, en cualquier caso, esta fusión requiere para ser sancionada el voto unánime del Consejo de la Sociedad de las Naciones.

Ahora bien. De este consejo forman parte Francia e Italia, dos potencias naturalmente adversas a la unión de Alemania y Austria. Las dos vigilan, en la Sociedad de las Naciones, contra toda posible tentativa de incorporación de Austria en el Reich.

A Francia, como es sabido, la desvela demasiado la pesadilla del problema alemán. Para muchos de sus estadistas la única solución lógica de este problema es la balkanización de Alemania. Bajo el gobierno del bloque nacional Francia ha trabajado ineficaz pero pacientemente por suscitar en Alemania un movimiento separatista. Ha subsidiado elementos secesionistas de diversas calidades, empeñada en hacer prosperar un separatismo bávaro o un separatismo renano. La autonomía de Baviera, sobre todo, parecía uno de los objetivos del poincarismo. El imperialismo francés soñaba con cerrar el paso a la anexión de Austria al Reich mediante la constitución de un Estado compuesto por Baviera y Austria. Se tenía en vista el vínculo geográfico y el vínculo religioso. (Baviera y Austria son católicas mientras Prusia es protestante. Y aún étnicamente Austria se identifica más con Baviera que con Prusia). Pero se olvidaba que su economía y su educación industriales habían generado, un cambio, en el pueblo austriaco, una tendencia a confundirse y consustanciarse con la Alemania manufacturera y siderúrgica, más bien que con la Alemania rural. En todo caso, para que la idea del Estado bávaro-austriaco prosperase, hacía falta que prendiese, previamente, en Baviera. Y esta esperanza, como es notorio, ha tramontado antes por el propio poincarismo. Para Francia, por consiguiente, como un anexo o una se-

cuela del problema alemán, existe un problema austriaco. "Basta echar una mirada sobre el mapa —escribe Marcel Dunan en un libro sobre Austria— para comprender toda la importancia del problema austriaco, llave de la mayor parte de las cuestiones políticas que interesan a la Europa Central. Libre y abierta a la influencia de las grandes potencias occidentales, Austria asegura sus comunicaciones con sus aliados o clientes del cercano Oriente danubiano y balcánico; abandonada por nosotros a las sugerencias de Berlín, se halla en grado de aislarnos de nuestros amigos eslavos. Corredor abierto a nuestra expansión o muro erguido contra ella, Austria confirma o amenaza la seguridad de nuestra victoria y aún la de la paz europea".

Italia, a su vez, no puede pensar, sin inquietud y sin sobresalto, en la posibilidad de que resurja, más allá del Brennero, una Austria poderosa. El propósito de restauración de los Hapsburgo en Hungría tuvo su más obstinado enemigo en la diplomacia italiana, preocupada por la probabilidad de que esa restauración produjese a la larga la reconstitución de un Estado austro-húngaro.

Pero, teórica y prácticamente, ninguna de las precauciones del Tratado de Paz y de sus ejecutores logra separar a Austria de Alemania. Y, es por esto, que, cuando se trata de las minorías nacionales encerradas dentro de los nuevos límites de Italia, no es Austria sino Alemania la que reivindica sus derechos o apadrina sus aspiraciones. Austria, en último análisis, no es sino un Estado alemán temporalmente separado del Reich.

La política de los dos partidos que, desde la caída de los Hapsburgo, comparten la responsabilidad del poder en Austria, se encuentra estrechamente conectada con la de los partidos alemanes del mismo ideario y la misma estructura. El partido socialcristiano, que tiene en Monseñor Seipel su político más representativo, se mueve evidentemente en igual dirección que el centro católico alemán. Y entre el socialismo alemán y el socialismo austriaco, la conexión y la solidaridad son, como es natural, más

señalados todavía. Otto Bauer, por no citar sino un nombre, es una figura común —por lo menos en el terreno de la polémica socialista— a las dos social-democracias germanas. Y el partido socialista austriaco, de otro lado, es el que más significadamente tiende en Austria a la unión política con Alemania.

Concurre a aumentar lo paradójico del caso austriaco el hecho de que este Estado funcione, presentemente, más o menos como una dependencia de la Sociedad de las Naciones. Destinado por la raza y la lengua a vivir bajo la influencia política y sentimental de Alemania, el Estado austriaco se halla, financieramente, bajo la tutela de la Sociedad de las Naciones o sea, hasta ahora, de los enemigos de Alemania.

El Austria contemporánea, es lo que no quisiera ser. Aquí reside el pirandellismo de su drama. Los seis personajes en busca de autor afirman exasperadamente, en la farsa pirandelliana, su voluntad de ser. Austria guarda en el fondo de su alma, su voluntad, más pirandelliana si se quiere, de no ser. Pero el drama, hasta donde cabe un parecido entre los individuos y las naciones, es sustancialmente el mismo.

ALEMANIA EN LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES*

En 1919, la entrada de Alemania en la Sociedad de las Naciones, habría reforzado considerablemente a este organismo. En 1926 lo refuerza muchísimo menos. Los empresarios de la Sociedad de las Naciones han hecho un pésimo negocio negando a Alemania en 1919 el derecho que, siete años más tarde, se encuentran obligados a reconocerle y casi a ofrecerle.

El ingreso de Alemania en 1919 hubiese podido aprovechar a la realización de una política de pacifismo democrático y de internacionalismo wilsoniano. El Imperio alemán acababa de divor-

* Publicado en **Variedades**, Lima. 27 de febrero de 1926.

ciarse de la monarquía para desposar la democracia. En la presidencia del Reich el sufragio popular había colocado, democráticamente, a un talabartero. En el gobierno y el parlamento dominaban las fuerzas de la democracia. Por consiguiente, al seno de la Sociedad de las Naciones. Alemania habría podido mandar hombres como Erzberger, como Rathenau, como Wirth, como Müller, capaces de colaborar, con positivo sentimiento democrático, en los trabajos de la Liga. De otra parte, en ese tiempo, la Liga habría dictado a Alemania —y no Alemania a la Liga— las condiciones de admisión.

En siete años, el mundo ha dado muchas vueltas. Ha tramontado tempranamente la ecuménica ilusión witsoniana. La Sociedad de las Naciones ha perdido gran parte de su crédito de la primera hora. Los Estados Unidos le han rehusado su concurso. Ha surgido en Europa un régimen político —el régimen fascista— que, fundado teórica y prácticamente en la violencia, no disimula su desdén por la Liga y su ideología. El propio Estado alemán se ha transformado. No es ya la república social-democrática de Ebert, Erzberger y Rathenau. A la cabeza de la República se encuentra uno de los más cuadrados generales de la monarquía. Alemania no ingresa a la Liga de las Naciones para trabajar por una reorganización democrática del mundo sino para reclamar su parte en la distribución de colonias y materias primas.

Mussolini que sabe encontrar fórmulas agudas, aunque a veces, como conviene a su prestigio de **condottiere**, prefiera un lenguaje un poco sibilino, ha definido la Sociedad de las Naciones como "una liga de los Estados viejos contra los Estados nuevos". El dictador italiano considera, por supuesto, entre los Estados nuevos, al Estado fascista. Pero, si se prescinde de esta parte subjetiva de su opinión, no se puede negar que su fórmula define bien la función real de la Liga. A pesar de pertenecer al más extremo caudillo de la reacción, cualquier revolucionario puede suscribirla. Como está constituida, la Sociedad de las Naciones, malgrado su programa y su retórica, no representa prácticamente otra cosa

que los intereses del orden viejo en pugna con los intereses de un orden nuevo. (Para dar más precisión a la frase de Mussolini basta sustituir la palabra Estado por la palabra orden o régimen).

El caso de Alemania confirma esta tesis. La Liga se negó a admitir en su seno a Alemania en un tiempo en que Alemania parecía en trance de devenir un Estado nuevo. (¿Quién puede dudar de que en la cuarentena del Reich no influyó la consideración de su crisis revolucionaria? Entre 1919 y 1923. Alemania se presentaba como un pueblo en peligro de entregarse al bolchevismo). En cambio ahora que, superado el período de ofensiva revolucionaria, Alemania se presenta en un periodo de estabilización capitalista, que amenaza con culminar en una restauración monárquica, los gobiernos que dirigen la política de la Liga no tienen ningún inconveniente en invitar al gobierno del Reich a tomar asiento a su lado. Desde este punto de vista, la admisión de Alemania no aparece como el resultado de un proceso de democratización de Europa sino, por el contrario, como la consecuencia de un fenómeno de desdemocratización de Alemania.

Y esto no es el solo caso que denuncia el espíritu esencialmente conservador de la Sociedad de las Naciones. La exclusión de la China del Consejo de la Liga tiene la misma filiación. Se ha dicho, para justificar esta exclusión, que la China, caída en la anarquía, carece de un gobierno estable. Pero la verdadera razón es otra. Lo que molesta y preocupa al capitalismo europeo, en la China, no es su estado de anarquía sino su estado de revolución. La situación política china no era en 1919 más estable que en 1923. Inglaterra no encontraba en la China en 1923 más orden interno sino menos sumisión a su imperialismo que en 1919. Un gobierno chino, por sólido que sea realmente, no lo será nunca para Inglaterra y, por ende, para la Sociedad de las Naciones si, como acontece en la actualidad, predomina en su composición el partido nacionalista revolucionario (**Kuo-Min-Tang**) de sospechosa actitud frente al bolchevismo ruso.

La incorporación de Alemania en la Liga es un matrimonio de conveniencia. No es a la Alemania de Weimar a la que las potencias que ganaron la guerra abren las puertas de la Liga. Es más bien, a la Alemania de la restauración. Y esta Alemania impregnada de sentimiento nacionalista y conservador, no se moverá dentro de los debates de la Liga sino en la dirección que le señalen los intereses de su expansión industrial. La reivindicación fundamental de Alemania no deja lugar a equívocos. Es una reivindicación de su industria y su comercio que se resuelve en un gesto imperialista: la demanda de colonias.

El finado León Bourgeois, uno de los padrinos y uno de los retores de la Sociedad de las Naciones, tenía fe absoluta en el porvenir de esta fundación wilsoniana porque "la muerte no puede prevalecer sobre la vida". Pero en sus elocuentes alegatos, no llegaba a demostrar que en la Sociedad de las Naciones estuviesen la salud y la vida del mundo. Se puede pensar, con el profesor de derecho internacional Georges Scelle, que "la evolución del nacionalismo al internacionalismo es una cosa científicamente tan fatal y tan natural como lo fue en el pasado la formación de los grandes Estados por encima de las feudalidades o como lo son hoy las agrupaciones federalistas". Pero esto no obliga a creer en una Sociedad de las Naciones que se apoya en la ideología demoburguesa, fundamentalmente nacionalista en sus orígenes y en sus raíces históricas. La idea de la Sociedad de las Naciones intenta resolver el conflicto entre la política nacionalista y la economía internacionalista del orden burgués. Mas pretende resolverlo en servicio de este orden. No puede admitir ni tolerar la idea de su liquidación y de su bancarrota.

Que la Alemania de Hindenburg y Luther se asocie a esta tentativa no tiene absolutamente ninguna trascendencia histórica.

ARÍSTIDES BRIAND*

El sino de este viejo protagonista de la política francesa parece ser el de la contradicción y el del conflicto consigo mismo. Briand es —como dicen J. Kessel y G. Suárez— el hombre "que después de haber predicado la revuelta debió reprimirla, después de haber clamado contra el ejército debió hacer la guerra, después de haber combatido un tratado de paz debió aplicarlo". Kessel y Suárez agregan, diseñando un sobrio y fuerte retrato, que Briand "tiene un aire despreocupado y sin embargo atento, cansado y sin embargo pronto para la acción, desencantado y sin embargo curioso".

Este retrato histórico y psicológico de Briand podría ser, también, el de la democracia occidental. ¿No ha tenido igualmente la democracia el extraño destino de renegar todos sus grandes principios, todas sus grandes afirmaciones? Briand es su personaje representativo. Briand, que como Viviani, como Clemenceau, como Millerand, como casi todos los mayores estadistas de los últimos veinte años de la historia de Francia, procede de ese socialismo que la crítica aguda y certera de George Sorel marcó a fuego.

En el socialismo, este parlamentario elocuente, cuyos ojos de desilusionado tienen a veces un resplandor dramático, debutó con una actitud extremista. Fue uno de los primeros teorizantes de la huelga general revolucionaria. Pero este extremismo duró poco. Briand, nacido bajo el signo de la democracia, no estaba destinado a la misión ascética de un Sorel. Había en su espíritu la movilidad y la inconstancia que en Italia debían singularizar, más tarde, a Arturo Labriola, en su trayectoria del más intransigente sindicalismo revolucionario a la más blanda profesión socialdemocrática.

Pocos años después de su gesto revolucionario, Briand se convertía, dentro del socialismo, en el abogado sagaz y dúctil de la en-

* Publicado en **Variedades**, Lima. 13 de marzo de 1926.

trada de Millerand en el gabinete de Waldeck-Rousseau. Había encontrado ya su camino. En la deliberación y manipulación de las fórmulas equívocas, sobre las cuales se construyó en Francia la unidad socialista, había descubierto su innata aptitud de parlamentario. La hora era del parlamento, no de la revolución. ¿Qué cosa mejor que un parlamentario podía ser entonces, Briand? En el grupo de diputados del partido socialista, el puesto de líder pertenecía por antonomasia y para toda la vida a Jaurés. Por consiguiente, había que salir del socialismo. Millerand había señalado la vía.

Briand, por la misma vía, encontró pronto su ministerio. El fenómeno dreyfussista aseguraba a las izquierdas, al radicalismo demomasonico y pequeño burgués, un largo período de gobierno. Y sus experimentos, sus maniobras, sus fintas, reclamaban en algunos puestos de su batalla parlamentaria a hombres de filiación y estilo un poco rojos. A Briand se le llamó al poder para encargarle la aplicación de la ley de separación de la Iglesia y el Estado. En consecuencia, por una larga temporada parlamentaria, si no el léxico socialista, Briand conservó al menos una elocuencia, un ademán y una melena asaz jacobinos.

Poco a poco, de su pasado no le quedó sino la melena. Como jefe del gobierno, le tocó, finalmente, sentirse responsable de la suerte de la burguesía. El teórico de la huelga general revolucionaria aceptó, en la historia de la Tercera República, el rol de represor de una huelga de ferroviarios.

Vituperado por la extrema izquierda, calificado de "aventurero" por Jaurés, de quien había sido teniente en la plana mayor de "L'Humanité", Briand se inscribió, definitivamente, en el elenco de las **bonnes a tout faire** de la Tercera República. Sin embargo, la "unión sagrada" marcó, en su biografía, una estación adversa. Las derechas, usufructuarias principales de la guerra, miraban con recelo a este parlamentario orgánico que en su larga carrera polí-

tica había hecho tan copioso uso de las palabras Libertad, Paz, Democracia, etc.

En las elecciones de 1919 Briand fue naturalmente uno de los candidatos del bloque nacional. Pero el predominio espiritual de las derechas en este vasto conglomerado, entrababa sus planes. Y Briand, por esto, empleó su astucia parlamentaria en la empresa de dividirlo. A derecha, en el bloque nacional, había algunos jefes. Al centro, en cambio, no había casi ninguno. La izquierda, batida en la persona de Caillaux, se contentaba con colaborar con cualquier gobierno que se tiñese de color republicano. Briand se daba cuenta de la facilidad de devenir la cabeza de esta mayoría acéfala. "Yo aconsejé al **leader** de la Entente republicana —ha contado el propio Briand— que se decidiera a una operación quirúrgica y a constituir dos grupos en lugar de uno. No estábamos en la cámara para actuar sentimentalmente". El proyecto naufragó. El bloque nacional prefirió subsistir como había nacido. Mas Briand logró siempre aprovecharse de su acefalía. Caído Leygues, sobre la base de esta heteróclita mayoría, constituyó por séptima vez en su vida, el gobierno de Francia. Su ministerio escolló en Cannes. No obstante su experiencia de piloto parlamentario, Briand no pudo evitar los arrecifes del belicismo declamatorio del bloque nacional que encontraban un apoyo activo en el presidente de la república, tentado por la ambición de devenir en dictador de la victoria.

Pero con las elecciones de 1924 llegó su revancha. Su instinto electoral le había consentido asumir, oportunamente, una actitud de hombre de izquierda. El bloque de izquierdas lo contó entre sus diputados. Y, consiguientemente, entre sus líderes. El primer experimento gubernamental le tocó a Herriot; el segundo a Painlevé. A la derecha del sabio geómetra, a quien la agresiva prosa de León Daudet define como el solo presente cómico que las matemáticas han hecho a la humanidad, Briand aguardaba su turno.

Situado a la derecha también, en el bloque radical-socialista Briand ha tenido a éste, en más de una ocasión, casi a merced de su pequeño grupo de diputados. Y durante algunos meses, maniobrando diestramente en un mar en borrasca, ha sabido conservar a flote su octavo ministerio. Ha querido actuar una política más o menos derechista con un ministerio oficialmente sostenido por las izquierdas. Algo fatigado, sin duda, de contradecirse un tanto solo, ha pretendido que con él se contradijera una entera coalición, de la cual forma parte el partido socialista oficial que, en los tiempos de Guesde, Vaillant y Jaurés lo reprobió y condenó por una desviación después de todo menos grave.

Ha dejado creer, finalmente, que estaba dispuesto, en última instancia, a imponer a Francia su dictadura. Poincaré se ha sonreído de esta posibilidad. ¿Briand, dictador? imposible. Un parlamentario clásico, no puede asestar un golpe de muerte al parlamentarismo francés. Cuando Francia se decida por un dictador, lo elegirá, como es lógico, en la derecha. (El General Lyautey, desocupado desde el fin de su regencia en Marruecos, se encuentra, por ejemplo, disponible). Esto es muy cierto. Pero es también muy sensible. Porque, después de sus variadas contradicciones, nada coronaría mejor la carrera del demócrata, del republicano, del parlamentario, que un golpe de estado contra la democracia, contra la república y contra el parlamento.

LA CRISIS DE LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES*

Con motivo de la última malandanza de Ginebra se ha agitado en todo el mundo el debate sobre la Sociedad de las Naciones. Esta vez, una buena parte de la propia opinión demoburguesa se ha manifestado propensa a convenir en la quiebra, en el fracaso de la ecuménica y universitaria concepción de Wilson. Nunca se había percibido tan neta y claramente su crisis.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 27 de marzo de 1926.

Pero, en realidad, el episodio de Ginebra no ha revelado nada nuevo. Es un síntoma de la crisis; no es la crisis misma. La situación de la Liga, antes de esta reciente desventura, no era sustancialmente mejor. La sensación de fracaso depende de que la reunión de Ginebra, en concepto de los fautores de la Liga, debía haber marcado, con la incorporación de Alemania, un gran progreso hacia la realización de la idea wilsoniana. Descontando este hecho, inflaron anticipadamente su importancia. Por eso, aunque en Ginebra la entrada de Alemania no ha quedado sino diferida, la diplomacia mundial ha salido esta vez con una decepción insólita.

La verdadera significación del incidente de Ginebra no está en lo que ha frustrado, que en verdad no ha sido mucho, sino en lo que ha descubierto o, más bien, evidenciado. Que el ingreso de Alemania haya sido postergado por algunos meses, no tiene nada de alarmante y dramático. Pero no se puede decir lo mismo del conflicto de intereses y pasiones que ha causado la postergación. Ese conflicto demuestra incontestablemente que, de acuerdo con sus antiguos hábitos diplomáticos, los Estados no van a la Liga para cooperar sino, más bien para combatirse. O, por lo menos, simplemente, para defenderse.

Según la doctrina wilsoniana, la Liga de las Naciones debía liquidar el sistema de alianzas y equilibrio internacionales que produjo la gran guerra. Mas, a despecho de la Liga, el sistema subsiste. Y la Liga se encuentra obligada a aceptarlo en su propia constitución.

El pleito por los sillones del consejo supremo de la Liga no tiene otro sentido. Francia que no quiere sentirse sola en el Consejo reclama un puesto en él para su aliada Polonia. Alemania rehúsa entrar al consejo si no es en condiciones de perfecta igualdad con las otras potencias que forman ya parte de él. Los puestos fijados por el tratado de Versalles resultan insuficientes. Las potencias que los han ocupado no se avienen a perderlos. En tanto, los can-

didatos a nuevos sillones aguardan a la puerta. Y un eventual aumento del número señalado en Versalles no tendría otra consecuencia que multiplicarlos.

El voto de un miembro del Consejo ha detenido la entrada de Alemania. Francia —la Francia del bloque nacional— responsable de la cláusula absurda que confiere este poder a un solo voto, puede haberse complacido de este alto sufrido por su adversaria en el umbral mismo de la Liga. Pero mañana, desde que Alemania ingrese en el Consejo, el poder de un voto solitario y recalitrante en las deliberaciones de la Sociedad tiene que parecerle un poder excesivo.

Se anuncia una revisión de los estatutos de la Sociedad de las Naciones. La enmienda de la Sociedad comenzó casi al día, siguiente de su creación. Mas no como avance sino como retroceso. La Sociedad de las Naciones se aleja cada día más del ideal de Wilson. Su salvación parece residir en la reducción de sus funciones, en la deformación de sus fines. Inglaterra declara oficialmente que el Consejo debe estar compuesto exclusivamente por las grandes potencias. Se ha excluido ya a la China. El humor de la diplomacia europea se muestra crecientemente adverso a conceder a un lejano país de América o Asia o a un pequeño país de la misma Europa el derecho de intervenir en una cuestión decisiva acaso para el destino de Occidente. La conducta del Brasil en Ginebra no puede dejar de estimular este sentimiento.

Si su consejo supremo se convierte en una conferencia de embajadores de las grandes potencias, como es el deseo de los conservadores británicos, ¿qué cosa quedará de la Sociedad de las Naciones? Un escritor reaccionario, Jacques Bainville, constata con razón que la "participación de los Estados Americanos o asiáticos tiende a tonarse honoraria". Definiendo la actual situación de la Liga, Bainville observa que "más o menos reducida a un rol europeo, es un mecanismo análogo a la corte de la Haya, la cual no impide ninguna guerra".

Los que hablan del "espíritu de Locarno" tienen que aceptar, después de su derrota en Ginebra, que la difusión y la influencia en el mundo de este espíritu de paz y de cooperación son aún muy limitadas. Italia que no parece extraña a la actitud del Brasil, es una de las grandes potencias que, teóricamente, debían representar ese espíritu. Bien sabemos, sin embargo, que no hace otra cosa que sabotearlo. El fascismo es, por naturaleza, guerrero. Sus escritores se burlan acérrimamente de las ilusiones pacifistas. Y todo el porvenir del régimen fascista depende de la fortuna de la política internacional de Mussolini para la cual sería funesto un equilibrio que consagrara la jerarquía internacional establecida por los pactos de paz. Mussolini le ha prometido a su pueblo la restauración del Imperio romano.

Los más iluminados y sinceros fautores de la Sociedad de las Naciones la destinan por largo tiempo a un oficio muy modesto si se le compara con el que le asignó el pensamiento de Wilson. "El verdadero trabajo, la efectiva y fecunda actividad de la S.D.N. — escribe Georges Scelle— consiste hoy y consistirá por mucho tiempo en reconocer, analizar, organizar y desarrollar la solidaridad entre las diversas comunidades sociales, estatales, etc., que la componen. Para juzgar este rol importante dispone de organizaciones técnicas ya evolucionadas: organización internacional del Trabajo, de las Comunicaciones, de la Higiene; organización económica y financiera que acaba de restaurar la economía austriaca; comisión de cooperación intelectual; servicios diversos que colaboran en la obra social y humanitaria de la Sociedad".

De esto a lo concebido por Wilson hay mucha distancia. Pero a nada más que a esto puede aspirar la civilización burguesa. Los servicios de estadística, de información y de estudio de la Liga, he ahí lo único que existe y funciona efectivamente. La Liga misma, como tal, no existe ni funciona sino en teoría. En la práctica, no es más que lo que acabamos de ver en la reunión de Ginebra.

FARINACCI*

Farinacci ha dado su nombre, su tono y su estilo a una tensa y acre jornada de la campaña fascista. Después de catorce meses de agresiva campaña, ha dejado el puesto de secretario general del partido fascista, al cual fuera llamado cuando Mussolini, convencido de que la "variopinta" oposición del Aventino no era capaz de la insurrección, resolvió pasar a la ofensiva, inaugurando una política de rígida represión de las campañas de la prensa y de tribuna de sus muchos y muy enconados pero heterogéneos y mal concertados adversarios.

Fascista de la primera hora, Farinacci procede de la pequeña burguesía y del socialismo. Fue en 1914 uno de los disidentes socialistas que predicaron la intervención. En esta falange a la que, por diversos caminos, arribaban sindicalistas revolucionarios como Corridoni, socialistas tempestuosos como Mussolini y socialistas reformistas y parlamentarios como Bissolati, era Farinacci un milite oscuro y terciario. No le destacaban siquiera el ánimo **ardito**, osado, ni la actitud temeraria, demagógica. Amigo y adepto del diputado Bissolati, líder de un grupo de socialistas colaboracionistas, Farinacci tenía una franca posición reformista y democrática. La guerra exaltó su temperamento y cambió su filiación. El gregario del reformismo bissolatiano se convirtió en un ardiente secuaz de Mussolini.

En el fascismo, Farinacci encontró su camino y descubrió su personalidad, que no eran, —contrariamente a lo que hasta entonces podía haberse pronosticado—, los de un pálido y mesurado funcionario social-democrático, sino los de un frenético y encendido agitador fascista. El opaco ferroviario, se sintió elegido para jugar un rol en la historia de Italia.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 9 de abril de 1926.

Fue el organizador y el animador del fascismo en la provincia de Cremona, una de las provincias septentrionales donde prendió más tempranamente el fuego mussoliniano. Esta actuación le franqueó en las elecciones de 1921 las puertas de la Cámara. Le tocó a Farinacci ser uno de los fascistas que ingresaron entonces al Parlamento para denunciar, tumultuariamente, los improprios y los anatemas de los entonces innumerables diarios de oposición. Pero desde que el fascismo inició su contraofensiva, —a continuación de un famoso discurso de Mussolini en la cámara, asumiendo toda la responsabilidad histórica y política de la violencia fascista y desafiando al bloque del Aventino a acusarlo categóricamente de culpabilidad en el asesinato de Matteotti—, Farinacci resultó designado fatalmente por la situación y los acontecimientos para ocupar el puesto de mando. La elección de Farinacci como secretario general del fascismo correspondió al nuevo humor escuadrista de los "camisas negras".

Esta designación era, más aún que el discurso de Mussolini del 3 de enero, una enfática declaratoria de guerra sin cuartel. Y no de otro modo sonó en los oídos y en los ánimos de los diputados del Aventino que, en seis meses de vociferación antifascista, habían consumido su energía y perdido la oportunidad de derrocar al fascismo.

Durante más de un año, el puño y la frase crispados del terrible ferroviario de Cremona han marcado el compás de la política fascista.

Los elementos templados y discretos del fascismo han tenido que sufrir, resignadamente, durante todo este tiempo, su implacable dictadura y su pésima sintaxis. Un seco y agrio **úkase** de Farinacci, a poco de su asunción de la secretaría general, expulsó del fascismo, marcándolo a fuego como un traidor, a uno de los más significados entre estos elementos, Aldo Oviglio, ex-ministro de justicia del régimen fascista.

Pero un año de represión policial y de movilización escuadrista ha bastado al fascismo para liquidar al bloque del Aventino y para sentar las bases de una legislación fascista que radicalmente modifica el estatuto de Italia. Otras ofensivas escuadristas serán, sin duda, necesarias en lo porvenir. Mas, por ahora, el fascismo puede hacer reposar sus cachiporras. El juicio Matteotti ha concluido con la absolución de los responsables, y hace año y medio era para el propio Duce del fascismo un crimen nefando. En la audiencia de Chieti, Farinacci ha hecho no la defensa, sino más bien la apología, de Amerigo Dumini y de sus secuaces. Después de este último golpe de **manganello**, no le quedaba a Farinacci nada que hacer en la jefatura del fascismo donde, pasada la tempestad, su virulencia y su belicosidad habían empezado a volverse embarazantes. Farinacci en 1925 era el jefe lógico del fascismo; en 1926, su misión ha concluido. Mussolini, que, buen conocedor de la psicología de su gente, usa fórmulas solemnemente sibilinas, condensa el programa, fascista para este año en estas dos palabras: silencio y trabajo. Estas palabras, según el lenguaje del "Popolo d'Italia", definen el estilo fascista en 1926.

Los **alalás** de Farinacci no se compadecían con el nuevo estilo fascista. Por esto, —licenciado o no por Mussolini—, Farinacci ha dejado el comando del partido. Desde hace algún tiempo se señalaba y se comentaba su sordo disenso, su silenciosa lucha con Federzoni. El ministro del interior, con Rocco, Meraviglia, y otros, "nacionalistas", representa el sector moderado, tradicional, derechista del fascismo. Y por el momento, ésta es la gente que debe dar el tono al régimen. El escuadrismo, momentáneamente, se retira a Cremona.

LA NUEVA RUSIA Y LOS EMIGRADOS*

Hace tres años que Herriot, de regreso de una visita a los soviets, certificó en su libro **La Russie Nouvelle**, el deceso de la vieja Rusia zarista. "La vieja Rusia ha muerto para siempre", declaró Herriot categórica y rotundamente. Su testimonio no era recusable ni sospechoso para la familia demócrata. Provenía de uno de sus más voluminosos y autorizados líderes. Próximo al gobierno, cauto y ponderado por temperamento, no podía suponerse a Herriot capaz de una aserción imprudente respecto a Rusia.

En el discurso de estos tres años la Rusia nueva ha seguido creciendo. Después del de Herriot, otros testimonios burgueses han confirmado su vitalidad.

Para reanimar su decaída campaña de prensa contra los soviets, la plutocracia francesa ha recurrido a un novelista y polemista, el señor Henri Beraud. Los novelistas no tienen ordinariamente más imaginación que los políticos. Pero, aunque parezca imposible, tienen casi siempre menos escrúpulos. El señor Beraud, digno espécimen de una categoría venal y arribista, lo ha demostrado con un libro mendaz sobre Rusia, en cuya capital el obeso autor del **Martyr de l'Obese** ha pasado unos pocos días que le han parecido suficientes para fallar inapelablemente sobre la gran revolución.

Pero el propio libro del señor Beraud —a cuyo testimonio amoral podemos oponer el honesto testimonio de Julio Álvarez del Vayo— no se atreve a negar la nueva Rusia. (No se propone sino deformarla y difamarla). Y, por supuesto, menos aún se atreve a creer en la supervivencia o en la resurrección de la vieja Rusia de los grandes duques.

Los únicos seres que osan, a este respecto, negar la evidencia, son los "emigrados" rusos. Claro está, que todos no. La mayoría se ha

* Publicado en **Varietades**, Lima, 17 de abril de 1926.

resignado, finalmente, con su derrota. La sabe definitiva desde hace mucho tiempo. Es una minoría de políticos desalojados y licenciados la que, inocua y dispersamente, protesta todavía contra el régimen establecido por la revolución de octubre.

Esta minoría se fracciona en diversas corrientes y obedece a distintos caudillos. El frente anti-bolchevique es abigarradamente pluricolor y heteróclito. Se compone de zaristas ortodoxos, liberales monárquicos, demócratas constitucionales o "cadetes", mencheviques, socialistas revolucionarios, anarquistas, etc. Agrupadas estas facciones según sus afinidades teóricas, la oposición resulta dividida en tres tendencias: una tendencia que aspira a la restauración del zarismo, una tendencia que sueña con una monarquía constitucional y una tendencia que propugna una república más o menos social-democrática.

La más desvaída y gastada de estas fuerzas, la monárquica, es la que ha adunado recientemente en París a sus corifeos. Sus deliberaciones no tienen ninguna trascendencia. El mismo lenguaje tartarinesco de este congreso de mayordomos y tinterillos de los primos y tíos del último zar, carece absolutamente de novedad. Los residuos del zarismo se han reunido muchas veces en análogas asambleas para discurrir bizarramente sobre los destinos de Rusia. La amenaza de una expedición decisiva contra los soviets ha sido pronunciada con idéntico énfasis desde muchos otros escenarios.

Los "emigrados" no logran engañarse, seguramente, a sí mismos. No es probable que logren engañar tampoco a los banqueros de Nueva York que, según sus planes, deben financiar la campaña. El pobre gran duque Nicolás que anuncia su intención de marchar marcialmente a Rusia, no ha tenido ánimo para marchar burguesamente a París a asistir a la asamblea. El cable dice que corría el peligro de ser asesinado por los agentes del bolchevismo. Pero el bolchevismo no tiene probablemente interés en suprimir a un personaje tan inofensivo y estólido.

Los soberanos y los banqueros de Occidente, que han armado contra los soviets en el período 1918-1923 una serie de expediciones, conocen demasiado a esta gente. Conocen, sobre todo, su incapacidad y su impotencia. Se dan cuenta clara de que lo que los ejércitos de Denikin, Judenitch, Kolchak, Wrangel, Polonia, etc., bien abastecidos de armas y de dinero, no pudieron conseguir en días más propicios, menos todavía puede conseguirlo ahora un ejército del gran duque Nicolás.

El caso Boris Savinkov esclarece muy bien el drama de los emigrados. (De los únicos emigrados que es dable tomar en cuenta). Savinkov, ministro del gobierno de Kerensky, socialista revolucionario, con una larga foja de servicios de conspirador y terrorista, fue el adversario más frenético y encarnizado de los soviets. Desde la primera hora luchó sin tregua contra el bolchevismo. Participó en todas las conspiraciones y todos los complots antisovietistas. Organizó atentados contra los jefes del régimen. Colaboró con monarquistas y extranjeros. Pero en estas campañas y fracasos acumuló una dolorosa experiencia. Y, después de obstinarse mil veces en su rencor rabioso contra los soviets, acabó por reconocer que éstos representaban realmente los dos ideales de su larga vida de conspirador: la Revolución y la Patria. Temerario, intrépido, Boris Savinkov no se contentó con una constatación melancólica de su error. Quiso repararlo heroicamente. Y se presentó en Rusia. Sabía que en Rusia no podía encontrar sino la muerte. Mas su destino lo empujaba implacablemente.

El proceso de Savinkov es uno de los episodios más emocionantes y dramáticos de la revolución. El jefe terrorista, el líder revolucionario, confesó a sus jueces todas sus responsabilidades. Pero reivindicó su derecho a renegar su error, a abjurar su herejía: "Ante el tribunal proletario de los representantes del pueblo ruso — dijo — yo declaro que me equivocaba. Yo reconozco el poder de los soviets. Yo digo a todos los emigrados: el que ame al pueblo ruso debe reconocer su gobierno. Esta declaración me es más penosa de lo que me será vuestro veredicto. He comprendido que

el pueblo está con vosotros no ahora, cuando los fusiles me apuntan, sino hace un año, en Paris. Espero una condena a muerte, No demando piedad. Vuestra conciencia revolucionaria os recordará que fui revolucionario". El tribunal condenó a muerte a Savinkov, pero gestionó, en seguida, la conmutación de la pena. El gobierno la conmutó por diez años de reclusión. Luego, convencido de la sinceridad de la conversión de su adversario, le acordó el indulto. Mas a Savinkov esto no le bastaba. Su vida de revolucionario incansable se resistía a concluir pasiva y oscuramente en la inacción. Savinkov se había sentido siempre nacido para servir a la revolución social. Si la revolución lo repudiaba, ¿para qué quería su perdón? La amnistía, el olvido, eran un castigo peor que la muerte. Demasiado impetuoso, demasiado impaciente para esperar silencioso e inerte, Boris Savinkov se suicidó en la cárcel.

La vida romancesca y tormentosa de este personaje compendia y resume el drama de la contrarrevolución. Las bufas baladronadas de los grandes duques son sólo su anécdota cómica.

LAS NUEVAS JORNADAS DE LA REVOLUCIÓN CHINA*

He escrito dos veces en "Variedades" sobre la China. La primera vez bosquejando a grandes trazos el proceso de la revolución. La segunda vez, examinando la agitación nacionalista contra los diversos imperialismos que se disputan el predominio en el territorio y la vida chinas.

El cuadro general no ha cambiado. En el distante, inmenso y complejo escenario de la China, continúa su accidentado desarrollo una de las más vastas luchas de la época. Pero las posiciones de los combatientes se presentan temporalmente modificadas. Los últimos episodios señalan una victoria parcial de la contraofensiva reaccionaria e imperialista.

* Publicado en **Variedades**, Lima. 24 de abril de 1926.

La agitación revolucionaria y nacionalista adquirió hace algunos meses una extensión insólita. El espíritu anti-imperialista de Cantón, sede de la China republicana y progresista del Sur, arraigó y prosperó en Pekín, centro de una burocracia y una plutocracia intrigantes y cortesanías. Las huelgas anti-imperialistas de Shanghai repercutieron profundamente en Pekín, donde los estudiantes organizaron enérgicas manifestaciones de protesta contra los ataques extranjeros a la independencia china.

Bajo la presión del sentimiento popular se constituyó en Pekín un ministerio de coalición, en el cual estaba fuertemente representado el partido **Kuo-Ming-Tang**, esto es el sector de izquierda. El Presidente de la República Tuan Chui Yi —cuya dimisión nos acabó de anunciar el cable— no representaba nada. El poder militar se encontraba en manos del general protestante Feng-Yu-Hsiang quien, ganado por el sentimiento popular, se entregaba cada día más a la causa revolucionaria.

El problema de la China asumió así una gravedad dramática precisamente en un período en que, diseñado un plan de reconstrucción capitalista, el Occidente sentía con más urgencia que antes la necesidad de ensanchar y reforzar su imperio colonial. Las potencias interesadas en la colonización de la China discutían desde hacía algún tiempo, con creciente preocupación, los medios de entenderse y concertarse para una acción mancomunada. La marejada nacionalista de 1925 vino a colmar su impaciencia. Inglaterra, sobre todo, se mostró exasperada. Y, sin ningún reparo, usó con la China un lenguaje de violenta amenaza. Las potencias que, como principio supremo de la paz, habían proclamado el derecho de las naciones a disponer de sí mismas y que, más tarde, habían declarado enfática y expresamente su respeto a la independencia de la China, hablaban ahora de una intervención marcial que renovase en el viejo imperio los truculentos días del general Waldersee.

El gobierno de Pekín fue acusado, como antes el gobierno de Cantón, de ser un instrumento del bolchevismo contra el occidente y la civilización. Karakhan, embajador de los Soviets en Pekín, fue denunciado como el oculto empresario y organizador de las protestas anti-imperialistas.

Si se tiene en cuenta todas estas cosas, se comprende fácilmente el sentido de los últimos acontecimientos. Chang-So-Lin, el dictador de la Manchuria, y Wu-Pei-Fu, el ex-dictador de Pekín, son dos personajes demasiado conocidos de la China. Se ve claramente la mano que los mueve. La reconquista de Pekín representa inequívocamente una empresa imperialista y reaccionaria.

Chan-So-Lin, déspota de la China feudal del Norte, que hace varios años proclamó su independencia del resto del Imperio, es un notorio aliado del Japón. Hace aproximadamente un año y medio, arrojó de Pekín a Wu-Pei-Fu, amigo y servidor de Inglaterra, que aspiraba al restablecimiento de la unidad china, sobre la base de un régimen centralista sedicentemente democrático. Después de colocar a Tuan Chui-Yi en la presidencia de la república, el dictador manchú se retiró a Mukden. Pero en la China el presidente de la república es sólo un personaje decorativo. Por encima del presidente, está siempre un general. El general protestante Feng-Yu-Hsiang fue quien efectivamente ejerció el poder, como hemos visto, bajo la presidencia de Tuan-Chui-Yi.

Cuando el peligro de Feng-Yu-Hsiang empezó a parecer excesivo para todos, Chang-So-Lin y Wu-Pei-Fu convergieron sobre Pekín. Esta vez no para lanzarse el uno contra el otro sino para eliminar un enemigo común. El éxito de su campaña es lo que ahora tenemos delante en el intrincado tablero chino.

No hace falta saber más para darse cuenta de que estamos asistiendo al desenlace de sólo un episodio de la guerra civil en la China. Chang-So-Lin y Wu-Pei-Fu pueden coincidir frente a Feng-Yu-Hsiang y contra el movimiento **Kuo-Ming-Tang**. Pero,

una vez recuperado Pekín, su solidaridad termina. Chang-So-Lin se sentirá de nuevo el aliado del Japón; Wu-Pei-Fu, el aliado de Inglaterra. Estados Unidos, rival en la China de Inglaterra y del Japón, movilizará contra uno y otro a un **tuchun** ambicioso. Y, de otro lado, el partido **Kuo-Ming-Tang**, que domina en Cantón, no se desarmará absolutamente. Los desmanes imperialistas le darán muy pronto una ocasión de reasumir la ofensiva.

La responsabilidad del caos chino aparece, pues, ante todo, como una responsabilidad de los imperialismos que en el viejo imperio ora se contrastan, ora se entienden, ora se combaten, ora se combinan. Si estos imperialismos dejaran realizar libremente al pueblo chino su revolución, es probable que un orden nuevo se habría ya estabilizado en la China. El dinero del Japón, de Inglaterra, de los Estados Unidos, alimenta incesantemente el desorden. La aventura de todo **tuchun** mercenario está siempre subsidiada por algún imperialismo extranjero.

En un país como la China, de enorme población e inmenso territorio, donde subsiste una numerosa casta feudal, la empresa de mantener viva la revuelta no resulta difícil. Actúa, en primer lugar, la fuerza centrífuga y secesionista de los sentimientos regionales de provincias que se semejan muy poco. En segundo lugar, la omnipotencia regional de los jefes militares (**tuchuns**) prontos a mudar de bandera. Un **tuchun** potente basta para desencadenar una revuelta.

La república, la revolución, no son sólidas sino en la China meridional, donde se apoyan en un vasto y fuerte estrato social. Cantón, la gran ciudad industrial y comercial del sur, es la ciudadela del **Kuo-Ming-Tang**. Su proletariado, su pequeña burguesía, son devotamente fieles a la doctrina revolucionaria del doctor Sun-Yat-Sen. Esta es la fuerza histórica que cualesquiera que sean los obstáculos que el capitalismo occidental le amontone en el camino, acabará siempre por prevalecer.

LA HUELGA GENERAL EN INGLATERRA*

Para comprender la magnitud de esta huelga general, que paraliza la actividad del país más potente del mundo, basta considerar la trascendencia del problema que la origina. No se trata de una mera cuestión de salarios. El proletariado británico lucha en apariencia contra la reducción de los salarios de los obreros de las minas de carbón; pero, en realidad, lucha por el establecimiento de un nuevo orden económico. El problema de los salarios no es sino una cara del problema de las minas de carbón. Lo que se discute fundamentalmente es la propiedad misma de las minas.

Los patrones pretenden que las condiciones de la industria no les permite mantener los salarios vigentes. Los obreros se niegan a aceptar la rebaja. Pero no se detienen en este rechazo. Puesto que los patrones se declaran incapaces para la gestión de la industria con los actuales salarios, los obreros proponen la nacionalización de las minas.

Esta fórmula no es de hoy. Los gremios mineros sostuvieron por ella en 1920 una huelga de tres meses. Les faltó entonces una solidaridad activa de los gremios ferroviarios y portuarios. Y esto les obligó a ceder por el momento. Mas al primer intento patronal de tocar los salarios, la reivindicación obrera ha resurgido. Hace varios meses el gobierno conservador evitó la huelga subsidiando a los industriales para que mantuvieran los salarios mientras se buscaba una solución. El plazo se ha vencido sin que la solución haya sido encontrada. Y como patrones y obreros no han modificado en tanto su actitud, el conflicto ha sobrevenido inexorable. Esta vez está con los mineros todo el proletariado británico.

Presenciamos, en la huelga general inglesa, una de las más trascendentes batallas socialistas. Los verdaderos contendientes no son los patrones y los obreros de las minas británicas. Son la concepción liberal y la concepción socialista del Estado. Las fuerzas

* Publicado en **Varietades**, Lima, 8 de mayo de 1926.

del socialismo se encuentran frente a frente de las fuerzas del capitalismo. El frente único se ha formado automáticamente en uno y otro campo. La práctica no consiente los mismos equívocos que la teoría. Los reproches a la política conservadora que acompañan la declaración no disminuyen el valor de ésta. Y en el frente obrero, luchan juntos reformistas y revolucionarios. Thomas y Cook, Mac Donald y Savlatkala.

Inglaterra es la tierra clásica del compromiso y de la transacción. Mas en esta cuestión de las minas el compromiso parece impracticable. En vano trabajan desde hace tiempo por encontrarlo los reformistas de uno y otro bando. Sus esfuerzos no producen sino una complicada fórmula de semiestadización de las minas, cuya ejecución nadie se decide a intentar hasta ahora.

El problema de las minas constituye el problema central de la economía y la política inglesas. Toda la economía de la Gran Bretaña reposa, como es bien sabido, sobre el carbón. Sin el carbón, el desarrollo industrial británico no habría sido posible. Cuando el **Labour Party** propone la nacionalización de las hulleras, plantea el problema de transformar radicalmente el régimen económico y político de Inglaterra. En un país agrícola como Rusia la lucha revolucionaria era, principalmente, una lucha por la socialización de la tierra. En un país industrial como Inglaterra la propiedad de la tierra tiene una importancia secundaria. La riqueza de la nación es su industria. La lucha revolucionaria se presenta, ante todo, como una lucha por la socialización del carbón.

El Estado liberal desde hace tiempo se ve constreñido a sucesivas y esporádicas concesiones al socialismo. Sus estadísticas han inventado el intervencionismo que no es sino la teorización del fatal retroceso de la idea liberal ante la idea colectivista. El período bélico requirió un empleo extenso del método intervencionista. Y, durante la post-guerra, no ha sido posible abandonarlo. El fascismo, que, en el plano económico, propugnaba un cierto liberalismo, incompatible desde luego con su concepto esencial del

Estado, ha tenido que seguir en el poder una orientación intervencionista.

Pero el intervencionismo no es una política nueva. No es sino un expediente moderno de la vieja política demo-liberal. En Inglaterra, por ejemplo, ha podido hacer meses postergar el conflicto minero, pero no ha podido resolver la cuestión que lo engendra. El Estado liberal se queda inevitablemente en estas cosas a mitad de camino.

Los hombres de Estado de la burguesía inglesa saben que la única solución definitiva del problema es la nacionalización de las minas. Pero saben también que ésta es una solución socialista y, por ende, antiliberal. Y que el Estado burgués ha renegado ya una gran parte de su ideario, pero no puede renegarlo del todo, sin condenarse a sí mismo teórica y prácticamente.

Por esto ninguno de los proyectos de semiestadización de las minas ha prosperado. Han tenido todos el defecto original de su hibridismo. Los han rechazado, de una parte, en nombre de la doctrina liberal y, de otra parte, en nombre de la doctrina socialista. Y, sobre todo, a consecuencia de su propia deformidad, se han mostrado inaplicables.

El gobierno conservador de Baldwin, que cuando, en la necesidad de evitar la huelga, concedió a la industria un subsidio, se manifestó intervencionista, representa en la lucha presente la concepción del Estado liberal. (Conservantismo y liberalismo son términos que designan actualmente en Inglaterra dos tonalidades, dos caras de un mismo régimen). Hace algunos meses su intervencionismo, denunciado como una abdicación ante la amenaza obrera, detuvo la huelga. Ahora su abstencionismo, esto es su liberalismo, la ha dejado producirse.

No hagamos predicciones. El desarrollo de la batalla puede ser superior al que son capaces de prever los cálculos de probabilidad-

des. Lo único evidente hasta ahora para un criterio objetivo es que se ha empeñado en Inglaterra una formidable batalla política y que sus resultados pueden comprometer definitivamente el destino de la democracia. Los ingleses tienen una aptitud inagotable para la transacción. Pero esta vez la mejor de las transacciones sería para el régimen capitalista una tremenda derrota.

Sólo la imposición cruda y neta de sus puntos de vista podría contener la oleada proletaria.

LA PROTESTA DE LA INTELIGENCIA EN ESPAÑA*

Cada día se exaspera más en España el conflicto entre la dictadura y la inteligencia. Desde el confinamiento de don Miguel de Unamuno y de Rodrigo Soriano en la isla de Fuerte Ventura, los ataques de la dictadura de Primo de Rivera a la libertad de pensamiento no han reconocido ningún límite. No le basta al dictador de España la supresión de la libertad de prensa y de tribuna o sea de los medios de expresión del pensamiento. Parece decidido a obtener la supresión del pensamiento mismo.

Es probable que a Primo de Rivera y a sus edecanes les parezca que éste es nada menos que un modo de regenerar a España. Un general que ha mostrado públicamente más respeto por una cortesana que por un filósofo no puede darse cuenta de que casi los únicos valores españoles que se cotizan aún en el mundo son sus valores intelectuales y espirituales. Los íbero-americanos sobre todo, no creeríamos viva a España —viva en la civilización y en el espíritu— sin el testimonio de Unamuno y sin el testimonio de los que, en el castillo de Montjuich o en otra cárcel de esta inquisición marcial, dan fe de que no ha perecido la estirpe de don Quijote.

Una dictadura de Primo de Rivera y de Martínez Anido, en tanto,

* Publicado en **Variedades**, Lima, 15 de mayo de 1926.

carece para la historia contemporánea hasta del interés de constituir un fenómeno original de reacción o de contra-reforma. Esta dictadura militar no es, como lo ha dicho Unamuno, sino una caricatura de la dictadura fascista. Entre el Marqués de la Estrella y Benito Mussolini la diferencia de categoría es demasiado evidente. Uno y otro representan la Reacción. Pero mientras Mussolini es un caso de condottierismo o cesarismo italianos, Primo de Rivera es apenas un caso de pretorianismo sudamericano, con todas las consecuencias y características históricas de una y otra clasificación.

Jiménez de Asúa, confinado en las islas Chafarinas por haber protestado contra este régimen desde su cátedra de la Universidad de Madrid, es uno de los representantes de la inteligencia española que Hispano-América más conoce y admira. Este solo título debía haber hecho respetable su persona. España no tiene hoy otra efectiva continuación en América que la que le aseguran su ciencia y su literatura.

Las universidades hispanoamericanas, que han recibido a Jiménez de Asúa como un embajador de la inteligencia española, han saludado en él a la España verdadera. Por sus claustros habría pasado, en cambio, sin ningún eco una galoneada y condecorada figura oficial.

Y uno de los méritos de Jiménez de Asúa es, precisamente, la honrada franqueza con que ha dicho a las juventudes hispanoamericanas su opinión sobre la dictadura de Primo de Rivera y el encendido optimismo con que les ha afirmado su esperanza en la revolución española. Jiménez de Asúa no será uno de los conductores de esta revolución. No es un hombre de acción; es sólo un hombre de ciencia. Su ideología política me parece imprecisa. Está nutrida de abstracciones más que de realidades. Pero revela, en todo caso, al intelectual honesto, al cual nada puede empujar a una tolerancia cómplice con el mal.

El acta de acusación de Jiménez de Asúa, le atribuye en primer lugar, una campaña de descrédito de España en los países de Hispano-América. Pero desgraciadamente, para Primo de Rivera los llamados a fallar sobre este punto, somos nosotros los hispanoamericanos. Y nosotros certificamos, por el contrario, que en estos países Jiménez de Asúa no ha dicho ni hecho nada que no merezca ser juzgado como dicho y hecho en servicio de España. Y del único ibero-americanismo que tiene existencia real en esta época.

La deportación de Jiménez de Asúa, según las entrecortadas noticias cablegráficas de España, forma parte de una extensa ofensiva contra la inteligencia. Don Miguel de Unamuno ha sido reemplazado en su cátedra de Salamanca, medida que determinó, justamente, la protesta de Jiménez de Asúa, reprimida con su reclusión en una isla de lúgubre historia. J. Álvarez del Vayo, el inteligente periodista a quien acaba de dar sonora notoriedad su honrado testimonio sobre la situación rusa, ha sido apresado. Sánchez Rojas, culpable a lo que parece de una conferencia sobre la personalidad de Unamuno, ha sido confinado en Huelva. Y la lista de prisiones y deportaciones de intelectuales es seguramente mucho más larga. No la conocemos íntegramente por el celoso empeño de la dictadura de encerrar a España dentro de sus fronteras. Pero las palabras que nos han llegado de una protesta de los más esclarecidos y acrisolados escritores y artistas de España, indican una múltiple y sañuda represión del pensamiento.

La inteligencia hispano-americana tiene que sentirse solidaria, sin duda, con la española, en este período de inquisición. Abundan ya las ex-presiones de esta solidaridad. No en balde Unamuno es uno de los más altos maestros de la juventud hispano-americana.

Pero la condenación histórica del régimen de Primo de Rivera y Martínez Anido no debe fundamentarse sustantivamente en su menosprecio ni en su hostilidad a los intelectuales. Este menosprecio, esta hostilidad no son sino una cara, una expresión de la política reaccionaria. El sentido histórico de esta política se juzga,

ante todo, por los millares de oscuros presos del proletariado, que han pasado hasta ahora por las cárceles de Barcelona y Madrid.

PILSUDSKI Y LA POLÍTICA POLACA*

A través de una accidentada serie de experimentos y tanteos, Polonia busca su equilibrio. El tratado de paz le dio un extenso territorio, después de restablecer su existencia como nación libre. Pero le impuso al mismo tiempo, de acuerdo con el interés de los vencedores o, más precisamente, de acuerdo con el interés de Francia y el interés de Inglaterra, una complicada función en el mecanismo político de Europa. Reconstituida con territorios que hasta la victoria aliada formaban parte de los imperios alemán, austriaco y ruso, Polonia tiene, por otra parte, una composición heteróclita que le impide reconstruir prontamente su unidad nacional. Su población se compone, en algunas provincias, de polacos, rusos, alemanes y judíos. Y a la pluralidad de nacionalidades, se suma la pluralidad de religiones. Hay en Polonia católicos, ortodoxos, protestantes e israelitas. Predomina, naturalmente, la masa polaca y católica, que constituye una gran mayoría. Mas a esta nacionalidad, un poco anquilosada por más de un siglo de dominio alemán o ruso, le resulta excesivo el difícil trabajo de asimilación de las minorías alógenas que la paz aliada le ha obsequiado.

En Polonia, el conflicto entre la ciudad y el campo estorba el proceso de clarificación política. La burguesía urbana no se entiende muy bien con la burguesía rural. El proletariado industrial no se entiende tampoco bien con el proletariado campesino. En 1919, el Estado polaco se encontró frente a una urgente cuestión agraria. La ola verde que, estimulada por la revolución rusa, amenazó el orden burgués en toda la Europa oriental, donde la propiedad de la tierra estaba acaparada por una poderosa aristocracia, invadió Polonia con el mismo ímpetu que en Rumania. Bulgaria, etc. Se

* Publicado en **Variedades**, Lima, 5 de junio de 1926.

dictó entonces una ley que, sancionando el principio de la expropiación forzosa, limitó la extensión de los fundos entre 160 y 900 hectáreas.

Pero la influencia de la clase latifundista, representada por los partidos de la derecha, ha evitado la ejecución integral de la reforma agraria. Por consiguiente, las campañas siguen agitadas por una lucha obstinada entre bandos que no desarman.

Pilsudski gobernó contra los partidos de la derecha que reclutan principalmente sus adeptos en la población rural. Uno de estos partidos, la federación popular nacional, se apoya en los grandes terratenientes. Otro, el partido obrero cristiano nacional, reúne en sus filas a los artesanos y campesinos obedientes al clero. Pero el partido agrario más numeroso es el acaudillado por Witos, el político a quien Pilsudski acaba de arrojar del poder. Este partido durante el gobierno de Pilsudski ocupó en el parlamento polaco, en el cual contaba con 85 puestos, una posición centrista. Sus intereses electorales lo mantuvieron entonces al flanco del gobierno.

Mas Pilsudski, políticamente, no obstante sus antecedentes socialistas, jugó en el poder un rol contrarrevolucionario. Lo obligaban a este rol los compromisos internacionales de Polonia. El capitalismo occidental necesitaba que Polonia fuera una barrera anti-sovietista. Y Pilsudski que, además alentaba sueños un poco napoleónicos, se lanzó a la aventura de una guerra contra los soviets. Su plan era la federación de todos los estados limítrofes de Rusia, desde la Finlandia hasta la Georgia, bajo la tutela de Polonia. Si Polonia hubiese salido victoriosa de esta empresa, Pilsudski se habría asegurado definitivamente en el poder.

Como esto no aconteció, Pilsudski vio declinar su estrella. Los elementos revolucionarios del proletariado, que desde los tiempos de Rosa Luxemburgo y Leo Joguisches lo habían combatido en el seno de la social-democracia, lo denunciaban como un instrumen-

to de la burguesía. Los partidos conservadores no le perdonaban su pasado romántico de agitador. La burguesía, en general, miraba con desconfianza su **condottierismo**.

Y desde que Pilsudski dejó el poder, se inició lógicamente un período de reforzamiento y concentración de las fuerzas conservadoras. Sofocando el impulso revolucionario, Pilsudski había favorecido a la reacción. Más aún: se había apoyado en ella. El gobierno, por consiguiente, cuando cesó de ser pilsudskiano, devino francamente derechista.

Witos presidía hasta hace poco una concentración conservadora que no ocultaba sus propósitos de rectificar profundamente, en un sentido reaccionario, la organización polaca. Su gobierno, acérrimamente derechista, practicó hasta el fin una política de represión de la propaganda de las izquierdas. Esta política, en el terreno económico, se caracterizó por su espíritu adverso a la urbe y a la industria, campesino y antisemita.

Pilsudski ha reconquistado el poder con los elementos urbanos. Una parte del ejército fiel a su prestigio y a su continente marciales, lo ha seguido contra otra parte, más dócil a los intereses conservadores. Pero el factor decisivo de su victoria parece haber sido el proletariado urbano. La huelga general secundó el ataque militar. Las izquierdas no podían abstenerse de concurrir al derrocamiento de un régimen específicamente reaccionario.

Ahora Pilsudski se muestra, como siempre, un poco incierto. No ha aceptado la presidencia de la república. Pero su falta está, sin duda, en no haberse resuelto por el camino de la dictadura revolucionaria. Su romanticismo bonapartista le impide ver que su política, combatida por las derechas, necesita el consenso de las izquierdas.

LA ESCENA PORTUGUESA*

Sería injusto pensar, a propósito del reciente golpe de estado portugués, que el Portugal está imitando a la España de Primo de Rivera y Martínez Anido. Al Portugal no se le puede negar el mérito de ser, en este siglo, bastante más original que España en su política y sus instituciones. Mientras los republicanos españoles no han sabido ni han podido hacer nada mejor que transigir con la monarquía borbónica, los republicanos portugueses han logrado, primero, fundar su república y, en seguida, defenderla contra la nostalgia de la dinastía de los Braganza. España, por germanofilia de su monarquía, no quiso salir de la neutralidad. El Portugal, por aliadofilia de la república, intervino en la guerra.

Estos contrastes no son en sí mismos, evidentemente, una prueba de progresismo del Portugal y de conservantismo de España. Una república, muchas veces, no vale más que una monarquía. No es raro que valga aún menos. Y la participación en la gran guerra ha dejado de ser considerada como una benemerencia desde que se fueron a pique, tragadas por los vórtices de los imperialismos, los beatos principios del Presidente Wilson.

Pero aquí no se trata sino de constatar el derecho del Portugal a sentirse diferente de España. Los antecedentes del reciente golpe militar —dirán con razón los portugueses— no están en la gesta del general Primo de Rivera sino en la propia historia del Portugal. Todos los cambios de gobierno que ha experimentado el Portugal desde el derribamiento de la monarquía en 1910, han reposado en un pronunciamiento militar. En sólo los años 1920 y 1921 se realizaron en el Portugal tres golpes de mano militares. La renovación del gobierno ha dependido casi siempre de la decisión de un manipulo de belicosos oficiales. Y los oficiales se han presentado divididos en republicanos y monarquistas y subdivididos en varias filiaciones menores, más o menos contingentes y accidentales.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 19 de junio de 1926.

El último pronunciamiento se distingue, empero, de los anteriores, aunque no sea sino formalmente. Esta vez el ejército no ha puesto el peso de sus armas del lado de una de las facciones políticas. Ha establecido una dictadura marcial que, por su lenguaje al menos, no carece de parecido con la de España. Este régimen, por otra parte, se declara por encima de todos los partidos y se atribuye la representación de los intereses nacionales. Y aquí el parentesco de las dos dictaduras aparece incuestionable. Las dos pertenecen incontestablemente a la misma familia histórica.

No sabemos todavía si, como, es característico en todo movimiento fascista, los autores del golpe de estado del Portugal achacan todas las desgracias de la patria a la política y al parlamentarismo. En el Portugal las quejas contra el parlamentarismo, en los labios de los oficiales, sería festivamente injustas. Pues en el Portugal, de la inestabilidad de los gobiernos el más responsable no ha sido nunca el parlamento sino, en todo caso, el ejército. Nadie puede pretender que en el Portugal haya habido un parlamentarismo excesivo. (Aunque si se quiere confrontar este aspecto de la política de uno y otro país, resulta que tampoco en España existió parlamentarismo ni excesivo ni verdadero. Y que en España la vida de los gabinetes encontró frecuentemente en las deliberaciones de las "juntas de defensa" mayor amenaza que en los debates del parlamento. La liquidación de la empresa de Marruecos, reclamada por el pueblo, ¿no fue siempre estorbada por el temor al ejército?)

La guerra dejó al Portugal graves problemas financieros. No todo fue laureles y honores. El comercio de sardinas y de vinos obtuvo, durante la guerra, pingües beneficios; pero el Estado, embarcado en una serie de empréstitos consumidos en la costosa aventura, quedó completamente exangüe. La república, responsable de la intervención, se vio amenazada a consecuencia del malcontento nacido de la crisis económica. Los partidarios de la monarquía intentaron explotar el mal humor popular. El gabinete se encontró frente a un intrincado haz de problemas financieros y políticos. El

presupuesto no conseguía balancearse. Los déficits se acumulaban. La moneda se desvalorizaba a causa de la inflación y de la deuda pública. Y en esta atmósfera se incubaban sucesivas conspiraciones.

El golpe de estado militar demuestra que la crisis subsiste. Es en sus lineamientos esenciales la misma crisis en que desde la guerra se debate el mundo occidental. Y ya sabemos que en ningún país la dictadura, más o menos marcial o más o menos fascista, ha sido una solución. Al gobierno de Primo de Rivera todas sus fanfarronadas y todas sus violencias no le han servido para resolver ninguno de los viejos problemas españoles. Apenas si le han bastado para crear algunos problemas nuevos. El del régimen, verbi-gracia. Ningún liberal español honrado puede perdonar a la monarquía su complicidad con Primo de Rivera. Los políticos y escritores exilados plantean abiertamente, como una cuestión básica, la cuestión del régimen.

Afirman que con Primo de Rivera debe echarse a Alfonso XIII.

En el Portugal la historia no puede ser distinta. De otro lado, en el Portugal la inestabilidad, la interinidad, parece desde hace mucho tiempo la característica sustantiva de todos los gobiernos. Ahí los malos gobiernos tienen siempre la ventaja de ser siempre breves. Un amigo un poco humorista que, justificando su indiferencia por la prensa, sostenía la posibilidad de suponer aproximadamente todas las novedades del cable, me decía una vez: —Apuesto que la novedad de hoy es un golpe de estado en Portugal—. Yo hubiera querido contradecirlo para defender mi costumbre de leer los diarios. Pero, desgraciadamente, lo que mi amigo suponía era esa vez cierto.

EL MINISTERIO BRIAND-CAILLAUX*

No ha tramontado aún, —como sus adversarios suponían o, más bien, anhelaban—, la estrella de Joseph Caillaux. Cuando menos próximo parecía Caillaux al poder, la marea política lo ha colocado de nuevo en el ministerio de finanzas, esto es en el ministerio del cual dependen ahora los destinos de Francia. En este ministerio Caillaux no se siente un ministro; se siente un cónsul que "comparte el poder" con otro cónsul, Briand.

El trabajo de constituir un gabinete, ha sido esta vez demasiado arduo para el experimentado y cazurro Briand. Fracasada su primera tentativa, el encargo de formar el gobierno pasó a Herriot que representa una fórmula neta: el cartel de izquierdas. Pero el cartel de izquierdas está prácticamente liquidado y deshecho y no es ya tiempo de galvanizarlo. Herriot no podía tener esta vez mejor suerte que hace algunos meses cuando hasta el grupo comunista, con el objeto de cerrar el camino a los reaccionarios, se declaró pronto a apoyar en el parlamento un programa de izquierda. Como no es posible, dentro de la actual situación parlamentaria, organizar un gabinete sin el concurso de una parte de las izquierdas, Briand recibió de nuevo el encargo. La fórmula de Briand es la de una segunda "unión sagrada". Por el momento Herriot y el partido radical-socialista muéstranse reacios a aceptarla. Mas Briand sabe que puede contar de toda suerte con su participación en un ministerio centrista más o menos interino. Un gabinete de este tipo es el que acaba de presentarse a la cámara.

Pero este mismo gobierno no habría podido ser puesto a flote sobre la sola base del nombre de Briand. La base debía ser por fuerza un binomio, si no un trinomio. Briand necesitaba compartir el poder con un Líder. Lo hemos visto, por eso, solicitar a Poincaré primero y a Caillaux después. Y, en la imposibilidad de conseguir la colaboración de los dos, decidirse por la de Caillaux.

* Publicado en **Variedades**, Lima. 3 de julio de 1926.

Briand es un líder, un jefe; pero no el líder ni el jefe de la derecha, de la izquierda o del centro. Su grupo no pasa del rango de una modesta patrulla parlamentaria. Y, justamente, por esto, Briand preside todavía el gobierno. Tiene su política la ventaja de no resultar comprometida ni embarazada por ninguna doctrina, por ningún partido, por ningún programa. Oportunamente orgánico, Briand está dispuesto a actuar cualquier política y a ponerse a la cabeza de cualquier coalición. Su fuerza reside en su virtud de combinar y amalgamar a grupos aparentemente heterogéneos y antagónicos pero en el fondo conciliables. Es el político de las fórmulas compuestas y de los programas mixtos. Su fortuna procede ahora del fracaso del cartel de izquierdas. El **cartel** es la mayoría; pero como el **cartel** no existe, la mayoría tampoco existe. Por consiguiente se impone el sistema de las mayorías artificiales y provisionarias. Y para obtener estas mayorías aleatorias, Briand tiene la ciencia de la dosis. Lo hemos visto hoy abandonar a Poincaré —dosis prematura de derecha— por Caillaux —dosis moderada de izquierda—, después de constatar que todavía no es tiempo de asociar ambas dosis.

Caillaux es en cierto modo un líder de género análogo al de Briand. Tampoco es Caillaux el líder de un bloque ni de un partido. Sus relaciones con el partido al cual está afiliado —el radical-socialista— no son las de un militante ortodoxo. Pero los dos hombres son diferentes. Caillaux tiene, en todo caso, una filiación. Enemistado personalmente con la derecha, juega un rol demasiado vivo de hombre de izquierda. Briand, en cambio, no tiene filiación ninguna. No se considera sino republicano, lo que, prácticamente, no lo obliga a nada, puesto que el régimen republicano no es repudiado en Francia sino por la fauna orleanista.

El binomio Briand-Caillaux constituye, pues, un nuevo **Intermezzo** centrista. Este binomio se propone nada menos que la solución del problema hacendario y financiero de Francia. Pero una cosa son las promesas de un gobierno y otra cosa son sus posibilidades. Si se examina sus bases parlamentarias, se observa que el

binomio Briand-Caillaux reposa sobre una inestable combinación de fuerzas mal avenidas aún. Su equilibrio, por consiguiente, es muy difícil, muy incierto.

Si Caillaux lograra aplicar con éxito sus planes financieros, tal vez mucha gente de izquierda, de centro y de derecha pensaría seriamente en su "consulado". Los recursos del nuevo gabinete son la audacia de Caillaux y la astucia de Briand. Pero, —aparte de que la solidaridad de los dos cónsules es relativa y contingente—, no es probable que un ministerio y un programa puedan mantenerse a flote en el tempestuoso mar de esta cámara. A la disolución de la cámara tendrá que apelarse inevitablemente después de uno o más nuevos naufragios ministeriales.

Fracasado el bloque de izquierdas, tiene que reconstituirse un gran haz de fuerzas burguesas. Y esta nueva concentración no puede cumplirse sino electoralmente. Si las elecciones demoran, se debe sin duda a que todavía la clarificación política no es completa. Se correría aún el riesgo de un nuevo experimento del bloque de izquierdas. Y si se repitiese, aunque fuese atenuada, la situación de mayo de 1924, el desequilibrio actual se repetiría en la cámara próxima.

En cuanto al fascismo, casi todos convienen en que, por el momento, no inspira en Francia serios temores. Hace cuatro meses en las elecciones de dos diputados por París, los candidatos comunistas, en torno de los cuales se concentraron todas las fuerzas de izquierda, barrieron sensacionalmente a los candidatos fascistas. París en esta elección no votó, claro está, por la dictadura bolchevique. Pero sí voto, categóricamente, contra la dictadura fascista.

LA AGITACIÓN REVOLUCIONARIA EN ESPAÑA*

Las noticias cablegráficas sobre el abortado movimiento contra la dictadura de Primo de Rivera, son insuficientes para comprender y juzgar exactamente la nueva fase en que parece haber entrado la política española. Con tan sumarios y oscuros elementos de juicio no se puede todavía apreciar el verdadero valor de la tentativa revolucionaria en la que, según la represión policial, resultan mezclados hombres tan diversos como Weyler y Marañón, Marcelino Domingo y el conde de Romanones.

La participación de Weyler, de Aguilera y de otros militares de alta jerarquía en el movimiento contra Primo de Rivera demuestran que a la dictadura le faltan cada día más el consenso de una gran parte del ejército.

Este hecho, —del cual se sintió la evidencia desde la primera hora del régimen militar—, se conforma absolutamente con la tradición del militarismo español. Desde los más lejanos episodios de la batalla liberal, los militares se presentan en España divididos en liberales y reaccionarios. España careció en el período de su revolución burguesa de grandes figuras civiles. Los que más eficazmente acaso combatieron por el liberalismo y la constitución fueron bizarros caudillos militares del tipo de "El Empecinado". Fundadamente piensan algunos hombres de estudio contemporáneos que la revolución liberal y burguesa de España se actuó en América, se resolvió en la revolución de la independencia hispanoamericana. La clase civil, el espíritu burgués, no lograron su plenitud sino en las colonias, debido a las circunstancias económicas e históricas que propiciaban su emancipación. España ha sufrido la tragedia de no tener una burguesía orgánica, vigorosa y revolucionaria. Por esto, ha subsistido en España, apenas atenuado por la constitución, el antiguo poder de la monarquía y la aristocracia. Las constituciones no han constituido sino oportunistas concesiones de la monarquía. "El pueblo—escribe

* Publicado en **Varietades**, Lima, 10 de julio de 1916.

Eduardo Ortega y Gasset en un reciente artículo de la revista "Europe"— estuvo siempre sometido a una dura tutela que ha debido su supervivencia al hecho de que supo siempre transigir cada vez que se vio en peligro. Entonces los reyes, con la perfidia tradicional de los Borbones de España, sabían fingir que aceptaban las conquistas del pueblo sin renunciar jamás a su poder personal. A la agitación, a la cólera de la opinión pública, la política ha opuesto siempre las resistencias reales seguidas de aparentes concesiones". En este accidentado proceso de formación del feble régimen constitucional, herido de muerte por el golpe de estado de Primo de Rivera, el militarismo liberal ha jugado un rol activo, sobre todo cuando ha sido más sensible la ausencia de fuertes figuras civiles.

Pero si la tradición del ejército en el último siglo, ha sido en parte liberal, en cambio ha sido casi invariablemente monárquica. La idea republicana no ha prendido nunca seriamente en el espíritu militar español. Y la monarquía como es natural, ha cultivado celosamente el sentimiento monárquico en el ejército. "Todos los esfuerzos de Palacio —dice Eduardo Ortega y Gasset—, han tendido siempre a hacer del ejército no una fuerza nacional sino una fuerza monárquica".

La responsabilidad de Alfonso XIII en el desastre de Annual, más acaso que su complicidad asombrosa en la gestación de la dictadura, ha debilitado sin duda el prestigio personal del rey en la parte más sana y consciente del ejército. Pero no es probable que haya afectado a la monarquía misma.

Por consiguiente, es indudable que el movimiento abortado, no obstante la intervención de elementos calificadamente izquierdistas y republicanos, estaba dirigido sólo contra la dictadura. Su programa se detenía en el restablecimiento de la constitución. No llegaba, ni siquiera en principio, a la abolición de la monarquía. La presencia del conde de Romanones entre los conspiradores

confirma los propósitos meramente restauradores de este frustrado contragolpe.

El viejo liberalismo, el antiguo constitucionalismo, dominaban inequívocamente en el movimiento que, tal vez por esta razón, ha sido batido. El estudio de las circunstancias que engendraron el régimen de Primo de Rivera y Martínez Anido prueba hasta la saciedad que el pueblo español no necesita una tímida restauración, sino una revolución verdadera y auténtica. No es ya tiempo de reconstruir un régimen monárquico-constitucional, que no sólo la crisis mundial de la democracia capitalista sino, ante todo, su particular experiencia de tantos años, condena definitivamente a la bancarrota y al tramonto.

Claro está que no se debe olvidar que todas las grandes revoluciones han tenido generalmente un principio muy modesto. La revolución rusa nació de un movimiento de la burguesía "cadete" y de la nobleza liberal. Pero en Rusia existía, además de una profunda agitación del pueblo, un partido revolucionario, conducido por un genial hombre de acción, de miras claras y netas.

Esto es lo que falta presentemente en España. El partido socialista sigue a hombres dotados de estimables condiciones de inteligencia y probidad, pero desprovistos de efectivo espíritu revolucionario. El partido comunista, demasiado joven, no constituye aún sino una fuerza de agitación y propaganda. Los intelectuales del Ateneo —que han sido, seguramente, los animadores originales de la tentativa— representan conspicuamente un nuevo pensamiento científico y hasta filosófico; pero no representan específicamente un nuevo pensamiento político. Y una revolución política no puede ser obra sino de un pensamiento político también.

Pero nada de esto disminuye el interés de los últimos acontecimientos. Tiende sólo a fijar sus reales alcances. La tartarinesca dictadura de Primo de Rivera y Martínez Anido se ha exhibido, al tambalearse, en toda su miseria intelectual y material. España ha

entrado otra vez en la era un poco romántica de los pronunciamientos y de las conspiraciones. Sus grotescos dictadores no podrán ya dormir tranquilos.

LA ESCENA SUIZA*

El orden demo-liberal-burgués tiene su más acabada realización en la república federal suiza. Inglaterra es, ciertamente, la sede suprema del parlamentarismo, el liberalismo y el industrialismo, esto es de los principios y fenómenos fundamentales de la civilización capitalista. Pero Inglaterra es demasiado grande para que todas las instituciones posibles de la democracia hayan podido ser ensayadas y establecidas en su gobierno. Inglaterra ha continuado siendo una monarquía. Su aristocracia ha conservado todos sus fueros formales y algunos de sus privilegios reales. Inglaterra, sobre todo, es un imperio, de modo que internacionalmente no está en grado de aceptar y menos aún de aplicar las últimas consecuencias del pensamiento demo-liberal. Suiza, en cambio, hasta por su geografía de país de tráfico internacional, se encuentra en condiciones de conformar tanto su, política interna como su política exterior a este ideario. La democracia puede funcionar en Suiza con la misma precisión con que funcionan sus relojes. El ordenado espíritu suizo ha dado a su democracia un mecanismo de relojería. En un país pequeño, de población densa y culta, exenta de ambiciones e intereses imperialistas, la experiencia democrática ha conseguido cumplirse casi sin obstáculos.

El **demos** tiene en Suiza; como es sabido, todos los derechos. Tiene el derecho de referéndum y el derecho de iniciativa. El poder ejecutivo se renueva anualmente. El ciudadano suizo se siente gobernado por la mayoría. Le basta formar parte de la mayoría para que no le quepa la menor duda de que se gobierna a sí mismo. Y esto lo induce, como es lógico, a gobernarse lo menos posible. Las mayorías hacen en Suiza el uso más prudente y ponde-

* Publicado en **Varietades**, Lima, 17 de julio de 1926.

rado de sus derechos. Lo que no es sólo una cuestión de educación democrática sino también de comodidad política de todo suizo mayoritario.

En esta época de **pustchismo** y fascismo, Suiza se presenta como el país más inmune a la dictadura. Ni el burgués, ni el pequeño burgués suizos pueden comprender todavía la necesidad de reemplazar su consejo federal por un directorio, ni su presidente de la república por un Mussolini. Suiza no quiere césares ni **condottieres**. Mussolini es el más impopular de los jefes de estado contemporáneos en la democracia helvética, no tanto por su propósito nacionalista de reivindicar el Ticino como por su personalidad megalómana de César y dictador. El **demos** suizo está demasiado habituado a la ventaja de no sufrir, ni en la política ni en el gobierno, personalidades exorbitantes y excesivas. Un buen presidente de la república puede ser en Suiza un relojero. Motta, elegido varias veces para este cargo, tiene, por ejemplo, el prestigio de hablar correctamente las tres lenguas de este país trilingüe y de pronunciar hermosos discursos en las asambleas de la Sociedad de las Naciones.

La función de Suiza en la historia contemporánea parece ser —a consecuencia de su democracia, de su urbanidad y de su geografía— la de servir de hogar a casi todos los experimentos y los ideales internacionalistas. Desde hace muchos años las organizaciones internacionales eligen generalmente una ciudad suiza como su sede central. A comenar de la Cruz Roja, tienen su asiento en Suiza todas las centrales del internacionalismo humanitario y pacifista. No están en Suiza las internacionales obreras. Pero a la historia de la Segunda Internacional se halla memorablemente vinculado el país suizo, por haberse celebrado en Basilea el último de sus congresos prebélicos y en Berna el congreso que en 1919, concluida la guerra, estableció las bases de su reconstrucción. Y en cuanto a la Tercera Internacional puede considerársele incubada en Suiza por haberse realizado en Zimmerwald y Kienthal, durante la guerra, las conferencias de las minorías socialistas

precursoras del programa de Moscú. De otro lado, la Suiza albergó hasta la víspera de la revolución, a sus principales actores, de Lenin a Lunatcharsky. En Zúrich, en un modesto cuarto amueblado, habitaron y trabajaron Lenin y su mujer por varios años preparando esta revolución que, según sus propios adversarios, constituye el más colosal ensayo político y social de la época.

Mas el internacionalismo que característicamente reside en suelo suizo es el internacionalismo liberal, no el socialista. Ginebra, la ciudad de Rousseau y de Amiel, aloja periódicamente a los parlamentarios del desarme o de la paz. Ahí tiene su domicilio la Sociedad de las Naciones. Hace algunos años se firmó en Lausana la paz entre el Occidente y Turquía. Hace un año se firmó en Locarno la nueva paz europea. A orillas de un lago suizo, Europa se siente, invariablemente, pacifista.

¿Desmiente, entonces, Suiza la tesis de la irremediable decadencia de la democracia? No la desmiente: la confirma. Ni su democracia ni su neutralidad han preservado a Suiza de la tremenda crisis post-bélica. Suiza, país prevalentemente industrial, —el 78% de la población trabaja en la industria y el comercio—, vio declinar en 1919, a consecuencia de esta crisis, sus exportaciones. Sus principales industrias tuvieron que afrontar un período de duras dificultades. Los industriales pretendieron naturalmente encontrar una solución a expensas de la clase trabajadora. El gran número de desocupados creó una atmósfera de agitación y descontento. Se sucedieron, como en los demás países de Europa, las huelgas y **lock-outs**. La izquierda del socialismo suizo dio su adhesión al comunismo. Y la crisis, en general, evidenció que la democracia y sus instituciones son impotentes ante la lucha de clases. Suiza, malgrado su tradición de liberalismo, no ha sabido abstenerse de emplear medidas de excepción contra los comunistas. La democracia suiza no admite ninguna amenaza seria al dogma de la propiedad privada.

El sino de la democracia en Suiza tiene que ser, por otra parte, el mismo que en los otros pueblos de Occidente. No es en Suiza sino en Inglaterra, en Alemania, en Francia, donde se esclarece actualmente si la idea demo-liberal ha cumplido ya su función en la historia. Pero la experiencia suiza no estará, en ningún caso, perdida para el progreso humano.

EL MINISTERIO DE CONCENTRACIÓN REPUBLICANA DE POINCARÉ*

El drama del franco ha decidido a la burguesía francesa a reconciliarse. Este gabinete de concentración republicana que encabeza Poincaré se reduce, en último análisis, a un gabinete de concentración burguesa. Todos los cuerpos y todos los líderes burgueses de la cámara están ahí. El bélico Tardieu y el ambiguo Briand, el opaco Leygues y el pálido Painlevé, el anodino Barthou y el desventurado Herriot, han aceptado la jefatura de Poincaré en un ministerio que pretende tener el aire de un ministerio de unión sagrada. Fuera de este gabinete, sólo están, a la derecha, la minúscula patrulla monarquista, y a la izquierda, algunos radicales-socialistas, los socialistas y los comunistas.

¿Qué ha pasado en el parlamento francés, dividido antes —sin contar las dos extremas, monarquista y comunista—, en dos campos, en dos coaliciones aparentemente inconciliables, el bloque nacional y el **cartel** de izquierdas?

La cámara nacida de las elecciones de 14 de mayo es, materialmente, por su composición y su estructura, la misma que ahora preside Raoul Peret y que se dispone a acordar al hombre de la ocupación del Ruhr los votos de confianza que necesite su política de estabilización del franco. Pero, psicológica y espiritualmente, no es ya la Cámara que, encontrando insuficiente el licenciamiento del ministerio de Poincaré, reclamó y obtuvo en mayo de

* Publicado en **Variedades**, Lima, 31 de julio de 1926.

1924 la renuncia de Millerand, presidente de la república. En dos años, de los más tormentosos de la política parlamentaria francesa, se ha cumplido, con éxito negativo, el experimento político propugnado por la mayoría del 11 de mayo. El **cartel** de izquierdas, vencedor de las elecciones, roído desde su nacimiento por un mal insidioso y congénito, se ha disgregado gradualmente en estos dos años. Desde mucho antes de la caída del primer gabinete Herriot, asistimos al proceso dramático de su disolución. El último gabinete Herriot ha sido una postrera tentativa por mantener aún a flote por algún tiempo la esperanza y la ficción de un gobierno de las izquierdas. Hoy, naufragada en pocas horas esta tentativa tímida y tardía, vemos a una parte del **cartel** reunida al antiguo bloque nacional mientras la otra parte —el partido socialista— se siente de nuevo casi sola en la oposición.

El retorno de Poincaré representa simplemente un fracaso del reformismo. Pero no únicamente, —como querrán hacer creer los enemigos a ultranza de la idea socialista—, un fracaso del reformismo socialista, sino también, y sobre todo, del reformismo burgués. El **cartel** de izquierdas —coalición de los partidos avanzados de la burguesía, radical-socialista y republicano-socialista, con el partido moderado de la clase obrera— era una fórmula reformista. Se combinaban y entendían en esta fórmula dos evolucionismos: el de la burguesía y el del proletariado. Ninguna crítica de buena fe podía identificar lealmente al **cartel** de izquierdas como una fórmula revolucionaria. Los comunistas franceses, antes y después del 11 de mayo, denunciaron incansablemente el verdadero carácter del **cartel**.

La quiebra de esta híbrida alianza no es, pues, una derrota de la revolución sino tan sólo una derrota de la democracia. Con el **cartel** naufraga exclusivamente la reforma. Los excelentes y optimistas burgueses que, guiados por un risueño retor, se creyeron capaces el 11 de mayo de combatir a fondo por la democracia, contra su propia clase, regresan ahora, desilusionados y maltrechos, bajo la bandera equívoca de una concentración republicana,

a la teoría y la práctica de la unión sagrada de la burguesía. El partido socialista, por su parte, —liquidado desastrosamente el experimento reformista—, vuelve a asumir, en el parlamento, su función de partido del proletariado.

No hay otra cosa sustancial en la solución de la última crisis ministerial Francesa. El éxito personal de Poincaré es una cosa adjetiva. Si Herriot, Painlevé, etc., se han visto obligados a aceptar la dirección del "gran lorenés", no es menos cierto que éste, a su turno, se ha visto obligado a aceptar la colaboración de estos políticos que, en mayo de 1924, lo arrojaron estrepitosamente del poder, achacándole casi toda la responsabilidad de la situación de Francia en la post-guerra. El bloque nacional poincarista no puede suprimir definitivamente al radicalismo o, mejor dicho, al reformismo, sino a costa de digerirlo y asimilarlo.

De otro lado, es absurdo aguardar de Poincaré una obra de taumaturgo. El drama del franco comenzó al día siguiente de la victoria francesa. Poincaré cayó en mayo de 1924, precisamente por haberse mostrado impotente para resolverlo. Antes que los precarios ministerios que se han sucedido del 11 de mayo a la fecha, trató de reordenar las finanzas francesas un sólido ministerio del bloque nacional dirigido por Poincaré. Los resultados de su gestión son demasiado notorios.

Poincaré no tiene un programa propio de restauración del franco. Su programa toma en préstamo algo a todos los programas del parlamento. El "gran lorenés" no posee siquiera dotes de dictador. Crecido y formado en la atmósfera parlamentaria de la Tercera República, no puede romper con sus "inmortales" principios. Tiene la mentalidad y el espíritu de la pequeña burguesía francesa. Y es por esto que la pequeña burguesía lo adora.

Espíritu de clase media, impregnado de todos los prejuicios del parlamentarismo, Poincaré sabe muy bien que no es a él, en todo caso, a quien le tocará jugar en Francia el rol de dictador o **con-**

dottiere. León Blum lo ha definido agudamente en una **Interview.** "Poincaré, —ha dicho—, ha menester de sentir en torno suyo el afecto y la devoción de los hombres. Para obtenerlos usa, en lo privado, la afabilidad y hasta la coquetería. Pero hay en él algo que detiene el impulso de los otros: una sequeda íntima, una meticulosidad excesiva y desconfiada, un amor propio siempre herido. Lo tiene al punto de que cuando toma una resolución, piensa en el artículo que escribirá Tardieu al día siguiente y de que su resolución es influenciada por este pensamiento. Hay en él algunos lados imprevistos. Así, por ejemplo, la fuerza física lo atrae. Una alta estatura lo impresiona, le da miedo. No busquéis en otra cosa la extraña influencia que ejerce sobre él Maginot. Su ascendiente es exactamente el mismo que el gigante Gastón Bonvalot ejercía sobre el pobre Lemaitre". Blum completa su juicio, reconociendo a Poincaré grandes cualidades —orden, potencia intelectual y vasta cultura—, pero negándole el sentido de lo real, de la aplicación concreta, y declarando que sería admirable "en el papel de segundo de un hombre de genio".

El dinero, la burguesía, han dado a Poincaré, para el ministerio que acaba de constituir, un crédito de confianza. He ahí toda la clave de su ascensión al poder en traje de salvador de la patria.

DESPUÉS DE LA MUERTE DE DZERJINSKY*

La muerte de Dzerjinsky ha abierto otro claro en el estado mayor de la Revolución Rusa. Los soviets han perdido uno de sus mejores funcionarios; la revolución uno de sus más heroicos combatientes. Dzerjinsky pertenecía a la vieja guardia del bolchevismo. A esa vieja guardia que conoció la derrota en 1905, la cárcel y el destierro en todos sus largos y duros años de conspiración y la victoria de 1917. Y que, entonces, justamente, empezó a vivir sus días más dramáticos, más agónicos, más exaltados.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 21 de agosto de 1926.

Como la mayor parte de los hombres de la vieja guardia, Dzerjinsky, era un revolucionario nato. Su biografía hasta octubre de 1917, es absolutamente la biografía de un agitador. A la edad de 17 años, estudiante de retórica en el colegio de Vilna, se enrola en el socialismo y se consagra a su propaganda. Tres años después dirige en Kovno las grandes huelgas de 1879, señalándose desde entonces a la policía zarista como un agitador peligroso. Deportado de Kovno, Dzerjinsky, se dedica a la organización del partido social-democrático en Varsovia, actividad que le cuesta primero la prisión, luego la deportación a Siberia. Escapa a esta última pena refugiándose en Alemania. El año trágico de 1905, lo encuentra en Varsovia en un puesto directivo de la social-democracia polaca. Condenado nuevamente al exilio de Siberia, Dzerjinsky logra fugar por segunda vez, pero regresa a su trabajo revolucionario en 1912 y la policía zarista cae implacable sobre él. La revolución de Kerenski, le abre finalmente, en 1917, las puertas de la prisión. Y Dzerjinsky, vuelve a su puesto de combate. Participa activa y principalmente en la revolución bolchevique, como miembro del Comité Militar Revolucionario, en primera fila en la responsabilidad y riesgo.

En el Gobierno revolucionario, su tarea es, como siempre, una de las más penosas. Le toca presidir la Cheka, tan mal afamada por su dura función de tribunal revolucionario. En 1919, es nombrado además ministro del interior. La revolución, atacada en múltiples frentes, debe defenderse por todos los medios. Dzerjinsky lo sabe. Y asume la responsabilidad histórica de la tremenda batalla. La contrarrevolución es al fin vencida. La Cheka es reemplazada por la G.P.U. Pero Dzerjinsky no está hecho para el reposo. Se le encarga el Ministerio de Vías de Comunicación. Rusia necesita regularizar sus desordenados transportes. Sólo la terrible energía de Dzerjinsky es capaz de conseguirlo. Y, en efecto, los trenes al poco tiempo marchan normalmente. En fin, cuando Rykoff es llamado a la presidencia del Consejo de Comisarios del pueblo, Dzerjinsky lo reemplaza en la presidencia del Consejo Nacional de Economía.

En este puesto, entregado a la labor gigantesca de disciplinar y reorganizar la economía rusa, lo ha sorprendido la muerte. Dzerjinsky ha dado a la revolución, hasta su último instante, su energía y su potencia formidables de organizador.

No era un teórico sino un práctico del marxismo. No deja obra teórica. Encontró siempre, claro y neto, su camino. No tuvo tiempo sino para la acción. Le faltaban dotes de **leader**, de caudillo. Pero Dzerjinsky no ambicionó nunca más de lo que debía ambicionar. Tenía el genio de la organización; no de la creación. Aunque parezca paradójico, es lo cierto que este agente de la revolución, que pasó la mayor parte de su vida entre el complot, la prisión y el destierro, era fundamentalmente un agente del orden.

La mayor parte de los hombres aceptan probablemente como la imagen verdadera de Dzerjinsky, la fosca imagen del jefe de la Cheka inventada por las leyendas del cable. Pero ésta es, seguramente, la menos real de todas sus obras. Dzerjinsky, según el testimonio de los extranjeros que lo visitaron y conocieron en su despacho de Moscú, daba una impresión de asceta. Era, físicamente, un monje magro, dulce y triste. Herriot, en su libro **La Rusia Nueva**, lo llama el Saint Just eslavo. Nos habla de su aire de asceta, de su figura de ícono. De su cuarto sin calefacción, desnudo y humilde como una celda, cuyo acceso no defendía ningún soldado.

Después de su muerte el cable anuncia cotidianamente la reacción y el desorden en Rusia. Se ha vivido tanto tiempo con la idea de que este frío eslavo, tenía a Rusia en un puño que, apenas se le ha sabido muerto, la esperanza de los enemigos de la revolución ha renacido. Las polémicas, los debates internos del partido bolchevique, tan antiguos como el partido mismo, son presentados como las primeras escaramuzas de una sangrienta guerra civil. Quebrada la última esperanza de contrarrevolución, toda la esperanza del capitalismo occidental está en la posibilidad de un cisma del bolchevismo.

Este cisma, claro está, no es teórica ni prácticamente imposible. Pero sí improbable. El mismo alcance se atribuyó después de la muerte de Lenin al disenso entre el directorio del partido y Trotsky. Se dijo entonces que Trotsky había sido aprehendido y deportado. Que una parte del ejército rojo se había sublevado a su favor. Todo, invención absurda. Meses después, Trotsky, no obstante su oposición a la mayoría del directorio, regresaba a ocupar disciplinadamente su puesto en el gobierno de Rusia.

LA CRISIS GRIEGA*

Cuando en el Occidente europeo se habla de "política balcánica", se sobrentiende una política truculenta en la que se combinan y suceden por lo menos un golpe de estado militar, el arresto o la masacre de una familia real, el fusilamiento del último ministerio, la tentativa de establecer el comunismo, la promulgación de una nueva carta política y, finalmente, su derogatoria como consecuencia del pronunciamiento de la marina. Los Balkanes, tienen en política un gusto de **grand guignol**. La escena política se caracteriza ahí por sus tragedias en cuatro o cinco actos fulminantes y tormentosos.

En esta época en que la Europa Occidental se presenta tentada de adoptar costumbres y métodos un poco balcánicos, nadie puede, por consiguiente, sorprenderse del desorden griego. Cabe, por el contrario, sorprenderse del relativo orden con que se produce. La dictadura ha sido derrocada pacíficamente. Y hasta ahora la nota más dramática de la situación es una tentativa de fuga marítima de Pangalos, que bien puede indicar la influencia de las películas norteamericanas en la política balcánica moderna.

Pangalos, el Dictador tan cinematográficamente derribado y aprehendido, pretendía, por otra parte, emular e imitar a dos dictadores occidentales como Mussolini y Primo de Rivera.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 28 de agosto de 1926

Durante el tiempo que ha detentado el poder se ha dedicado a una reproducción un poco exagerada —sin duda a causa de la diferencia histórica, sociológica y psicológica de Grecia— del sistema, del ideario y del lenguaje de ambos modelos de Occidente. Su gobierno no ha sido sino una traducción —nada importa que mala o de segunda mano— del gobierno fascista.

Presenciamos, pues, actualmente —más bien que un episodio de la mal afamada política balcánica— una anécdota de la modernísima política reaccionaria. El fracaso del pobre Pangalos es un fracaso de la reacción. Pangalos se proponía nada menos que la reconstrucción de Grecia sobre un sólido cimiento fascista y militar. Para esto empezó, naturalmente, por suprimir el Parlamento, suspender la Constitución, abolir sus garantías y enviar al exilio o a la cárcel a los que protestaban. Su programa nacionalista e imperialista miraba, como en Italia y España, a la radical y definitiva cancelación de la "vieja política" democrática y parlamentaria. Pero toda su energía se agotaba en un trabajo de represión y policía que no resolvía ninguno de los problemas vitales de Grecia. El lamentable y acéfalo coronel Pangalos no era capaz de darse cuenta de que la violencia en sí no es una política y mucho menos una política de regeneración nacional. Después de su desventurado experimento, Grecia no tiene, por el momento, más remedio que el regreso a la vieja política y a sus usados Konduriotis y Kondilis. Por enésima vez, a la democracia griega, no se le ocurre más que llamar a Venizelos.

Por supuesto, Venizelos no es hoy una solución del mismo modo que no lo fue hace dos años. Pero Grecia, a renglón seguido de la dura prueba del régimen Pangalos, no tiene casi otro hombre de quien echar mano. Venizelos, tiene por lo menos la garantía de ser un estadista de la antigua escuela, inaparente quizá para estos tiempos post-bélicos, pero asaz marrullero y experimentado para sortear momentáneamente sus peligros.

La dificultad está en que ni siquiera respecto de Venizelos las fuerzas constitucionales se encuentran de acuerdo. Precisamente Venizelos es lo que más las separa. Se dividen, como es sabido, en dos grandes bandos, uno venizelista y otro antivenizelista. (Quedan naturalmente fuera de esta clasificación las fuerzas revolucionarias que, además de ser antivenizelistas, son anticonstitucionales).

El equilibrio del régimen constitucional y democrático, restablecido por Kondilis, con el consenso, según parece, del ejército y de la marina, resulta en consecuencia muy problemático. Lo que tampoco constituye un fenómeno peculiar y específicamente griego, sino una simple faz del fenómeno mundial, o al menos occidental, de la crisis de la democracia y del parlamento.

En esta crisis, los reaccionarios griegos, no son capaces de descubrir más que la solución Pangalos. Los demo-liberales, a su vez, con deplorable falta de imaginación, no son capaces de descubrir más que la solución Venizelos. Los revolucionarios son los únicos que no tienen una fórmula tan fácil y tan simple. Porque la solución por la cual ellos trabajan no la guarda hecha, en su bolsillo, un político redomado ni un coronel megalómano. Debe gestarla y parirla, trágica y dolorosamente, la historia.

LUTHER*

Hace poco más de tres años, en enero de 1923, César Falcón y yo visitamos la Rathaus de Essen con el objeto de solicitar una entrevista al Dr. Luther, alcalde de esa comuna. Era en los días dramáticos de la ocupación del Ruhr. Falcón y yo, reunidos por el destino en Colonia, nos habíamos trasladado a Essen a ver con nuestros propios ojos la ocupación. Y queríamos conocer e interrogar a los principales actores de este grave episodio de la postguerra. El Dr. Luther no sufrió nuestra inquisición. No pasamos

* Publicado en **Varietades**, Lima, 4 de setiembre de 1926.

de su antesala. Supimos después que —acaparado por sus trajes— no se prestaba a **interviews** periodísticas en esa hora febril. Sobrio en sus gestos, sobrio en sus palabras, evitaba la exhibición.

No era el Dr. Luther un alcalde vulgar. Essen constituye un gran foco de la industria alemana. El Dr. Luther había probado en esta comuna estratégica su capacidad de administrador. Esta capacidad reclamaba un empleo más trascendente y una escena más amplia. El Reich había encargado, por eso, al Dr. Luther, el Ministerio de transportes y abastecimientos de la región ocupada. Su cabeza afeitada y su chaqué burgués, habían adquirido instantáneamente el grado máximo de familiaridad con el público.

El primer gran escenario de Luther fue ése. Puedo, pues, decir que asistí en el Ruhr, hace tres años y meses, al nacimiento de su reputación mundial. Registré en mi calendario el día en que el Dr. Luther —Herr Doktor Luther— empezó a ser Luther a secas.

Luther debutó en la alta política como generalísimo de la batalla del Ruhr. Dirigió la resistencia pasiva que costó al Reich muchos millones de marcos papel. El Reich subsidiaba a los industriales para que pagasen a sus obreros; avituallaba las poblaciones ocupadas; sostenía en suma la huelga que, volviendo improductiva la cuenca del Ruhr, debía persuadir a Francia de la inutilidad de guardar esta prenda. La batalla concluyó con la rendición de Alemania. El Estado alemán se sintió en Dresde al borde de la revolución. El marco papel se precipitó en la última sima de su bancarota. Pero nadie miró en Luther al protagonista de una derrota. La del Ruhr, en rigor, no lo fue casi para Alemania. La posesión del Ruhr enseñó experimentalmente a los Franceses que sus minas y sus fábricas valían bien poco si Alemania no continuaba administrándolas y explotándolas.

Más tarde, cuando el difícil equilibrio de los partidos en el Reichstag hizo imposible el predominio gubernamental de un

bando, Luther presidió un ministerio administrativo de tipo burocrático que unas veces se apoyaba en la derecha y otras veces en la izquierda.

Este ministerio, que colocó muy en alto en Alemania su testa monda y rosada, naufragó en los arrecifes de la política parlamentaria apenas fue posible la constitución de este gobierno que preside ahora Marx, el líder del centro católico. Marx representa un programa de concentración burguesa que se parece mucho al que ahora encarna presentemente Poincaré.

Luther, de vacaciones, viaja ahora por América. Es decir, emplea sus vacaciones, su testa y su inteligencia en servicio del Reich. ¿Qué mejor mensaje podría enviar el Reich a los alemanes de América? Luther es el prototipo de una estirpe un poco acremente satirizada por George Grosz, pero qué fuera y dentro de Alemania es saludada y respetada aún como la representativa de la grandeza alemana. Luther es el espécimen más perfecto e ilustre del funcionario de Alemania. No se le puede acusar formalmente de monárquico ni de republicano. Monárquico bajo la monarquía, republicano bajo la república, Luther no está comprometido por ninguna actividad facciosa en pro de una u otra idea. Clasificado como hombre de la derecha, se mantiene a prudente distancia del sector extremo de ésta. Tiene, más o menos, la misma posición de Hindenburg. Como hubo en la guerra una línea Hindenburg, hubo en la postguerra una línea Luther. A nadie le sorprendería que reemplazase a Hindenburg en la presidencia de la república. Para este cargo Luther tiene, entre otros títulos incontestables, el de afeitarse la cabeza con el más ortodoxo gusto germano.

No es Luther un líder ni un caudillo. Conserva hasta ahora el continente y el ademán de burgomaestre de Essen. Pero en esto reside precisamente su fuerza. Los líderes andan de capa caída. Poincaré, cuenta hasta ocho en su ministerio. A Luther le basta con su egregia foja de servicios de mérito funcionario, general de la más grave batalla de la paz.

EUGENIO V. DEBS*

(A Waldo Frank)

Eugenio V. Debs, el viejo Gene, como lo llamaban sus camaradas norteamericanos, tuvo el alto destino de trabajar por el socialismo en el país donde más vigoroso y próspero es el capitalismo y donde, por consiguiente, más sólidas y vitales se presentan sus instituciones y sus tesis. Su nombre llena un capítulo entero del socialismo norteamericano, que contra lo que creen, probablemente, muchos, no ha carecido de figuras heroicas. Daniel de León, marxista brillante y agudo que dirigió durante varios años el Socialist Labour Party y John Reed, militante de gran envergadura, que acompañó a Lenin en las primeras jornadas de la revolución rusa y de la Primera Internacional, comparten con Eugenio Debs la cara y sombría gloria de haber sembrado la semilla de la revolución en los Estados Unidos.

Menos célebre que Henry Ford cuya fama pregonan en el mundo millones de automóviles y **affiches**, Eugenio Debs, de quien el cable nos ha hablado en ocasión de su muerte como de una figura "pintoresca", era un representante del verdadero espíritu, de la auténtica tradición norteamericana. La mentalidad y la obra del desnudo y modesto agitador socialista influyen en la historia de los Estados Unidos cien mil veces más que la obra y los millones del fabuloso fabricante de automóviles. Esto naturalmente no son capaces de comprenderlo quienes se imaginen que la civilización es sólo fenómeno material. Pero la historia de los pueblos no se preocupa, por fortuna, de la sordera y la miopía de esta gente.

Debs entró en la historia de los Estados Unidos en 1901, año en que fundó con otros líderes el partido socialista norteamericano. Dos años más tarde este partido votó por Debs para la presidencia de la República. Este no era por supuesto sino un voto romántico. El socialista norteamericano no miraba en las elecciones presi

* Publicado en **Variedades**, Lima, 30 de octubre de 1926.

denciales sino una coyuntura de agitación y propaganda. El candidato venía a ser únicamente el líder de la campaña.

El partido socialista adoptó una táctica oportunista. Aspiraba a devenir el tercer partido de la política yanqui, en la cual, como se sabe, hasta las últimas elecciones no eran visibles sino dos campos, el republicano y el demócrata. Para realizar este propósito el partido transigió con el reformismo mediocre y burocrático de la Federación Americana del Trabajo, sometida al cacicazgo de Samuel Gompers. Esta orientación era la que correspondía a la mentalidad pequeño-burguesa de la mayoría del partido. Pero Debs, personalmente, se mostró siempre superior a ella.

Cuando la guerra mundial produjo en los Estados Unidos una crisis del socialismo, por la adhesión de una parte de sus elementos al programa de reorganización mundial en el nombre del cual Wilson arrojó a su pueblo a la contienda, Debs fue uno de los que sin vacilaciones ocupó su puesto de combate.

Por su propaganda anti-bélica, Debs, encarcelado y procesado como derrotista, resultó finalmente condenado a diez años de cárcel. Mientras la censura se lo permitió, Debs había impugnado la guerra y denunciado sus móviles por medio de la prensa socialista. Más tarde había continuado su campaña en reuniones y comicios. Sus jueces encontraron motivo para aplicarle la ley del espionaje.

Desdeñoso y altivo, Debs no quiso defenderse. "Me es indiferente lo que se ha depuesto contra mí, —declaró al Tribunal—. No me preocupa el sustraer-me a un veredicto desfavorable, así como no retiro ni una palabra de cuanto dije en Cantón (localidad de Ohio, donde pronunció el discurso pacifista que precedió a su arresto) aun cuando supiese que haciendo esto me salvaría de una condena a muerte. ¡El imputado no soy yo! Es la libertad de palabra. Delante del jurado están hoy las instituciones republicanas. El veredicto corresponde al porvenir".

El viejo agitador escuchó sin inmutarse la sentencia de sus jueces. De sus amigos presentes en la audiencia se despidió con estas palabras: "Decid a los camaradas que entro en la cárcel como ardiente revolucionario, la cabeza erguida, el espíritu intacto, el ánimo inconquistada".

En la prisión, Debs recibió honrosos testimonios de solidaridad de los hombres grandes y libres y de las masas proletarias de Europa. Interrogado una vez Bernard Shaw sobre las razones por las que se negaba a visitar Estados Unidos, respondió que en ese país el único sitio digno de él era el mismo en que se encontraba su amigo y correligionario Eugenio Debs: la cárcel. La prisión de Debs fue juzgada, por todas las conciencias honradas del mundo, como la mayor mancha del gobierno de Wilson.

En las elecciones de 1920, Eugenio Debs fue una vez más el candidato presidencial de los socialistas norteamericanos. Las fuerzas socialistas se encontraban quebrantadas y divididas por la crisis post-bélica que había acentuado el conflicto entre los partidarios de la reforma y los fautores de la revolución. Sin embargo, el nombre de Debs, recogió en el país cerca de un millón de sufragios. Este millón de votantes, prácticamente no votaba. La lucha por la presidencia estaba limitada a Harding, candidato de los republicanos, y Cox, candidato de los demócratas. Los que votaban por Debs, protestaban contra el Estado capitalista. Votaban contra el presente, por el porvenir.

Amnistiado al fin, encontró Debs virtualmente concluida su misión. Los espíritus y las cosas habían sido mudados por la guerra. Se planteaba en Europa el problema de la revolución. En Estados Unidos se formaba una corriente comunista bajo un capitalismo todavía omnipotente. Había empezado un nuevo capítulo de la historia del mundo. Debs no estaba en tiempo de recomenzar. Era un sobreviviente de la vieja guardia. Su destino histórico había terminado con el heroico episodio de su prisión.

Pero esto no empequeñece la significación de Debs. Su destino no era el de un triunfador. Y él lo supo muy bien desde los lejanos y brumosos altos en que, consciente de su peso, lo aceptó con alegría. Abrazó el socialismo, la causa de Espartacus, en una época en que la estrella del capitalismo brillaba victoriosa y espléndida. No se vislumbraba el día de la revolución. Más aún, se le sabía muy remoto. Pero era necesario que hubiera quienes creyesen en él. Y Debs quiso ser uno de sus confesores, uno de sus asertores.

Para los cortesanos del éxito, una vida de tan heroica contextura, no tiene, tal vez, sentido. Eugenio Debs, no puede ser para ellos más que una figura "pintoresca" como hace pocos días lo llamó un corresponsal cualquiera. Pero el veredicto sobre estos hombres no lo pronuncian por fortuna los corresponsales y menos aún los corresponsales norteamericanos. Como ya lo dijo Debs, corresponde al porvenir.

LA TRAGEDIA DE ITALIA*

Hace un año, el fascismo tuvo razón para celebrar el tercer aniversario de la marcha a Roma con ánimo exultante y victorioso. El balance de su tercer año de dictadura se cerraba favorablemente. La secesión aventiniana estaba liquidada. La contraofensiva iniciada con el desafiante discurso pronunciado por Mussolini en la Cámara de Diputados el 3 de enero de ése año, había barrido a la oposición constitucional de las posiciones artificialmente mantenidas hasta entonces. El equívoco del régimen constitucional parlamentario había quedado cancelado y la constitución misma había sido adoptada a las necesidades del gobierno fascista.

Todo esto, le había costado al fascismo verdaderamente muy poco. Ni una huelga general, ni una agitación popular revolucionaria.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 13 de noviembre de 1926.

ria, habían respondido a la represión fascista. Al renunciar a estas armas en los dramáticos meses que siguieron al asesinato de Matteotti y preferir el camino de la protesta parlamentaria y de las negociaciones clandestinas con la monarquía, la oposición constitucional se había invalidado para resistir revolucionariamente el ataque ilegal del poder.

No es el mismo el cuadro de Italia en el cuarto aniversario de la dictadura mussoliniana. Cuatro atentados contra la vida de Mussolini, señalan el grado de exasperación de sus enemigos. Los cuatro atentados corresponden a este período de derogación de toda libertad, durante el cual el fascismo cree haber consolidado indefinidamente su dominio. Son el síntoma de la tensión de la atmósfera política y espiritual creada en Italia por los métodos de Mussolini y sus escuadras de "camisas negras".

El atentado individual contra reyes o ministros estaba reservado en Europa, hasta hace poco tiempo, al anarquismo terrorista. Ningún partido, ninguna secta política podía racionalmente aceptarlo, ni aún por excepción, en su táctica o su praxis. El socialismo, sobre todo, —que concibe la revolución como acción de masas, como movimiento esencialmente multitudinario, colectivo—, repudiaba y condenaba la violencia individual, imponiendo, a su adeptos una disciplina y una ideología que la excluía absolutamente como arma de combate.

Hay que pensar, por consiguiente, que tienen que haber cambiado de un modo demasiado radical los principios de la vida política italiana para que Italia vuelva a la edad sombría de los complots y de las represalias terroristas.

Ninguno de los partidos adversos a Mussolini es evidentemente responsable de estos atentados. La muerte de Mussolini no beneficiaría a ninguno. Desencadenaría un caos en igual forma peligroso para todos, durante el cual, a menos que sobreviniese rápi-

damente una acción militar, reinaría anárquica y truculentamente en Italia la violencia del "fascio".

Pero los partidos han sido prácticamente —y ahora formalmente— disueltos por el gobierno fascista, de suerte que junto con su organización está aniquilada su disciplina. Los líderes no están en grado de controlar la acción de los gregarios. El gobierno los ha privado de todo medio de moverse legalmente.

Las explosiones esporádicas de violencia individual resultan por ende inevitables, a pesar del interés que tendrían en impedidas los partidos proletarios, de los cuales el único activo es, en buena cuenta, el comunista. Cada atentado contra Mussolini proporciona al fascismo un motivo para aumentar sus Instrumentos legales de represión, aparte de que nimba un poco más de milagro y leyenda la figura del condottiero.

El último atentado parece haber excitado hasta el delirio la cólera y la prepotencia fascista. Todas las garantías y derechos individuales han quedado indefinidamente suspendidos. Los partidos contrarios al fascismo han sido oficialmente disueltos. La prensa de oposición ha desaparecido. Del parlamento se ha expulsado, al mismo tiempo que a la oposición aventiniana, al grupo comunista, al cual no se puede acusar como a aquélla de haber hecho abandono de sus asientos. Y aunque las noticias cablegráficas por la censura a que están sujetas, son imprecisas, no cabe duda de que al atentado contra Mussolini han seguido esta vez, días de sangrienta represalia fascista.

El episodio que, en esta siniestra marejada reaccionaria, impresionada más a los intelectuales es el ataque al célebre filósofo Benedetto Croce y la destrucción de su biblioteca. Este episodio, por la significación y calidad del hombre agraviada, adquiere una resonancia especial. Tiene la virtud de herir hasta la enervada sensibilidad de aquellos intelectuales que, prontos a deplorar el

ultraje a un filósofo, no son capaces sin embargo de decidirse a enjuiciar al fascismo.

Los orígenes de este desmán, cuyo proceso de incubación ha sido largo, no necesitan casi ser recordados. Todo el mundo sabe que en el curso de la agitación que suscitó en Italia el asesinato de Matteotti, Benedetto Croce, que ya se había cuidado de rehusar su voto al régimen fascista, sintió el deber de tomar una actitud franca contra sus métodos y sus principios. Croce sostuvo entonces en la prensa una resonante polémica con Giovanni Gentile, el filósofo junto con quien combatió durante mucho tiempo las batallas de la filosofía idealista y de quien lo separa, desde su conversión a la doctrina de la cachiporra, una austera y fiel adhesión a la idea de la libertad. Esa polémica no se redujo a un diálogo entre Croce y Gentile. Se propagó en el campo intelectual, motivando el agrupamiento de los hombres de letras y ciencias en dos bandos antagónicos, asertor uno del principio de libertad y confesor el otro de la fe fascista. Y se suscribieron y publicaron dos manifiestos, encabezados respectivamente por Croce y Gentile.

Es indudable, no obstante su jactancia, que el fascismo no debe considerarse muy seguro. Su porvenir depende de un factor tan incierto como el éxito de los planes imperialistas de Mussolini, quien necesita mantener a su pueblo en una constante tensión guerrera para justificar el rigor de su política social y económica. Pero si el éxito tarda, los resortes del régimen fascista corren grave peligro.

Mussolini, ha prometido a su pueblo un gran imperio. Si la historia no le permite cumplir esta promesa, su empresa esencial estará fracasada. Porque no es cierto que el movimiento fascista no se haya propuesto cumplir sino una función de policía y orden. Si así fuera, Italia habría hecho al dejarlo conquistar el poder, un mal negocio. Pues los días de violencia de la agitación revolucionaria no eran absolutamente ni más sangrientos ni más trágicos

que éstos del régimen fascista. La verdadera tragedia ha empezado ahora.

UNA ENCUESTA DE BARBUSSE EN LOS BALKANES*

En su nuevo libro **Les Bourreaux** (Ernest Flammarion, Editeur, Paris, 1926), Henry Barbusse reúne las conclusiones de su encuesta sobre el terror blanco en Rumania, Bulgaria y Yugoslavia. Henry Barbusse visitó estos países hace aproximadamente un año, acompañado de la doctora Paule Lamy, abogado del foro de Bruselas, y de León Vernochet, secretario general de la internacional de los Trabajadores de la Enseñanza. Y, después de informarse seriamente acerca del régimen de terror instaurado por los gobiernos de Bratiano, Zankoff y Patchitch, lo denunció documentada e inconfutablemente a la conciencia occidental.

Les Bourreaux no es, pues, un libro de literato, sino un libro de combatiente. Barbusse se siente, ante todo, un milite de la causa humana. Pero este libro no se ocupa, sin embargo, absolutamente, de polémica doctrinal. Se limita a exponer desnudamente, con objetividad y con verdad, los hechos. A base de datos rigurosamente verificados, lanza una documentada acusación contra los gobiernos reaccionarios de esos tres estremecidos países balcánicos.

Estos países son, según frase de Barbusse, el infierno de Europa. El terror blanco, alimentado de los más feroces enconos de clase y de raza, se encarniza ahí contra todo lo que sospecha adverso al viejo orden social. El revolucionario, el judío, están fuera de la ley. La represión policial colabora con la acción ilegal de las bandas fascistas. Los más monstruosos procesos exhiben en la más cínica servidumbre a la justicia y sus funcionarios. "Sobre esta Rumania de hoy —escribe Barbusse— sobre esta Yugoslavia, sobre esta Bulgaria que es el círculo más patético del infierno

* Publicado en **Varietades**, Lima, 20 de noviembre de 1926.

balkánico, el estrangulamiento metódico de toda pulsación de libertad se transforma a los ojos en una calma que oprime el corazón porque es la calma de un cementerio. Se sabe bien que las cabezas que se han alzado han sido abatidas y que si aquí y allá se vuelven a alzar otras, lo serán también a su turno; que todas las fuerzas vivas y conscientes de los trabajadores de la ciudad y los campos han sido o serán aniquiladas. Esta mutilación colectiva puede hacer pensar en una apariencia de orden a quien no hace más que pasar por esta tierra de espanto. Pero la paz no es sino una mortaja y los sobrevivientes comprenden que su existencia depende del primer gesto, de la primera palabra"

Los gobiernos rumano y búlgaro se atribuyen la misión de defender a Europa del bolchevismo. La complicidad del capitalismo occidente en su despotismo sanguinario es, en todo caso evidente. Los gobiernos demo-liberales de Inglaterra y Francia presencian con tolerancia impasible sus ataques a los más fundamentales principios de la civilización. "Los gobiernos de Bratianu, Volkov, Patchitch, Pangalos y hasta ayer el gobierno de Horthy —constata Barbusse— no han tenido apoyo más firme que el de los representantes de la Francia de la Revolución y de la libre Inglaterra. Todos estos hombres se sonríen y se sostienen. Por otra parte, se parecen. Los unos no son otra cosa que la imagen más sangrienta de los otros. Encarnan en todas partes el mismo sistema, la misma idea".

Bulgaria se presenta como la más trágica escena de reacción. Los hechos que Barbusse denuncia no son desconocidos en conjunto. No obstante la complacencia que la gran prensa europea y sus agencias telegráficas usan con los regímenes reaccionarios, los ecos de la tragedia del pueblo búlgaro se han difundido hace tiempo por el mundo. Pero ahora el testimonio de Barbusse, apoyado en pruebas directas, precisa y confirma cada uno de los crímenes que antes, a través de distintas versiones, podían parecer exagerados por la protesta revolucionaria.

El atentado de la catedral de Sofía, no fue, como ya sabíamos, el motivo de la truculenta represión: fue simplemente su efecto. El gobierno búlgaro había emprendido, mucho antes de ese acto desesperado, una sañuda campaña contra los organizadores y adherentes de los partidos agrario y comunista, con la mira de su completa destrucción. Varios diputados comunistas habían sido asesinados. Las cárceles estaban repletas. En medio de esta situación de pavor sobrevino el atentado de la catedral. Un tribunal honrado habría podido comprobar fácilmente la ninguna responsabilidad del partido comunista. La praxis comunista rechaza y condena en todos los países la violencia individual, radicalmente extraña a la acción de masas. Pero en Bulgaria los procesos no son sino una fórmula. El gobierno de Zankoff se acogió al pretexto del atentado para extremar la persecución así de comunistas como de agrarios. El número de víctimas de esta persecución, según los datos obtenidos por Barbusse, pasa de cinco mil. Los tribunales condenaron a muerte sólo a trescientos procesados. Las demás víctimas corresponden a las masacres de los horribles días en que imperaba en Bulgaria la ley marcial. La ola de sangre llegó a tal punto que el Rey Boris se negó a firmar la sentencia de muerte de los tribunales. Y fue necesario que un vasto clamor de protesta se encendiera en el mundo para que la dictadura de Zankoll, la más infame de las dictaduras bakánicas, se sintiera aplacada y satisfecha.

Barbusse, en su libro, enumera los crímenes. Su requisitoria está en pie. Nadie ha intentado válidamente confutarla. **Les Bourreaux** aparece, por ende, como uno de los más graves documentos de acusación contra el orden burgués.

Los mismos estados que ante las violencias de la revolución rusa, olvidando la historia de todas las grandes revoluciones, mostraron ayer no más una consternación histérica, no han pronunciado una sola palabra para contener ni para reprobear el "terror blanco" en los países balcánicos. Bernard Shaw dice que los hombres que condujeron a Europa a la guerra traicionaron a la civilización. La

admiración es vana. Después de la guerra, la traición continúa. Y su grado de responsabilidad aumenta.

La protesta de los intelectuales libres como Barbusse, como Shaw, es lo único que salva, en esta hora dramática, el honor de la Inteligencia.

EL NUEVO ESTATUTO DEL IMPERIO BRITÁNICO*

Los acuerdos de la conferencia británica nos confirman que Inglaterra continúa su tradicional política de compromiso. La transacción, la conciliación son su fórmula predilecta. El Imperio Británico mismo reposa, como tal, en un compromiso. El Canadá, Sud-África, Australia, etc., no son colonias. Son naciones autónomas dentro de la comunidad británica. Pero el Imperio subsiste. Se salva a costa de concesiones. La unidad del Imperio no resulta posible sin la libertad de los pueblos que lo constituyen.

El nuevo estatuto político del Imperio no modifica, en verdad, las relaciones de Inglaterra con sus dominios. Lo que se establece ahora en la ley, en la teoría, estaba establecido ya en la práctica, en el hecho. Inglaterra tiene el arte de parecer muy larga en sus concesiones hasta cuando es más parca y más prudente.

Pero el principio sobre el cual descansa formal y solemnemente, a partir de este convenio, la organización del Imperio Británico, representa una conquista decisiva de los antiguos dominios en el camino de su diferenciación histórica.

La Humanidad se encamina, bajo la acción de los factores de interdependencia de solidarización de los intereses económicos, hacia la constitución de vastas federaciones. La idea de los Estados Unidos de Europa no es, en nuestro tiempo, una mera utopía revolucionaria. Pero, en tanto, se constata la ineluctable crisis de

* Publicado en **Varietades**, Lima. 27 de noviembre de 1926.

los Imperios. El imperialismo, definido por Lenin como la última etapa del capitalismo, se presenta en abierto contraste con la nueva conciencia humana. Los Imperios tienen su origen en la expansión de un pueblo a expensas de la autonomía y de la personalidad de los pueblos sometidos a su poder. Las uniones o federaciones tienen, opuestamente, su fundamento en razones geográficas, económicas y raciales y brotan de la libre determinación de los pueblos.

La transformación de un Imperio en una unión o federación del tipo de las que se prevén en la perspectiva histórica contemporánea, aparece imposible, a causa de la diferencia de génesis y de función de uno y otro sistema. El Imperio Británico, en el que, por la educación política y el espíritu evolucionista de los ingleses, se encuentra al menos las premisas espirituales de esa transformación, niega precisamente esta posibilidad.

Las fuerzas que mueven a los dominios hacia la reivindicación de su autonomía son, fuerzas centrífugas, separatistas. El Imperio Británico, es el compromiso entre el poder de Inglaterra y la necesidad de independencia de sus antiguas colonias. Estas tienen, por su falta de vinculación geográfica, intereses internacionales diversos y hasta contrarios dentro de la vigente organización política y económica del mundo. El Canadá, por ejemplo, se siente lógicamente más próximo a los Estados Unidos que a Inglaterra. A medida que progresa la rivalidad, evidente desde hace tiempo, entre los imperialismos británico y norteamericano, el Canadá se distanciará más y más de Inglaterra.

Desde los primeros días de la post-guerra, se adviene una oposición ostensible entre determinados intereses de la política internacional de Inglaterra y la orientación diplomática de algunos de sus dominios. La renovación del tratado anglo-japonés, por ejemplo, encontró en los dominios del Pacífico una resistencia vigorosa engendrada por el temor de un futuro conflicto entre el Japón y los Estados Unidos.

La unidad del Imperio, por más que el lenguaje de la conferencia parezca demostrar lo contrario, se muestra cada vez más debilitada. Inglaterra no ejerce en sus dominios toda la autoridad que convendría a su prestigio y a su fuerza internacionales. Frente a Turquía, se vio hace tres años forzada a ceder, debido en parte a consideraciones de su política colonial.

El problema de la India, o sea el mayor problema del Imperio, está intacto. Con el nuevo estatuto no se avanza un paso hacia una solución. Por el contrario, se exaspera el resentimiento de la India, tratado como una colonia menor de edad.

El pacto que acaba de suscribirse entre Inglaterra y las naciones que aceptan continuar conviviendo bajo el techo común del imperio, corresponde absolutamente a este período llamado de estabilización capitalista en que el Occidente, aplacada temporalmente la tempestad revolucionaria, acomete la empresa de reorganizar aún su vida, al menos por cierto tiempo, sobre las bases y los principios burgueses. Pero, admitida en sus lineamientos generales la tesis de la decadencia de la civilización capitalista, la primera de sus premisas resulta indudablemente la decadencia de la Gran Bretaña. Trotsky, en su último libro, que tiene por título esta interrogación: **¿A dónde va Inglaterra?**, enfoca los aspectos esenciales de la crisis británica. Bernard Shaw, desde sus puntos de vista fabianos, bastante lejanos de los puntos de vista comunistas del gran **leader** ruso, constata en el fondo la misma crisis.

La Gran Bretaña, metrópoli de esta civilización liberal, industrial, burguesa y protestante, arribó con la guerra a su apogeo. Pero al día siguiente de su victoria, empezó su descenso.

Actualmente, la realidad del Imperio es más económica que política. Londres conserva su función de capital financiera, comercial y bursátil del conjunto de pueblos que reconoce la autoridad cada día más platónica y simbólica del Rey de Inglaterra. El poder de Inglaterra es su dinero. Pero lo que está en crisis en el mundo es,

precisamente, este poder. Lo que se siente trepidar y fallar en Occidente es la economía del capital o del dinero.

KRASSIN*

La figura de Leonidas Borisovitch Krassin era, seguramente, la más familiar al Occidente entre todas las figuras de la Rusia Sovietista. El motivo de esta familiaridad es demasiado notoria. Krassin, comisario de Comercio Exterior, resultaba el más conspicuo agente viajero de los soviets. Intervino en las negociaciones de Brest Litovsk. Y desde entonces representó a los soviets en casi todas sus transacciones con la Europa Occidental. Suscribió en 1920 el tratado comercial entre Rusia y Suecia. Negoció en 1921 el primer convenio comercial entre Inglaterra y los Soviets. Concurrió a las conferencias de Génova y La Haya. Representó, en fin, a Rusia como embajador en Inglaterra y Francia.

Agente comercial, más que agente diplomático, Krassin ponía al servicio de la revolución rusa su capacidad y experiencia en los negocios. Rusia no habla en Occidente en nombre de ideales comunes sino de intereses recíprocos. Esto es lo que diferencia y caracteriza fundamentalmente a su diplomacia. Un embajador de Rusia en Londres, Paris, o New York, no necesita ser diplomático sino en la medida en que necesita serlo, por ejemplo, un banquero. En su servicio diplomático, a los soviets no les hacen falta literatos ampulosamente elocuentes ni pisaverdes encantadoramente imbéciles. Les hacen falta técnicos de comercio y finanzas.

La prestancia de Krassin, en este campo, era extraordinaria. Krassin, uno de los más notables ingenieros rusos, provenía de la más alta jerarquía técnica e industrial. Había llegado a ocupar, con la guerra, la dirección de los negocios y establecimientos rusos de la poderosa firma alemana Siemens Shuckert.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 4 de diciembre de 1926.

Pero sólo esta capacidad técnica no lo habilitaba naturalmente para pasar a un puesto de compleja responsabilidad en el gobierno socialista de Rusia. Antes que ingeniero y financista. Krassin era un revolucionario. Toda su historia lo atestiguaba. Salido de una familia burguesa, Krassin desde su juventud dio su adhesión al socialismo. Muchas veces la persecución de la policía zarista le forzó a interrumpir sus estudios. Su inquietud espiritual, su sensibilidad moral, no le permitían clausurarse egoísta y cómodamente dentro de los confines de una profesión. Por esto, consagró todas sus energías a la propaganda revolucionaria. Y, más tarde, cuando sus aptitudes lo señalaron entre los más brillantes ingenieros de Rusia, Krassin mantuvo su fe y su filiación revolucionarias. Tal como antes comprometieron sus estudios, esta filiación, esta fe, comprometían entonces su carrera. Krassin, sin embargo, continuaba trabajando por la revolución. A la represión zarista estuvo siempre sindicado como un conspirador, vinculado a los más peligrosos enemigos del orden social. Únicamente su eminente situación profesional, sus potentes relaciones industriales pudieron salvarlo de la deportación permanente a que estaban condenados virtualmente los líderes bolcheviques.

Krassin representa un caso poco frecuente en la burguesía profesional. En el ambiente de los negocios, es raro que un hombre conserve un amplio horizonte humano, un vasto panorama mental. Por lo general, muy pronto lo aprisionan y lo encierran los muros de un profesionalismo tubular o de un egoísmo utilitario y calculador.

Para saltar estas barreras, hay que ser un espíritu de excepción. Krassin lo era incontestablemente. En un período de victorioso despotismo reaccionario, cuyas encrucijadas sombrías o cuyos dorados mirajes desviaban a los espíritus hesitantes y apocados. Krassin conservó intacta su esperanza en el triunfo final del proletariado y del socialismo.

Por eso Lenin, cuando este triunfo vino, llamo a Krassin a ocupar a su lado uno de los puestos de más responsabilidad en el gobierno revolucionario. El gran caudillo de la Revolución rusa sabía que Krassin no era sólo un técnico idóneo sino también un idóneo socialista.

Lenin, como lo recuerdan sus biógrafos, no se mostró nunca embarazado en su acción ni en sus decisiones por sentimientos de puritanismo estrecho ni por prejuicios de moral burguesa. Pero exigió siempre en los conductores de la revolución una historia de intachable fidelidad a este respecto. Su respuesta a un ex-socialista revolucionario alemán, enriquecido deshonestamente durante la guerra, que solicitó su permiso para volver a su puesto en el movimiento proletario: "No se hace la revolución con las manos sucias".

No es posible pretender ciertamente que los adversarios naturales de la revolución tributen a las cualidades superiores de un hombre como Krassin el homenaje de respeto que no les regatea ninguna inteligencia libre y clara. Pero, al menos, hay derecho para exigirles que ante los despojos de un hombre cuya vida heroica y noble queda definitivamente incorporada en la historia, sepan comportarse con dignidad y altura polémicas. Complacerse en esta ocasión en pueriles evocaciones del frac, la camisa y la vajilla del Embajador —porque no quiso prestarse a los juegos y diversiones estragadas de la burguesía occidental convirtiéndose, con ridícula cursilería demagógica, en el personaje pintoresco de los salones diplomáticos— es mostrarse incapaces de entender y apreciar el valor, el espíritu y el idealismo del hombre. Los que sin duda han leído a Plutarco podrían tener una actitud más discreta.

Un hombre fuerte, puro, honrado —que ha servido abnegadamente una gran idea humana— ha cumplido su jornada. Su vida queda como una lección y como un ejemplo. Su nombre está ya no sólo escrito en la historia de su patria sino en la historia del mundo. No es fácil decir lo mismo de todos los que inciensan próliga

e inocuamente, en sus féretros, la prosa hiperbólica de las necrologías periodísticas.

LA CRISIS DE LA MONARQUÍA EN RUMANIA*

La monarquía rumana, considerada como un sobreviviente de la tempestad bélica, aparece desde entonces destinada a naufragar a corto plazo. Al fin de la guerra se salvó en una tabla. Una dinastía Hohenzollern, acusada de maquiavélicas conspiraciones contra la victoria aliada, no contaba naturalmente con muchas simpatías en los países vencedores. Pero el olvido del programa wilsoniano en los conciliábulos de la paz, no en vano albergados por Versalles y Trianón, consintió a la monarquía rumana acomodarse en el nuevo orden europeo.

Rumania salió engrandecida de la guerra en la cual su monarquía jugó cazarmente a dos cartas. La revolución rusa movió a la democracia aliada a pactar con esta monarquía, no obstante su parentesco con la monarquía derribada en Alemania. A Rumania le fue asignada la Besarabia para agrandar su territorio y su población a expensas de Rusia, malquistada con el Occidente capitalista por su régimen proletario.

La arbitrariedad de esta anexión es tan evidente, que casi nadie la discute en Europa. En la propia Rumania se reconoce que la de Besarabia ha sido una adquisición inesperada. "Políticos rumanos patriotas como el Dr. Lupu —apunta Barbusse después de una concienzuda encuesta— aunque pretenden que la población de Besarabia es fundamentalmente moldava-rumana, estiman que en esta circunstancia los aliados han sobrepasado su derechos y que es absolutamente necesario obtener el asentimiento de Rusia para regularizar semejante situación".

* Publicado en **Varietades**, Lima, 18 de diciembre de 1926.

Todos estos presentes territoriales, que han colocado bajo la soberanía rumana a tres millones de hombres de otras nacionalidades, han tenido por objeto crear una Rumania poderosa frente a la Rusia soviética. La misma razón ha prorrogado y convalidado, después de la guerra, a la decadente monarquía cuya suerte compromete ahora la enfermedad del Rey Fernando.

Esta monarquía, rehabilitada por la paz después de haber conocido con la guerra el peligro de la bancarrota, ha mostrado en los últimos años grandes ambiciones. Mediante el matrimonio de sus príncipes y sus princesas, la casa real de Rumania se aprestaba a establecer la hegemonía de su sangre en la Europa Oriental. Pero, desde la caída de la monarquía griega a la cual se encontraba doblemente enlazada, hasta el adulterio folletinesco y la abdicación convencional del príncipe heredero rumano, estos planes han sufrido una serie de fracasos.

Hoy, el porvenir de la monarquía rumana se presenta incierto. Contra una eventual reivindicación del príncipe heredero, —con quien la reina María se ha reconciliado espectacularmente en París—, están los dos partidos que se alternan en el gobierno de Rumania, el de Bratiano y el de Averesco. Esto, claro está, no señala todavía el fin de la monarquía rumana; pero denuncia su situación respecto de los partidos representativos de la burguesía de Rumania, conectados con los gobiernos de las grandes potencias. Bratiano y Averesco, le imponen su tutoría, disimulada con diplomáticas protestas de lealismo.

Si los gastos de la reina María en Estados Unidos los ha pagado, como se ha dicho, Henri Ford, con el propósito de ensayar un **réclame** nuevo, nadie se sorprenderá de que ésta sea la condición de la monarquía de Rumania. Una dinastía, cuyos blasones pueden ponerse al servicio de un fabricante de automóviles y camiones, es como ninguna otra, una dinastía puramente decorativa.

Pero su disolución a pesar de todo, no es aún bastante para decidir su caída inmediata. La burguesía rumana no está en grado de licenciar a su manido monarca. La república es, en estos tiempos, una aventura peligrosa. La política reaccionaria trae consigo un resurgimiento ficticio de los mitos y símbolos de la edad media. Se apoya en valores y principios tramontados. Por consiguiente, no puede permitirse el lujo de un golpe de Estado republicano.

En Estados Unidos una reina o un rey no son útiles sino para **réclame** novedoso de una manufactura yanqui: pero en Rumania resultan eficaces todavía para defender el viejo orden social.

LA CRISIS ALEMANA*

La caída del gabinete presidido por Marx y simbolizado por Stresseman, plantea otra vez en Alemania la cuestión del parlamento y la dictadura. Este gabinete, constituido después de un laborioso trabajo de conciliación, era, como se sabe, un gabinete de minoría, que debía apoyarse alternativamente en los votos de la derecha nacionalista y de la izquierda socialista. Apenas le negaran su concurso, en una situación cualquiera, nacionalistas y socialistas, este gobierno quedaba en minoría en el Reichstag. Es decir quedaba reducido a sus propias fuerzas.

Tal situación se ha presentado hace una semana. El experimento del gobierno de minoría, —que se mantiene en el poder por un difícil equilibrio entre la derecha y la izquierda—, aparece en consecuencia cumplido. El nuevo gobierno debe reposar en una mayoría y por ende gravitar a izquierda o a derecha.

La crisis que se desarrolla actualmente en Alemania, no es, pues, una crisis de gobierno sino de parlamento o, más precisamente aún, de régimen.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 25 de diciembre de 1926

El ministerio Marx-Stresseman representó una fórmula transitoria, provisional, de la cual se echó mano en vista de la imposibilidad de formar un gobierno de mayoría. Ahora, los partidos gubernamentales, tienen que hacer un esfuerzo vigoroso y decisivo para salir de la interinidad.

Pero las dificultades de un año atrás subsisten íntegramente. Ni los nacionalistas ni los socialistas, que son los dos partidos más fuertes del Reichstag, pueden entrar en una coalición sin darle su tonalidad respectiva. Y en aceptar una u otra tonalidad no están conformes los tres partidos de posición más o menos centrista de la combinación Marx-Stresseman. Los demócratas y los católicos se niegan a colaborar en un gobierno en el que prevalezcan los nacionalistas, que por su monarquismo asaz agresivo no caben en un ministerio republicano. Stresseman y el partido popular, por su parte, se oponen a una coalición en que predominen los socialistas. Estos, en fin, repudian a Stresseman por sus vinculaciones con los magnates de la industria, aunque en el terreno de la política internacional estén dispuestos —como lo prueban sus votos del último año en el Reichstag— a aprobar, o al menos a aceptar pasivamente, sus conclusiones prácticas.

Este acuerdo entre Stresseman y los socialistas frente a los problemas de la política internacional ha sido precisamente uno de los factores vitales del ministerio encabezado por Marx. Su política exterior, oportunista y conciliadora, que ha chocado vivamente al espíritu revanchista del partido **Deutsche national**, ha obtenido en cambio el apoyo de los socialistas. Y se ha dado así el caso paradójal de que los socialistas aprueben en este gobierno justamente la gestión internacional de quien, en la política interior, les es tan diverso y opuesto y representa intereses tan antagónicos.

La actitud de los nacionalistas ante los problemas exteriores constituye la dificultad máxima, el obstáculo casi insuperable en el camino de una concentración burguesa. Su monarquismo —un

poco atenuado y gastado ya— podía avenirse a compromisos discretos y sagaces del género del que ha anulado prácticamente el monarquismo del Mariscal Hindenburg. Pero el espíritu revanchista de los "alemanes nacionales", resulta en tan abierto contraste con la realidad que, como ya hemos visto, Stresseman próximo por su conservantismo a la derecha monárquica, se encuentra en el terreno internacional más vecino temporalmente a los socialistas.

Stresseman tiene en la política alemana la importancia que le confiere su calidad de personero y fiduciario de la burguesía. A ésta sus intereses de clase no le consienten por el momento aparecer revanchista y monárquica. Más bien, le aconsejan manifestarse pacífica y republicana. El momento no es de los nacionalistas. La industria y la banca alemanas que lo saben bien, sostienen, por eso, a Stresseman, quien con inteligente oportunismo, así como se plegó ayer al espíritu de Weimar —inspirador del estatuto de la República alemana— se plega hoy al espíritu de Locarno—, inspirador del pacto de seguridad de Europa—.

Sin embargo, si la solución de la crisis es una solución de izquierdas la figura de Stresseman, demasiado comprometida con la derecha, puede verse eclipsada esta vez por la de Wirth, quien, por su republicanismo y democratismo, cuenta con la confianza de los socialistas.

Si los factores en juego en la política alemana no permiten esta solución, la crisis del régimen parlamentario entrará en Alemania en una fase aguda y extrema. Pero esto no bastará para que la prudente burguesía alemana se decida por la dictadura. Entre otras cosas, porque esta fórmula es de una simplicidad sólo aparente. Las combinaciones parlamentarias cuya dosificación es cada día más difícil y compleja, resultan todavía preferibles. El parlamento no será descartado y suplantado sino cuando la lucha entre las dos clases que se contienden el poder llegue a su período

final. Y en esta etapa de "estabilización capitalista", la burguesía no tiene ningún interés en apresurar y precipitar ese momento.

1927

EL MOVIMIENTO SOCIALISTA EN EL JAPÓN*

Poco nos interesamos en Sud América por el Oriente y su nueva historia. Ya he tenido oportunidad de observado a propósito de la China. Ahora debo repetirlo a propósito del Japón. El Perú que, por su proceso histórico y su situación geográfica, ha recibido sucesivos contingentes de inmigración amarilla, necesita particularmente, sin embargo, conocer mejor lo que en Europa se llama el Extremo Oriente. El Japón moderno, sobre todo, reclama nuestra atención, porque nos ofrece el ejemplo de un pueblo capaz de asimilar plenamente la civilización occidental sin perder su propio carácter ni abdicar su propio espíritu.

El Japón —según Felicien Challaye, uno de los hombres de estudio europeos que más dominan y entienden sus problemas— "se ha europeizado para resistir mejor a Europa y para continuar siendo japonés". Este concepto es exacto, como juicio sobre la evolución del Japón de la feudalidad al capitalismo. El verdadero espíritu nacional, en el Japón como en los demás pueblos orientales en los que se ha operado análoga europeización, ha estado representado no por los impotentes y románticos hierofantes de la tradición, sino por los elementos dinámicos y progresistas que la han enriquecido y renovado con la experiencia occidental.

La revolución liberal y burguesa en el Japón se inspiró en las ideas y los hechos de Occidente. Para salir de la incomunicación en que había querido mantenerse hasta la mitad del siglo diecinueve, el Japón tuvo que abandonar a la vez que su voluntario enclaustramiento, sus envejecidas y anquilosadas instituciones. El viejo régimen resultó incompatible con el trato de las naciones occidentales. Y el Japón comprendió que, mientras no podía renunciar al comercio y la relación con el Occidente sin peligro de ser conquistado marcialmente por sus naciones de presa, podía

* Publicado en **Variedades**, Lima, 8 de enero de 1927.

muy bien renunciar a las formas políticas y sociales que estorbaban su desarrollo.

Abatida la feudalidad por la revolución de 1868, el Japón entró en una edad de activo crecimiento capitalista. Durante los últimos decenios del siglo diecinueve, la formación de la gran industria transformó radicalmente la estructura de la economía y la sociedad japonesas. Es notoria la rapidez con que se ha cumplido en el Japón este proceso de industrialización que lo ha convertido en una gran potencia en sólo cincuenta años. El Japón era, antes de su revolución, un pueblo de campesinos, artesanos y comerciantes —en lo que concierne a la composición de su clase productora—. El proceso del desarrollo del capitalismo y el industrialismo ha mudado totalmente su panorama social. La gran industria ha creado un numeroso proletariado industrial, en el cual prontamente han prendido las ideas socialistas.

El acontecimiento sustantivo de la historia del Japón moderno es el surgimiento o la aparición del socialismo que, del mismo modo que en otra época el capitalismo, no se presenta en ese país como la arbitraria importación de una doctrina exótica sino como una expresión natural y una etapa lógica de su propia evolución histórica. El socialismo, en el Japón, como en todas partes, ha nacido en las fábricas.

Sus primeros intérpretes han sido intelectuales. Si se recuerda que los intelectuales fueron también los primeros profetas y agentes de la revolución liberal y burguesa de 1868, se constata que la "inteligencia" japonesa acusa una especial sensibilidad histórica. No se comporta, académicamente, como una guardia pasiva de la tradición y del orden, sino, creadoramente, como una avanzada vigilante y alerta de reforma y progreso. La cátedra universitaria ha sido una de las tribunas del socialismo en el Japón. A un catedrático, el doctor Fukuda, de la Universidad de Keio, le debe el Japón la traducción de las obras de Karl Marx y a dos escritores, Sakai Yoshihiko y Yamkawa Nitoshi, un libro de 1,500 páginas,

fruto de diez años de trabajo, sobre la vida del profeta del socialismo moderno. (Don Miguel de Unamuno, refiriéndose a algunas apreciaciones mías sobre su juicio del marxismo en su libro **La Agonía del Cristianismo**, me escribe precisándolo y aclarándolo: "Si, en Marx había un profeta: no era un profesor").

Pero los actores primarios, los creadores sustantivos del socialismo japonés no han pertenecido naturalmente al tipo del intelectual de gabinete. Han sido hombres de acción que a una inteligencia lúcida han unido un carácter heroico. Los mayores líderes del socialismo japonés, Sakai, Kotoku y Katayama —figuras mundiales los tres— no pueden ser catalogados como simples intelectuales. Su relieve histórico depende de su contextura de héroes y apóstoles.

Sakai, escritor vigoroso, de sólida cultura marxista, fue hasta su muerte en 1923, el jefe reconocido del socialismo japonés. Escribió, entre otros libros, una **Historia del Japón** en que, como en toda su obra, aplicó el método del materialismo histórico a la interpretación de los problemas y hechos de su país. En 1923, cuando la oleada reaccionaria aprovechó en el Japón del terremoto de Tokio y Yokohama para atacar brutalmente al movimiento socialista, Sakai murió asesinado por agentes de la policía. (La misma suerte sufrieron el sindicalista Osugi y su familia).

Kotoku representó en la historia del socialismo japonés el espíritu y la doctrina kropotkinianos. Traductor de libros de Kropotkin, se pronunció por su comunismo anárquico. Sin embargo, con seguro instinto de la situación, trabajó mancomunadamente con Sakai. Ambos líderes expusieron sus ideas primero en el "Yorozho Choho" y después en el "Heimin Shimbun". Acusado en 1910 de complotar contra la vida del Emperador, fue condenado a muerte con veinticuatro procesados más. Su ejecución provocó enérgica protesta en Occidente. Todos los partidos socialistas, todas las federaciones obreras, todas las conciencias libres del mundo, condenaron a los jueces de Kotoku.

Katayama, antiguo y valiente propagandista y organizador, de larga actuación sindicalista, figura desde la guerra ruso-japonesa en la escena internacional. La corriente revolucionaria lo reconoce como su fiduciario, mientras la corriente reformista obedece como jefe a Bundzi-Sudzuki.

La gran industria no predomina aún en la economía japonesa. La mayoría de la población está compuesta hasta ahora de campesinos, artesanos y pescadores. Pero la industria, acrecentada e impulsada por la guerra, imprime su fisonomía y su carácter a la urbe, hogar y crisol de la conciencia nacional. El proletariado industrial, ya en gran parte organizado, es en el Japón la fuerza del porvenir. Por otra parte, la concentración de la propiedad agraria, antes completamente fraccionada, está formando un proletariado rural, en el que se propaga gradualmente un sentimiento clasista.

El socialismo, finalmente, recluta gran cantidad de adeptos en la juventud universitaria, en cuya mente la palabra de muchos maestros de verdad puso a tiempo su fecunda semilla.

EL NUEVO GABINETE ALEMÁN*

El período de estabilización capitalista en que ha entrado Europa desde hace más o menos tres años, está liquidando inexorablemente las rezagadas ilusiones del reformismo. Las últimas elecciones parlamentarias de Francia las ganaron, en una estruendosa jornada, las izquierdas. Y, sin necesidad de una nueva consulta al país, están en el gobierno las derechas, acaudilladas por Poincaré y solícitamente sostenidas por el radicalismo bonachón y provincial de Herriot. En Alemania, donde la revolución izó en 1918 a la presidencia de la República a un obrero socialista, las últimas elecciones parlamentarias las ganaron todavía los colores republicanos. Esto es las izquierdas y el centro. Y, —lo mismo que en

* Publicado en **Variedades**, Lima, 5 de febrero de 1927.

Francia Poincaré y su banda hace algunos meses—, se instalan ahora en el poder las derechas, en tierna colaboración con el centro, dentro de un ministerio encabezado por Marx, candidato de las izquierdas a la presidencia de la República hace sólo dos años.

El proceso de esta reconciliación de los partidos burgueses no ha sido, en su apariencia ni en su ritmo, el mismo. Mientras en Francia son los burgueses de izquierda los que tienen el aire de haberse rendido a los de la derecha, aceptando el regreso de Poincaré a la jefatura del gobierno, en Alemania son los nacionalistas, hasta antes de ayer impugnadores sañudos de la república, de su constitución y de su política, los que se enrolan en una coalición burguesa acaudillada por Marx, juran obediencia a la carta de Weimar y saludan la bandera republicana. Pero esto no es sino la superficie o, si se quiere, la envoltura del fenómeno. En su sustancia, éste no se diferencia. En Alemania como en Francia se ha producido una concentración burguesa, fuera de la cual no han quedado sino unos pocos disidentes, insuficientes para constituir el núcleo de una nueva secesión reformista mientras las condiciones del capitalismo no se modifiquen radicalmente.

El gobierno de minoría, encabezado también por Marx, que precedió a este gobierno de concentración burguesa, se apoyaba alternativamente en la derecha nacionalista y en la izquierda socialista. Los votos de los socialistas le servían para llevar adelante la política internacional de Stresseman, condenada por los nacionalistas. Y los votos de estos últimos le servían para imprimir a su política interior un carácter conservador. El partido socialista comprendió recientemente la necesidad de una clarificación, negando sus votos al gobierno y dejándolo en minoría en el Reichstag. Vino así la crisis que acaba de resolver un nuevo ministerio Marx, del cual forman parte los nacionalistas.

Todos saben que los nacionalistas desde que se fundó la República en Alemania no se ocupan de otra cosa que de atacarla. Representan el antiguo régimen. Encarnan el sentimiento de revancha.

Son los que en los últimos meses han lanzado tan incandescentes invectivas contra la adhesión de Alemania al llamado espíritu de Locarno. Nada de esto, empero, ha sido bastante fuerte para ponerlos contra el movimiento de concentración burguesa, reclamado en Alemania por la práctica de la estabilización capitalista. Los nacionalistas han revisado de urgencia su programa, monándole todas, las reivindicaciones estridentes —monarquía, etc. — que pudiesen embarazar su participación en el poder. La revisión continuará, naturalmente, ahora que son un partido de gobierno. Pero no menos graves resultan las renunciaciones y los olvidos a que, por su parte, se ven forzados los católicos. El centro católico ha colaborado en toda la política republicana, tan acérrimamente condenada por los nacionalistas. Desde la Constitución de Weimar hasta el pacto de Locarno, todos los documentos de la nueva historia alemana llevan su firma. Erzberger, su máximo hombre de Estado, cayó asesinado por una bala nacionalista precisamente a consecuencia de su solidaridad —los nacionalistas alemanes dirían complicidad— con la república.

Los demócratas no se han decidido a beber este cáliz. Han preferido salir de la coalición ministerial. Componen la única fuerza reformista de la burguesía reacia hasta ahora a la concentración. (A la derecha, está fuera de ella el nacionalismo extremista o **racismo** que, después del fracaso del **putsch** de Múnich quedó reducido a una exigua patrulla).

Los socialistas pasan, finalmente, a la oposición. Fundadores de la república, predominaron, o participaron principalmente, en el poder, durante sus primeros años. Posteriormente, el ministerio no ha podido prescindir de su consenso. El ministerio actual es el primero que se constituye en Alemania, después de la revolución, contra el socialismo. La estabilización capitalista les debe a los socialistas alemanes, por lo menos, una cooperación pasiva que no les sirve hoy de nada para entrabar a la reacción.

En la burguesía y en el proletariado, el reformismo queda liquidado definitivamente. Esta es la constatación más importante de la experiencia política no sólo de Alemania sino de toda la Europa occidental. Únicamente en Inglaterra sobrevive aún, no obstante todas sus fallas recientes, la vieja ilusión democrática.

EL PROBLEMA DE LA CHINA*

El pueblo chino se encuentra en una de las más rudas jornadas de su epopeya revolucionaria. El ejército del gobierno revolucionario de Cantón amenaza Shanghai, o sea la ciudadela del imperialismo extranjero y, en particular, del imperialismo británico. La Gran Bretaña se apercibe para el combate, organizando un desembarque militar en Shanghai, con el objeto, según su lenguaje oficial, de defender la vida y la propiedad de los súbditos británicos. Y, señalando el peligro de una victoria decisiva de los cantoneses, denunciados como bolcheviques, se esfuerza por movilizar contra la China revolucionaria y nacionalista a todas las "grandes potencias".

El peligro, por supuesto, no existe sino para los imperialismos que se disputan o se reparten el dominio económico de la China. El gobierno de Cantón no reivindica más que la soberanía de los chinos en su propio país. No lo mueve ningún plan de conquista ni de ataque a otros pueblos. No lo empuja, como pretenden hacer creer sus adversarios, un enconado propósito de venganza contra el Occidente y su civilización. Es en la escuela de la civilización occidental donde la nueva China ha aprendido a ser fuerte. El pueblo chino lucha, simplemente, por su independencia. Después de un largo período de colapso moral, ha recobrado la conciencia de sus derechos y de sus destinos. Y por consiguiente, ha decidido repudiar y denunciar los tratados que en otro tiempo le fueron impuestos, bajo la amenaza de los cañones, por las potencias de Occidente. Una monarquía claudicante y débil suscribió esos pac-

* Publicado en **Variedades**, Lima, 12 de febrero de 1927

tos. Hoy, establecido y consolidado en Cantón un gobierno popular que ejerce una soberanía efectiva sobre más o menos cien millones de chinos, —y que gradualmente ensancha el radio de esta soberanía—, los tratados humillantes y vejatorios que imponen a la China tarifas aduaneras contrarias a su interés y sustraen a los extranjeros a la jurisdicción de sus jueces y sus leyes, no pueden ser tolerados por más tiempo.

Estas reivindicaciones son las que el imperialismo occidental considera o califica como bolcheviques y subversivas. Pero lo que ningún imperialismo puede disimular ni mistificar es su carácter de reivindicaciones específica y fundamentalmente chinas. Todos saben en el mundo, por mucho que hayan turbado su visión las mendaces noticias difundidas por las agencias imperialistas, que el gobierno de Cantón tiene su origen no en la revolución rusa de 1917 sino en la revolución china de 1912 que derribó a una monarquía abdicante y paralítica e instauró, en su lugar, una república constitucional. Que el líder de esa revolución, Sun Yat Sen, fue hasta su muerte, hace dos años, el jefe del gobierno cantonés. Y que el **Kuo-Min-Tang** (Kuo: nación, Min: pueblo, Tang: partido), propugna y sostiene los principios de Sun Yat Sen, caudillo absolutamente chino, en quien la calumnia más irresponsable no podría descubrir un agente de la Internacional Comunista, ni nada parecido.

Si el imperialismo occidental, con la mira de mantener en la China un poder ilegítimo, no se hubiera interpuesto en el camino de la revolución movilizándolo contra estas ambiciones de los caciques y generales reaccionarios, el nuevo orden político y social, representado por el gobierno de Cantón, imperaría ya en todo el país. Sin la intervención de Inglaterra, del Japón y de los Estados Unidos, que, alternativa o simultáneamente, subsidian la insurrección ya de uno, ya de otro **tuchun**, la República China habría liquidado hace tiempo los residuos del viejo régimen y habría asentado, sobre firmes bases, un régimen de paz y de trabajo.

Se explica, por esto, el espíritu vivamente nacionalista —no anti-extranjero— de la China revolucionaria. El capitalismo extranjero, en la China, como en todos los países coloniales, es un aliado de la reacción. Chang-Tso-Lin, el dictador de la Manchuria, típico **tuchun**; Tuan-Chi-Jui, representante en Pekín del partido **An-fu**, esto es de la vieja feudalidad; Wu-Pei-Fu, caudillo militar que adoptó en un tiempo una plataforma más o menos liberal y se reveló, luego, como un servidor del imperialismo norteamericano; todos los enemigos, conscientes o inconscientes, de la revolución china, habrían sido ya barridos definitivamente del poder, si las grandes potencias no los sostuvieran con su dinero y su auspicio.

Pero es tan fuerte el movimiento revolucionario que ninguna conjuración capitalista o militar, extranjera u nacional, puede atajarlo ni paralizarlo. El gobierno de Cantón reposa sobre un sólido cimiento popular. La agitación revolucionaria, —temporalmente detenida en el norte de la China por la victoria de las fuerzas aliadas de Chang-Tso-Lin y Wu-Pei-Fu sobre el general cristiano Feng-Yu-Siang—, toma cuerpo nuevamente. Feng-Yu-Siang está otra vez a la cabeza de un ejército popular que opera combinadamente con el ejército cantonés.

Con la política imperialista de la Gran Bretaña que, en defensa de los intereses del capitalismo occidental, se apresta a intervenir marcialmente en la China, se solidarizan, sin duda, todas las fuerzas conservadoras y regresivas del mundo. Con la China revolucionaria y resurrecta están todas las fuerzas progresistas y renovadoras, de cuyo preavalecimiento final espera el mundo nuevo la realización de sus ideales presentes.

LA EX-COMUNIÓN DE "L'ACTION FRANÇAISE"*

La política de **L'Action Française** se definía, hasta hace poco, con estas Tres palabras: monarquía, catolicismo, nacionalismo. Estas dos últimas aparecen en la historia en constante desavenencia teórica, no obstante su frecuente entendimiento práctico. La idea de la Nación se presenta como un producto del espíritu renacentista, denunciado por los doctores de la Iglesia como herético y protestante. Por nacionalista — esto es, por herética y protestante en primer o último análisis— fue condenada a la hoguera Juana de Arco. Católico es universal. Pero Charles Maurrás, el filósofo de **L'Action Française** había encontrado siempre en el recetario de su monarquismo positivista la fórmula no sólo de reconciliar sino hasta de mancomunar catolicismo y nacionalismo.

El compromiso entre la iglesia Católica y el Estado demo-liberal, —afirmado y ratificado en todo el mundo a medida que el liberalismo, después de asegurar el poder a la burguesía, perdió su sentido revolucionario—, favorecía paradójicamente la tesis de Maurrás, enemigo irreductible del Estado demo-liberal, para él siempre herético y absurdo. La extinción de la vieja polémica entre la Iglesia y la Nación suprimía los conflictos teóricos y prácticos que habrían saboteado en otro tiempo su especulación filosófica.

Pero ahora el Vaticano, que sabe de oportunismo y de positivismo mucho más que el eminente monarquista, liquida con esa declaración irrevocable el equívoco escondido en su programa. **L'Action Française** ha sido excomulgada. Los libros de Charles Maurrás, puestos en el Index. Y **L'Action Française**, en vez de abjurar su herejía, la ha reafirmado. Charles Maurrás y León Daudet han respondido con un rotundo "**Non posumus**" a la sentencia papal. Puestos a elegir entre su catolicismo y su nacionalismo, han optado por éste. O, mejor, por su monarquismo, elu-

* Publicado en **Variedades**, Lima, 5 de marzo de 1927.

diendo el dilema.

Naturalmente, lo que la Santa Sede ha condenado no es el nacionalismo de **L'Action Française** sino el paganismo de Maurrás. En estos tiempos de fascismo, el Vaticano, en **flirt** diplomático con el **fascio littorio**, no se aventuraría a romper, imprudentemente, una lanza por el carácter ecuménico, universal, —ergo antinacionalista—, de la catolicidad, a menos que muy fuertes y concretas razones se lo aconsejaran. El anatema cae sobre lo que hay de pagano y hasta de ateo en el fondo de la literatura y la filosofía de Maurrás. Todos saben que el catolicismo de Maurrás es inconfundiblemente oportunista y relativo. Maurrás no está por la Fe, sino por la Iglesia. Su catolicismo reposa en razones prácticas. Ha llegado a él por la vía del positivismo. Es católico por tradición nacional. La monarquía en Francia fue católica; él, legitimista ortodoxo, no puede ser sino católico.

Mas de esto estaban enterados desde hace mucho tiempo todos los lectores de Maurrás: adversos, amigos y neutros. La Iglesia era la única que parecía ignorarlo. Le han sido necesarios al menos quince años más que a cualquiera para informarse cabal y definitivamente del espíritu de Maurrás y, por ende, del espíritu de **L'Action Française**. (Y hay que referirse siempre a Maurrás y no a Daudet porque el que está en causa es Maurrás. La filosofía de **L'Action Française** es de Maurrás; la literatura, de Daudet. O, mejor, en **L'Action Française**, Maurrás es el ideólogo. Daudet el panfletista). Los doctores del Vaticano, interpelados, responderían probablemente así: —Es cierto. Todo el mundo sabía que Maurrás no era un católico auténtico. Pero la Iglesia no podía comportarse como todo el mundo. La Iglesia era juez. Maurrás estaba procesado. Su juicio ha durado todo este tiempo.

Se dice, en efecto, que la condena definitiva de Maurrás estaba resuelta hace más de diez años. Parece que la guerra la detuvo. El Santo Oficio tenía documentada la peligrosa heterodoxia del pontífice del legitimismo francés. Se vacilaba, por complicadas razo-

nes de oportunidad para fulminarlo con un anatema. Para resolverse a condenarlo, el Papa mismo ha estudiado toda su obra.

El golpe desde el punto de vista político, no es al nacionalismo. Es, más bien, al legitimismo, al monarquismo. Desde los tiempos del Concordato, el Vaticano ha renunciado completamente a contestar y, más aún, a repudiar el orden burgués en Francia. Republicanos y demócratas son, al mismo tiempo, buenos católicos. El nacionalismo no está acaparado en Francia por la capilla de **L'Action Française**. El movimiento reaccionario se guarda de identificarse con el movimiento monarquista. El fascismo francés tiene otros capitanes. Tiene hasta otros órganos: el diario dirigido por George Valois. En tanto, se dice que el Vaticano le guarda cierto rencor al anglicanismo que, bajo la monarquía, opuso tantas veces la iglesia nacional a Roma.

Por esto mismo, **L'Action Française** queda gravemente maltrecha. El derecho a llamarse católica le ha sido cancelado por la suma autoridad eclesiástica. El derecho a llamarse nacional le es contestado cotidianamente por las fracciones concurrentes. A la gaceta polémica de Maurrás y Daudet no le queda, pues, realmente sino su legitimismo, su monarquismo. Esto es, la bendición platónica del duque de Guisse. Y el paganismo de Maurrás, condenado por el Papa. Y la diatriba de Daudet, que no le interesa a la Iglesia, ni a la Historia.

EL PROBLEMA DE BESARABIA*

La política anti-rusa de la Gran Bretaña acaba de obtener la sanción, por parte de las potencias occidentales, de la anexión de la Besarabia a Rumania. Esta anexión es el más grueso botín de guerra ganado por Rumania en premio de su cooperación con la Entente contra los Imperios Centrales. Hasta 1920 tuvo el carácter de un mero acto de fuerza de Rumania. Sólo en octubre de ese

* Publicado en **Varietades**, Lima, 12 de marzo de 1927.

año —también en días de ofensiva antibolchevique— alcanzó el reconocimiento o la legalización de la Entente; en un tratado suscrito por los plenipotenciarios de Inglaterra, Francia, Italia y el Japón. Pero hasta hace pocos días este tratado había sido ratificado únicamente por los gobiernos de Inglaterra y Francia.

Para la validez internacional del tratado era menester, conforme a una de las cláusulas, su ratificación por al menos tres de las potencias signatarias. La inteligente política de Tchitcherin neutralizó, temporalmente, al Japón con la firma de un tratado ruso-japonés. El convenio comercial ítalo-ruso, detuvo, de otro lado, a Italia en la vía de la ratificación. Mussolini ha querido aprovechar la situación de Italia en este pleito.

El acuerdo ítalo-rumano, concertado por Mussolini y el general Averescu, contrapesó hace un año, más o menos, los efectos del convenio ítalo-ruso. Entre el dictador italiano y el líder del partido popular rumano se estableció un perfecto flirt. Pero Mussolini, evidentemente, no se decidía a dar por tan poco su consenso decisivo a la anexión de la Besarabia.

Ahora este consenso le ha sido arrancado por la presión de la diplomacia inglesa, a cambio, sin duda, de especiales concesiones al plan de expansión del Imperio fascista en el Oriente. De un compromiso entre Inglaterra e Italia, a este respecto, se viene hablando, con creciente insistencia, desde que Mussolini aceptó la invitación británica para cooperar en una acción mancomunada de las potencias occidentales contra la China revolucionaria. La diplomacia fascista resulta así sirviendo el juego de la diplomacia británica, a la cual se supone seguramente superior en maquiavelismo. Es probable que las obligaciones secretamente contraídas por Inglaterra con Italia, en cambio de estos servicios, sean capitales para los proyectos del imperialismo británico. Pero lo evidente y positivo, hasta hoy, es que Italia paga al contado, en el presente, las promesas de Inglaterra para el porvenir.

La acción de la cancillería británica mira al boicoteo de la Rusia Sovietista por el Occidente, en represalia de la ayuda prestada por Rusia a la insurrección de la China, y en general del Oriente, contra el imperialismo capitalista. Italia, que necesita del comercio con Rusia, donde encuentra un vasto mercado para su industria, al mismo tiempo que el más ventajoso depósito de petróleo, trigo y otras materias, se mostraba antes reacia a seguir a Inglaterra. Pero la ambición del apoyo británico a sus pretensiones coloniales parece pesar más, por el momento, en su oportunista política internacional. Con el golpe de estado de Lituania, que ha colocado en el gobierno lituano a una fracción anti-bolchevique, el bloque anti-ruso de los países bálticos es de nuevo unánime. La última palabra sobre la actitud del Occidente ante Rusia debe pronunciarla Alemania, a la cual con el pacto de Locarno se ha atraído al terreno de la cooperación occidental o, mejor, capitalista.

Este es el problema general de la lucha entre la revolución rusa y la Europa capitalista. Pero no es posible eludirlo al examinar el problema particular de la Besarabia que, en verdad, constituye sólo una de sus facetas. Los rumanos se enseñorearon de la Besarabia al amparo de la movilización moral y material del Occidente capitalista contra la Revolución Rusa. De otro modo, no se habrían sentido suficientemente fuertes para apoderarse de una región que forma parte de Rusia hace más de un siglo. El argumento étnico, después de un período tan, prolongado de posesión y, por ende, de asimilación rusa, no le habría bastado para asegurarse el apoyo de las naciones de Occidente.

Rumania reivindica la Besarabia alegando que predomina en su población la raza rumana. Pero este hecho, incontestable hace ciento doce años, cuando Rusia arrancó este territorio a Turquía, carece hoy de la fuerza que habría tenido entonces. La voluntad de esa población no ha sido absolutamente consultada. Ha sido, por el contrario, marcialmente violentada. Cuando los alemanes ocuparon Ucrania, la Besarabia, separada de Rusia, quedó en aptitud de gobernarse a sí misma. El Consejo Nacional, Staful Tse-

rik, proclamó primero la autonomía de la Besarabia, bajo la denominación de República Moldava. Bajo la presión rumana, esta dieta regional decidió la unión de la Besarabia a Rumania, pero en una forma que le aseguraba aún cierto grado de autonomía. Posteriormente, sometido a la coerción de la ocupación militar del territorio por los rumanos, votó la anexión incondicional a Rumania, siendo, a renglón seguido de este voto, disuelto por los invasores.

Luego, el gobierno rumano ha practicado en Besarabia una política brutal de "rumanización" que muestra lo artificial de dicho voto de una asamblea coactada en su libertad más elemental. Las insurrecciones se han sucedido en la Besarabia. Y se han sucedido las represiones truculentas del sentimiento de la población. Una de las páginas más espeluznantes del terror blanco en la Europa Central ha sido, como lo acredita la encuesta de Henri Barbusse, apoyada en mil testimonios fehacientes, la escrita por las bayonetas rumanas en la sufrida Besarabia.

LA TOMA DE SHANGHAI*

Con la ocupación de Shanghai por el ejército cantonés se abre una nueva etapa de la revolución china. El derrocamiento de la claudicante y asmática dinastía manchú, la constitución del gobierno nacionalista revolucionario de Cantón y la captura de Shanghai por las tropas de Chiang-Kai-Shek, son hasta hoy los tres acontecimientos sustantivos de esta revolución de cuya realidad y trascendencia sólo ahora parece darse cuenta el mundo. En los quince días transcurridos después de la caída de la monarquía, la revolución ha sufrido muchas derrotas y ha alcanzado muchas victorias. Pero entre éstas, ninguna ha conmovido e impresionado al mundo como la de Shanghai. La razón es que esta victoria no aparece ganada por la revolución sólo contra sus enemigos de la China sino, sobre todo, contra sus enemigos de Occidente.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 2 de abril de 1927.

La colaboración de las fuerzas reaccionarias de la China ha permitido durante mucho tiempo a Europa detener la revolución y la independencia chinas. Generales mercenarios como Chan-So-Lin y Wu-Pei-Fu han conservado en sus manos, al amparo de las potencias imperialistas, el dominio de la mayor parte de la China. Por la subsistencia de una economía feudal, el norte de la China se ha mantenido, salvo breves intervalos, bajo el despotismo de los **tuchuns**. El fenómeno revolucionario, en no pocos momentos, ha estado localizado en Cantón. Pero los revolucionarios chinos no han perdido nunca el tiempo. Entrenados por la lucha misma han aprendido a asestar certeros golpes al imperialismo extranjero y a sus agentes y aliados de la China. El **Kuo-Min-Tang** se ha convertido en una formidable organización con un programa realista y con un arraigo profundo en las masas.

La toma de Shanghai es una victoria decisiva de la revolución. El desbande de las tropas reaccionarias ante el avance de Chiang-Kai-Shek, indica el grado de desmoralización de las fuerzas que en la China sirven al imperialismo. Y el hecho de que las potencias imperialistas parlamenten con los revolucionarios —aunque los amenacen intermitentemente con sus cañones— denuncia la impotencia del Occidente capitalista para imponer hoy su ley al pueblo chino, como en los tiempos en que la rebelión de los **boxers** provocó el envío de la expedición militar del general Waldersee.

La China monárquica y conservadora de los emperadores manchúes no era capaz de otra cosa que de capitular ante los cañones occidentales. Las grandes potencias la obligaron hace un cuarto de siglo a pagar los gastos de la invasión de su propio territorio con el pretexto del restablecimiento del orden y de la protección de las vidas y propiedades de los occidentales. No había humillación que rechazase por excesiva. La China revolucionaria, en cambio, se declara dueña de sus destinos. Al lenguaje insolente de los imperialismos occidentales responde con un lenguaje digno

y firme. Su programa repudia todos los tratados que someten al pueblo chino al poder extranjero.

En otros tiempos, las potencias capitalistas habrían exigido a los chinos, con las armas en la mano, la ratificación humilde de esos tratados y el abandono inmediato de toda reivindicación revisionista. Pero la posición de esas potencias en Oriente está profundamente socavada a consecuencia de la revolución rusa y en general de la crisis post-bélica. La Rusia zarista, ponía todo su poder al servicio de la opresión del Asia por los occidentales. Hoy la Rusia socialista sostiene las reivindicaciones del Asia contra todos sus opresores.

Se repite, en un escenario más vasto y con nuevos actores, el conflicto de hace cuatro años, entre la Gran Bretaña y el nacionalismo revolucionario turco. También entonces, después de proferir coléricas palabras de amenaza, la Gran Bretaña tuvo que resignarse a negociar con el gobierno de Angora. Se oponían a toda aventura guerrera la voluntad de sus Dominios y la conciencia del propio pueblo inglés.

Europa siente que su imperio en Oriente declina. Y sus hombres más iluminados comprenden que la libertad de Oriente significa la más legítima de las expansiones de Occidente: la de su pensamiento. La guerra contra la China no podría ser ya aceptada por la opinión pública de ningún país, por muy diestramente que la envenenasen la prensa y la diplomacia imperialistas.

Los revolucionarios chinos tienen franco el camino de Pekín. La conquista de la capital milenaria no encuentra ya obstáculos insalvables. Inglaterra, el Japón, Estados Unidos, no cesarán de conspirar contra la revolución, explotando la ambición y la venalidad de los jefes militares asequibles a sus sugerencias. Se advierte ya la intención de tentar a Chiang-Kai-Shek a quien el cable, tendenciosamente, presenta en conflicto con el **Kuo-Min-Tang**. Pero no es verosímil que Chiang-Kai-Shek caiga en el la-

zo. Hay que suponerle la altura necesaria para apreciar la diferencia entre el rol histórico de un libertador y el de un traidor de su pueblo¹.

Por lo pronto la revolución ha ganado con Shanghai una gran base material y moral. Hasta hace poco, Cantón, la ciudad de Sun-Yat-Sen, era su única gran fortaleza. Hoy Shanghai se agita bajo la sombra de sus banderas que lo transforman en uno de los mayores escenarios de la historia contemporánea.

Sobre Shanghai convergen las miradas más ansiosas del mundo. Unas llenas de temor y otras llenas de esperanza. Para todas, un episodio de la epopeya revolucionaria vale más que todos los episodios sincrónicos de la política capitalista.

ITALIA Y YUGOESLAVIA*

La actual tensión de las relaciones ítalo-yugoeslavas señala uno de los muchos puntos vulnerables de la paz europea. Italia, bajo el régimen fascista, practica una política de expansión que no disimula demasiado sus fines ni sus medios. El imperialismo fascista, acaso por su juventud y, sobre todo, porque sus conquistas y su suerte pertenecen íntegramente al futuro, es el que emplea un lenguaje más desembozado y explícito. Su política exterior tiene dos frentes: el mediterráneo y el balcánico. En los Balkanes, su política tropieza, en primer término, con la resistencia yugoeslava.

El conflicto entre Italia y Yugoslavia empezó en la conferencia de Versalles. Es el primero que ensombreció la paz wilsoniana. Italia no sólo se sintió defraudada por los aliados en sus ambicio-

¹ Los sucesos posteriores, lamentablemente, demostraron que Chang-Kai Shek no supo situarse a la altura de su "rol histórico", prefiriendo el de "traidor de su pueblo" (N. de los E.)

* Publicado en **Variedades**, Lima, 21 de abril de 1927

nes territoriales. Declaró violado y falseado el propio programa de Wilson. Sostuvo su derecho a Fiume y a Zara, asignados a Yugoslavia en el nuevo mapa europeo.

El golpe de mano de D'Annunzio permitió a Italia, después de una difícil serie de negociaciones, redimir a Fiume. Pero, en cambio, Yugoslavia consiguió la ratificación de su soberanía en la Dalmacia reivindicada por el nacionalismo italiano en nombre del porcentaje de italianidad de su población. Italia ha aceptado este hecho; pero uno de los objetivos íntimos del imperialismo fascista es la posesión del territorio dalmata.

No es, sin embargo, este propósito recóndito lo que turba las relaciones entre Italia y Yugoslavia. Italia no sostiene oficialmente ninguna reivindicación sobre la Dalmacia. Diplomática y formalmente, esta reivindicación no existe. El motivo de la tensión es el choque de la política italiana y la política yugo-eslava en Albania. Italia y Yugoslavia se disputan el predominio en este estado teóricamente autónomo, pero sometido de facto a la influencia italiana, con peligro evidente para Yugoslavia que lucha por desalojar de él a su amenazadora rival. Una y otra intrigan por colocar o mantener en el gobierno de Albania al bando que les es adicto. Esta intervención, por parte de Italia, adquiere proporciones excesivas. Yugoslavia las denuncia y pretende limitar la expansión italiana en Albania.

La política italiana en los Balkanes mira al socavamiento de la influencia francesa en ese grupo de países. Francia, madrina de la Pequeña Entente, esperaba asegurarse mediante el enfeudamiento de este bloque a su política, el control de los Balkanes. Italia, con el tratado ítalo-rumano, se ha atraído a Rumania. Bulgaria está bajo un gobierno fascista que reconoce en Roma la metrópoli espiritual de la reacción. Grecia, por su posición respecto de Turquía, no tiene más remedio que entrar en una vía de entendimiento y cooperación con Italia, cuya política balkánica, además, apa-

rece sostenida y financiada por Inglaterra que conserva su autoridad en Atenas.

Los Balkanes representaron antes de 1914 un foco de asechanzas para la paz europea, por el conflicto constante entre Rusia y los Imperios Centrales, aliados de Turquía. La paz de 1918 no ha neutralizado esta zona peligrosa. Cada día los Balkanes recobran más claramente su antigua función. Las protagonistas del conflicto han cambiado. El escenario no es exactamente el mismo. Pero el choque de las potencias se renueva.

La política fascista es, obligadamente, la que más inmediatamente agrava este problema. Mussolini extrae su máxima fuerza de su programa de expansión. Ha prometido al pueblo italiano, que es empujado a la expansión por el desequilibrio entre su demografía y su economía, un imperio digno de la tradición romana. Esta promesa permite a Mussolini exigir de su pueblo un esfuerzo obediente y disciplinado para mejorar las condiciones financieras e industriales de Italia. La situación europea —a pesar del tratado de Locarno y de la estabilización capitalista— alimenta la esperanza fascista. No se puede prever cómo respondería Europa a un súbito golpe de mano de la Italia fascista. Mussolini, oportunista y maquiavélico, acecha la ocasión de una audaz maniobra internacional. Si la espera resulta demasiado pesada e incierta, el mito fascista perderá su fuerza.

Marcel Fourrier observa con justicia que Italia no puede alcanzar la expansión que ambiciona "sino tomando la vía de un imperialismo agresivo". "De otra parte, el régimen fascista y el poder personal de Mussolini no pueden mantenerse sino en el caso de que se manifiesten capaces de asegurar al capitalismo italiano la misma prosperidad que el bonapartismo y el bismarckismo habían asegurado, el uno al capitalismo francés, después de 1850, el otro al capitalismo alemán, después de 1871".

La Paz de Locarno, tiene que parecerle al más beato e iluso demócrata, demasiado frágil y aleatoria mientras Mussolini amenaza a Europa con sus sueños y sus gestos imperiales. El **fascio Littorio** es en la historia europea contemporánea un gran punto de interrogación.

Por esto, el contraste entre Italia y Yugoslavia que, según las últimas noticias cablegráficas, parece exacerbarse, presenta un marcado interés. Servia tiene un oscuro destino en la historia de la Europa burguesa. En su suelo prendió en 1914 la chispa de la gran conflagración. Ahora Servia se ha engrandecido. El reino servio ha sido reemplazado por el reino servio croata-esloveno, como también se llama a Yugoslavia. Y tal vez con esto su capacidad de fricción siniestra se ha acrecentado. Las fronteras que le acordó la paz aliada, limitan por uno de los lados, en que su presión es mayor, al imperialismo fascista.

No es probable que el problema de Albania provoque, a corto plazo, el choque. Pero es evidente que constituye una de las causas de fricción que mantiene encendidos e irritados los flancos que ahí se tocan de Italia y Yugoslavia.

EL PROCESO A LOS CONJURADOS DE LA NOCHE DE SAN JUAN*

El proceso que acaba de terminar, más que el proceso de Weyler, Aguilera, Domingo y demás conjurados de la noche de San Juan, ha sido el proceso de Primo de Rivera y sus turbios secuaces. Porque en el curso de las audiencias, lo que ha golpeado más las mentes de los actores no ha sido la responsabilidad de los acusados sino la del acusador. El reo auténtico no ha comparecido ante los jueces, escribanos y alguaciles, sólo porque éstos se encuentran a su servicio y bajo su potestad. Pero su presencia en el juicio no ha sido, por esto, menos constante y eminente.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 30 de abril de 1927.

Los acusados militares, son todos gente a la que no se puede ciertamente tachar de subversiva y, menos todavía, de revolucionaria. Monarquistas ortodoxos, constitucionales fervientes, de lo único que no se les puede suponer capaces es de atentar contra el orden y la ley. Mucho más subversivo aparece, sin duda, Primo de Rivera, que en otra noche menos novelesca y cristiana, se apoderó del gobierno de España, licenciando brusca y desgarradamente, —sin más título que el de su virilidad, en el sentido que tan agudamente ha ilustrado Unamuno—, a los que constitucionalmente lo ejercían.

No seré yo, por supuesto, quien intente la defensa de estos últimos, que hasta cierto punto, han mostrado después merecer su suerte.

Pero me parece evidente que nadie puede objetar el hecho de que representaban en el poder la constitución y la legalidad.

Poco trabajo les ha costado, por ende, a los defensores de los generales y coroneles procesados, probar que éstos no han concedido ni ejecutado en ningún momento, ni en la noche de San Juan, diseño alguno contrario a la Monarquía y a su "pacto con el pueblo", como llaman a la vieja y maltrecha constitución los políticos liberales.

Si a Primo de Rivera se le pudiera atribuir humorismo e imaginación —dos cosas que no son frecuentes en los capitanes de España, desde los tiempos ya bastante lontanos del Gran Capitán— se le podría suponer capaz de haber procesado a Weyler, Aguilera, etc., seguro de su inocencia, sólo para animar la historia un poco monótona de estos años de censura con el episodio romancesco de una noche de San Juan más o menos melodramática y con su secuela de un juicio que diera oportunidad lícita de hablar a Melquíades Álvarez, Álvaro de Albornoz y otros demócratas en receso forzoso. (La desocupación de esta gente, que no sabe en qué

emplear su facundia, es un cuadro de partir el alma al más endu-
recido déspota).

Pero los hechos, demuestran, por lo menos según el tribunal, que Primo de Rivera ha procedido seriamente. Los tiranos de la Europa moderna son menos originales que los de la Europa medioeval. Y Primo de Rivera, no tenía ningún interés en provocar su propio proceso. Los acusados, en fin, se han manifestado casi convictos de haber querido restaurar en España la constitución deponiendo al Marqués de Estella.

Sabemos, ahora que en la noche de San Juan de 1926 los herederos de la mejor tradición ochocentista del ejército español, cumplieron un gesto histórico. Su derrota no anula el gesto mismo: su procesamiento lo esclarece. Primo de Rivera pretendía obrar en nombre del ejército. Ya muchos incidentes habían denunciado la falsedad del empeño de representar al ejército íntegramente mancomunado con los cabecillas del golpe de estado de 1923. Pero ninguno de esos incidentes —simple anécdota— bastaba históricamente. Hacía falta que hombres representativos del ejército asumiesen una actitud beligerante frente a la dictadura y en defensa de la constitución sometida a todos los ultrajes de una virilidad jactanciosa.

Weyler representa la tradición constitucional del ejército español. En él se ha procesado y condenado a una época: la épica de la lealtad militar a la Monarquía y a la constitución demo-liberal. Primo de Rivera resucita los tiempos de los pronunciamientos reaccionarios y de los retornos absolutistas.

El Rey que cubre sus actos —cada día menos dueño de las consecuencias del golpe de Estado de 1923— pone la monarquía contra y fuera de la constitución. Los políticos que aguardan pacientemente el regreso a la legalidad quedan notificados de que ni su desocupación ni su esperanza tienen ya plazo.

Frente a Primo de Rivera solo la esperanza de los revolucionarios descansa en la historia. La nostalgia de los constitucionales es pasiva. No se prepara a vencer a la dictadura. Espera que se caiga sola. Fracasada la aventura de Weyler y Aguilera, no le resta casi sino la elocuencia parlamentaria de Melquíades Álvarez.

EL DEBATE POLÍTICO EN INGLATERRA*

Se está librando hoy en Inglaterra una gran batalla parlamentaria, que precede, seguramente, a una gran batalla electoral. El partido conservador, —empujado por los extremistas que han conseguido obligar a Baldwin a adoptar sus puntos de vista más reaccionarios—, ha iniciado una ofensiva de vastas proyecciones contra el laborismo.

Esta ofensiva, venía siendo propugnada con impaciencia creciente por la extrema derecha inglesa casi desde que el partido conservador ganó las últimas elecciones. En Europa, arreciaba entonces la tempestad reaccionaria que parece haber galvanizado todas las energías del capitalismo, tan relajadas y agónicas después del período bélico. La extrema derecha inglesa quiso uniformarse al estilo fascista, predicando destempladamente una campaña contra la organización obrera de la cual extrae su fuerza política el **Labour Party**.

Pero al principio prevaleció en el partido un criterio más o menos moderado. Baldwin, aparentemente, no se mostraba dispuesto a ceder a la presión extremista. Los conservadores habían ganado las elecciones con plataformas a las que era extraño el plan de limitar el poder y la acción de los sindicatos. El gabinete necesitaba empezar su labor dentro de una atmósfera de confianza pública.

La derrota sufrida por los obreros en la huelga general de mayo

* Publicado en **Varietades**, Lima, 7 de mayo de 1927

pasado, mudó la situación. Los reaccionarios, a partir de ese suceso, ganaron terreno en el partido y el Gobierno. La huelga general había permitido a la burguesía inglesa, apreciar experimentalmente, al mismo tiempo, la debilidad y la fuerza del movimiento obrero. Se había visto claramente que la lucha sindical se habría transformado en una lucha revolucionaria, si su comando no hubiese estado en manos de los jefes reformistas. Socavada cada vez más la autoridad de esos jefes, se registraba un progresivo orientamiento revolucionario del **Labour Party** que no consentía dudas respecto a su futura política.

La posición política de los conservadores favoreció la corriente y la tesis reaccionarias. El Gobierno conservador, después de la huelga de mayo, no había conseguido solucionar la cuestión de las minas. La rendición final de los obreros no había tenido más alcance que el de la aceptación de una tregua forzosa. Lloyd George, con su fino oportunismo y su sagaz perspicacia, había aprovechado la ocasión para asestar un golpe a la hegemonía conservadora, y rehabilitar en algunos sectores de la opinión la esperanza de ensayar una vez más en el gobierno la doctrina liberal. Era lógico que a los conservadores no les quedase más camino que el de una política netamente reaccionaria.

Baldwin no ha tenido más remedio que decidirse por tal camino. Hoy está empeñado a fondo en esta política. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que el partido conservador no puede hacer otra cosa. Frente a Rusia, frente a China, frente al **Labour Party**, su actitud no puede ser distinta.

Él envió de una nota agresiva al gobierno de los Soviets, el despacho de barcos y soldados a los puertos chinos y la presentación en el parlamento de un **bill** anti-laborista, son tres actos congruentes, tres maniobras afines de una misma política. El capitalismo británico conducido por el mesurado Baldwin toma la ofensiva en todos los frentes. Emplea por ahora la manera fuerte. Sin perjuicio, naturalmente, de su libertad de reemplazarla, según sus

resultados, por el método del compromiso, llamando de nuevo al servicio a Mr. Lloyd George que aguarda su momento con una sonrisa.

Los conservadores necesitan acentuar en la opinión burguesa y pequeño-burguesa la conciencia de los peligros revolucionarios, para desviarla de las proposiciones de Lloyd George que trabaja por atraer a los laboristas a una política de colaboración con el liberalismo. En las próximas elecciones les tocará colocar frente a frente el capitalismo y socialismo, en términos de irreductible oposición. De sus actuales operaciones depende la suerte de la política conservadora en la batalla electoral inevitable.

Esta política se propone minar las bases electorales del **Labour Party**, aboliendo la cuota política de los obreros a la caja del laborismo. Tal abolición tiene por objeto dejar al **labour Party** en una situación desventajosa en las elecciones. Hasta hoy su fondo político le ha permitido afrontar en las elecciones elevados gastos de propaganda.

Bernard Shaw, en el interesantísimo discurso que pronunció en el banquete de su jubileo, denunciaba e ilustraba el alcance político del monopolio por y para la burguesía, de la comunicación radio-gráfica. El radio ponía a los defensores del capitalismo en condiciones de una gran superioridad respecto de los propagandistas del socialismo. Cómodamente instalados en sus poltronas, los candidatos burgueses pueden dirigirse a la vez a millones de votantes, para acusar a los laboristas de abrigar los más terribles propósitos contra la civilización, la patria, la familia, etc.

El **bill** anti-laborista del partido conservador, que declara la ilegalidad de la huelga general y ataca el fondo político del **labour Party**, demuestra que los conservadores van mucho más lejos de lo que Bernard Shaw suponía, en su plan de desarmar al proletariado en su lucha con el capitalismo.

H. G. WELLS Y EL FASCISMO*

El juicio sobre el presente de un hombre diestro en traducir el pasado y en imaginar el porvenir, tiene siempre un interés conspicuo. Sobre todo si este hombre es Mr. H. G. Wells, al que no hay tal vez en el mundo quien no conozca como metódico explorador de la historia y la utopía. H. G. Wells, desde su gabinete de historiador y novelista, se ha puesto a observar "cómo marcha el mundo" y a comunicar al público, por medio de artículos, sus impresiones. Uno de los artículos más comentados hasta hoy de esta serie, es el que se propone absolver la pregunta: ¿Qué es el fascismo?

Wells, se ha decidido a enjuiciar y definir al fascismo cuando ha creído ya disponer de materiales abundantes para este examen. Más prisa y menos prudencia tuvo para estudiar la revolución bolchevique. El experimento soviético y el escenario moscovita lo atrajeron más, probablemente por sus romancescos mirajes de utopía social. Y, de otro lado, su libro de impresiones sobre la Rusia de Lenin, releído a cierta distancia, le debe haber revelado la diferencia que existe entre sus especulaciones habituales de historiador y novelista y la excepcional empresa de comprender y juzgar una revolución, su espíritu y sus hombres.

El fascismo no es ya la misma nebulosa que en los días de la marcha a Roma, cuando abdicaban ante él muchos eminentes liberales tenidos seguramente en gran estima por el autor de **The Outline of History**. El trabajo de estudiarlo, se presenta, pues, bastante facilitado. El estudioso cuenta hoy con un nutrido acopio de conceptos que definen los diversos factores de la formación del fascismo. El experimento gubernamental de Mussolini ha llegado a su cuarto aniversario. El juicio de Wells se mueve, así, sobre una base amplia y segura.

* Publicado en **variedades**, Lima, 14 de mayo, de 1927. Revisado de acuerdo a las correcciones del original en nuestro poder (N. de los E)

No contiene, tal vez por esto, proposiciones originales respecto a los orígenes del movimiento fascista. H. G. Wells, en este estudio, sigue más o menos el mismo itinerario que otros críticos del fascismo. Encuentra las raíces espirituales de éste en el d'annunzianismo y el "futurismo" marinettiano, clasificados ya como fenómenos solidarios.

Y, lógicamente, tampoco en sus conclusiones Wells ofrece ninguna originalidad. Su actitud, es la actitud característica de un reformista, de un demócrata, aunque atormentado por una serie de "dudas sobre la democracia" y de inquietudes respecto a la reforma. El fascismo le parece algo así como un cataclismo, más bien que como la consecuencia y el resultado en Italia de la quiebra de la democracia burguesa y la derrota de la revolución proletaria. Evolucionista convencido, Wells no puede concebir el fascismo, como un fenómeno posible dentro de la lógica de la historia. Tiene que entenderlo como un fenómeno de excepción. Para Wells, el fascismo es un movimiento monstruoso, teratológico, dable sólo en un pueblo de educación defectuosa, propenso a todas las exuberancias de la acción y de la palabra. Mussolini, dice Wells, "es un producto de Italia, un producto mórbido". Y el pueblo italiano, un pueblo que no ha estudiado debidamente la geografía ni la historia universales.

En ésta, como en casi todas las actitudes intelectuales de H. G. Wells, se identifican fatalmente las cualidades y los defectos del pedagogo, el evolucionista y el inglés.

Acusa al pedagogo, no sólo el corte didáctico de la exposición sino el fondo mismo de su juicio. Wells piensa que una de las causas del fascismo es el deficiente desenvolvimiento de la enseñanza secundaria y superior en la nación italiana. Las malas escuelas, los insuficientes colegios, han sido a su juicio el primer factor del sentimiento fascista. Pero este concepto no tiene el sentido general que necesitaría para ser admitido y sancionado. Wells parece localizar el defecto en la enseñanza secundaria y uni-

versitaria y, más específicamente todavía, en la enseñanza de la geografía y la historia universales.

Y este gesto denuncia al inglés. El Imperio Británico no sería concebible sobre la base de un pueblo poco instruido en la geografía universal. El inglés es obligadamente el hombre para quien tiene más importancia la geografía. Un hombre culto de Bélgica o de Suiza, puede ignorar esta ciencia; un inglés no. Sin un sólido conocimiento de la geografía, Inglaterra no estaría en grado de conservar ni el dominio de los mares ni su imperio colonial en todos los continentes. Se explica, por consiguiente, que un profesor inglés considere escasamente instruidos en geografía a todos los hombres de otras nacionalidades. Y lo mismo sucede en lo tocante a la historia. La historia y la sociología, en concepto de un inglés, no tiene casi otro objeto que el de demostrar cómo todo el progreso humano culmina en el Imperio Británico y cómo la evolución de la especie culmina en el inglés.

Hay otra razón para que el fascismo le parezca a un profesor inglés el resultado de una particular ignorancia de la geografía e historia universales. Esa razón es que el fascismo es imperialista. Los fascistas se proponen restaurar el imperio romano. El sueño de Mussolini mira a la reconstrucción de la Roma imperial. Por ende molesta particularmente el sentimiento imperialista de todo ciudadano británico. Este no puede explicarse el ideal fascista sino como el fruto de una incipiente y retardada instrucción en geografía e historia.

El evolucionista no está, por cierto, menos presente y visible en H. G. Wells y sus opiniones. Como que es consustancial con el inglés y el pedagogo. Toda la pedagogía de ante-guerra reposa en una fe absoluta en el dogma del progreso. Y el evolucionismo, en todos sus planos, se precisa cada día más claramente como un producto típico de la mentalidad británica. Todas las tesis evolucionistas tienden a probar fundamentalmente que el futuro hu-

mano será una continuación de la historia inglesa, que corona el esfuerzo de todas las razas y todas las culturas.

Si la Gran Bretaña y el evolucionismo no estuvieran en crisis, si muchos síntomas no señalaran su decadencia, las opiniones de Mr. H. G Wells, sobre el fascismo, serían mucho más considerables y trascendentes. Pero en nuestros días, el fascismo, en verdad, tiene poco que temer de la crítica reformista y democrática, aunque provenga de un escritor de la estatura de Wells. Con el sencillo y gastado arsenal evolucionista y liberal no es posible ya una seria ofensiva teórica contra el fascismo y su **condottiero**. El pensamiento y la acción revolucionarias, como el mismo Mr. Wells lo reconoce con sus "dudas sobre la democracia", tienen armas más modernas más tudentes.

LA DECADENCIA DE INGLATERRA*

La decadencia más cierta y más visible de esta hora —aunque no la haya advertido todavía la crítica elegante de D. José Ortega y Gasset— es la decadencia de Inglaterra. El famoso **Untergang des Abendlandes**, de Spengler, se reduce, quizá políticamente, al **Declin of England** de León Trotsky. La tesis del profesor alemán, les parece sin duda a los intelectuales burgueses, más controlable y verificable que la tesis del revolucionario ruso. Pero la razón de esto es que la tesis de Spengler, representa una filosofía de la historia, mientras la tesis de Trotsky traduce la dialéctica de la revolución.

Del tramonto de Inglaterra tenemos mil pruebas concretas. Las dos últimas más irrecusables y fehacientes son: Primera, la pérdida de la concesión de Han Kow, ocupada militarmente por los revolucionarios chinos con grave ofensa para la majestad británica. Segunda, el allanamiento de las oficinas de la Arcos Company y de la delegación comercial soviética en Londres. El primer he-

* Publicado en **Varietades**, Lima, 21 de mayo de 1927.

cho señala, una gran derrota material y moral del imperio colonial británico en Asia. El segundo denuncia la quiebra de la corrección y del **faire play** en la conducta oficial británica en Europa. Los dos hechos constituyen dos síntomas diferentes, interno el uno, externo el otro, de la decadencia de la Gran Bretaña. El procedimiento de invadir una oficina amparada usualmente por la inmunidad diplomática, secuestrar sus papeles, violar sus cajas fuertes, registrar a sus empleados, hombres y mujeres, tiene todas las apariencias de un procedimiento bolchevique y revolucionario. Y es de un gran alcance su incorporación en la técnica de la policía de Inglaterra, porque indica la ruptura de un resorte capital de la conducta británica.

Pero éstos son sólo los signos más evidentes y materiales de que Inglaterra declina. En su historia contemporánea encontramos signos más profundos de este fenómeno. Aparentemente, o más bien, materialmente, Inglaterra alcanzó el máximo de su potencia y de su expansión cuando se suscribieron los tratados de paz que pusieron término a la gran guerra. Mas, en realidad, las bases de la grandeza británica empezaron a mostrarse seriamente minadas desde antes. La decadencia de la Gran Bretaña comenzó en el instante en que entraron en crisis el liberalismo, parlamentarismo y el evolucionismo, más o menos ortodoxamente adoptados por la humanidad bajo la hegemonía británica. Y económica y técnicamente, la Gran Bretaña perdió la primacía, desde que la electricidad y el petróleo, revolucionaron la industria y los transportes. La industria británica y, por ende, el Imperio Británico, reposaban sobre el carbón. Por consiguiente a medida que el petróleo y la electricidad han reemplazado al carbón en la industria y los transportes, la omnipotencia británica ha quedado socavada. La lucha por el petróleo entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, se presenta así como la más importante competencia entre los dos grandes países industriales y capitalistas.

La revisión de las más características ideas del siglo XIX, no es en verdad sino una revisión de ideas inglesas. La Gran Bretaña ha

sido, en los tiempos de su absoluto predominio, la proveedora de ideas y de cosas fundamentales de la humanidad. Los principios de la Antropología, la Sociología y otras ciencias sustantivas han tenido origen e impronta británicos. Y han servido espiritual e intelectualmente a reforzar y extender el imperio político de la gran Bretaña. El darwinismo, por ejemplo, que ha dominado por tanto tiempo el pensamiento científico del mundo, y que ya otra vez he calificado como un producto típico del genio y la mentalidad británicos, ha alimentado y sostenido un evolucionismo integral que entre otras cosas tiende a justificar el triunfo y el imperio del pueblo inglés sobre los demás pueblos. El monogenismo de la escuela sociológica inglesa que atribuye a todas las sociedades el mismo proceso, tiene también los rasgos de una teoría destinada a confirmar la superioridad inglesa.

La Gran Bretaña ha conservado una casi exclusiva de las ideas directrices en las ciencias de mayor importancia política. En las otras ciencias no ha mostrado igual empeño de predominio. Las ha abandonado en no pocos casos a otros pueblos occidentales. Y lo mismo ha procedido en el campo industrial. Se ha reservado la función de proveedora de las mercaderías sustantivas. No le ha importado ceder a Francia la hegemonía de la moda femenina, pero ha acaparado la técnica y los materiales de la moda masculina. Ninguna convicción está tan difundida y arraigada en el mundo como aquella de la superioridad de los casimires ingleses. El Imperio de la Gran Bretaña ha sido, ante todo, el imperio del carbón y del casimir. Inglaterra ha cardado e hilado durante mucho tiempo la lana del mundo para tejer la malla de su imperio. Y el hombre de tipo occidental y "civilizado", ha sido en este tiempo el hombre que se ha vestido y ha pensado a la inglesa.

Ahora todo este colosal andamiaje se derrumba. El evolucionismo, en todos sus aspectos, sufre una revisión despiadada. La idea inglesa —peculiar del imperialismo sajón— de la superioridad absoluta e incontestable del blanco caduca irremediabilmente. El parlamento no mantiene ya su autoridad ni en la propia Inglaterra

donde la lucha de clases atrofia poco a poco su función clásica. Los principios cardinales y los productos mayores de la Gran Bretaña tienen que afrontar una concurrencia creciente, en condiciones cada vez más desventajosas.

Bernard Shaw es probablemente uno de los ingleses que más lúcidamente se dan cuenta de la crisis británica. Pero el mismo Shaw no consigue liberarse plenamente de todas las supersticiones inglesas. Su socialismo en el fondo, es siempre un socialismo fabiano. Vale decir un socialismo de trama liberal.

LA RUPTURA ANGLO-RUSA*

No se puede decir en rigor que la ruptura de relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Rusia, interrumpa o amenace la paz entre el capitalismo británico y el comunismo ruso, por la sencilla razón de que esa paz no ha existido nunca. El gobierno inglés y el gobierno bolchevique, entraron primero en negociaciones y después en relaciones diplomáticas, para hacerse mejor la guerra. El estado de guerra, activo o latente, visible u oculto, no ha cesado entre uno y otro gobierno desde el nacimiento del de los soviets. La lucha ha tenido en los nueve años transcurridos desde la revolución de octubre, diversos grados de intensidad, distintas fases de desarrollo, pero en ningún momento ha sido ni ha podido ser suspendida por una ni otra parte. No obstante el período llamado de estabilización capitalista, ni el capitalismo ni el comunismo han desarmado.

Inglaterra rompe con Rusia por razones de política inglesa. El gobierno conservador, forzado por la lógica de la situación, más que por la presión de sus extremistas, se encuentra en el caso de actuar una política resueltamente reaccionaria. El éxito de esta ofensiva, —que en el orden interno tiene su expresión en el **bill** contra la huelga y en el orden interno en la ruptura con Rusia—,

* Publicado en **Varietades**, Lima, 4 de junio de 1927.

es para los conservadores, más precisamente para el método conservador, una cuestión de vida o muerte. La propaganda comunista no se ha hecho más amenazadora que antes en Europa. Por el contrario, en los países occidentales, como una consecuencia de las ilusiones, y también de las realidades, del período de estabilización capitalista, esa propaganda ha perdido terreno. Pero, en cambio, la agitación revolucionaria se ha tornado inquietante en Asia y África, donde ataca y socava las posiciones del Imperio Británico. En especial, la revolución china ha costado al imperio inglés —al "orgullo" y al "prestigio" ingleses— muy caras derrotas. Y de todo esto, el gobierno conservador de Baldwin necesita culpar a Rusia, para justificar integralmente su política agresiva frente a las revoluciones nacionales de Oriente y frente a la propia clase obrera inglesa.

Lo que está inmediatamente en peligro es el Imperio Británico. El capitalismo occidental, puede subsistir, ciertamente, después de que hayan desaparecido la hegemonía y la potencia inglesas. Mas al gobierno de Inglaterra le toca sostener que esto no es posible y que la suerte del Imperio Británico y de la sociedad capitalista son consustanciales y están mancomunadas.

El hecho de que, verdaderamente, no lo sean, constituye el signo más evidente de que la Gran Bretaña ha perdido el primer puesto en la política mundial. El eje de la organización capitalista se ha desplazado de Inglaterra a los Estados Unidos. ¿En qué instante se ha cumplido, precisamente, este desplazamiento? Tal vez no sea posible decirlo, del mismo modo que no es posible asir exactamente el instante en que concluye el día, sin que por esto sea posible dudar luego de la llegada de la noche. Antes, la Gran Bretaña al hacer una política británica hacía una política europea y occidental. Uno y otro hecho, uno y otro término se identificaban. Ahora, vemos claramente que esto no sucede ya. La Gran Bretaña ha dejado de representar los máximos intereses materiales y políticos de la civilización capitalista. Económica, y por ende políticamente, Europa cae, cada día más, bajo la dependencia de los

Estados Unidos. Y la Gran Bretaña no puede sustraerse a este destino. Es probable que la señal del desplazamiento del eje capitalista de Inglaterra a Estados Unidos haya sido la suscripción del plan Dawes. Imponiendo a Europa este modo de arreglo de la deuda alemana, los Estados Unidos volvieron a asumir en la liquidación de la guerra la función que les dio Wilson en las conferencias de la paz antes del fracaso práctico de su programa de reorganización mundial.

Rusia y Estados Unidos son hoy los dos polos de la historia del mundo.

Por esto, al romper sus relaciones con Rusia, la Gran Bretaña ha ejecutado un acto de mucha menor trascendencia mundial que hace tres años al restablecerlas. Entonces el reconocimiento británico, reforzó en el Occidente la posición del gobierno de los Soviets. Hoy la ruptura no la debilita, evidentemente, en la misma medida. Alemania necesita mantener su colaboración comercial con Rusia. Italia, dentro del programa imperialista de Mussolini, tiene que seguir en sus asuntos internacionales, y sobre todo respecto de Rusia, una línea italiana más bien que una línea británica. Francia, bajo la dirección de un piloto tan reaccionario y pequeño-burgués como Poincaré, seguirá denunciando estridentemente la revolución rusa como un crimen de lesa civilización; pero frente a Rusia, como frente a la China, se guardará de comprometer inútilmente su posición en obsequio a Inglaterra.

La actitud inglesa ha alcanzado su máxima potencia cuando han hablado aprobándola, por boca de uno de sus embajadores, los Estados Unidos. Pero esta declaración yanqui no podía faltar. Justamente porque los Estados Unidos son en la actualidad la sede del capitalismo, deben sostener a la Gran Bretaña contra Rusia. Claro que esta solidaridad se limita a los intereses generales de la civilización occidental o capitalista, sin abrazar, mínimamente, los intereses particulares del Imperio Británico, en frecuente contraste con los del Imperio yanqui.

Rusia ha pretendido en la Conferencia Económica de Ginebra que los representantes de las naciones participantes en esa asamblea internacional, proclamasen como postulado fundamental de la reconstrucción económica de Europa, el reconocimiento categórico de que el sistema capitalista y el sistema socialista pueden coexistir. La conferencia se ha clausurado sin resolver este problema; pero tampoco ha podido descartarlo. Y sus conclusiones entrañan la confesión tácita de que muy poco es lo que se puede avanzar efectivamente en un trabajo de restauración europea sin resolver el problema planteado por Rusia. La ruptura anglo-rusa significa un paso atrás en el camino de su solución. Este hecho define el sentido y el alcance de la conducta inglesa mejor que ningún otro. La presenta en oposición con intereses y necesidades de la economía europea que los técnicos de ese continente, reunidos en Ginebra, han tenido que reconocer.

EL PROBLEMA DEL DESARME*

El complicado proceso de la conferencia tripartita de Ginebra para la limitación de los armamentos navales, revela el carácter abstracto y teórico que tiene hasta hoy la idea del desarme. No es improbable que el resultado paradójico de estas y otras conferencias sea para algunos países la necesidad de aumentar sus construcciones navales. El Japón, —que no se caracteriza por cierto en nuestra época como un Estado pacifista—, encuentra inaceptable el tonelaje sobre el cual están dispuestos a entenderse Inglaterra y los Estados Unidos.

En estas conferencias no se trata de desarme propiamente dicho, sino tan sólo de limitación de armamentos. Ni sus debates ni sus acuerdos miran a asegurar la paz. Aspiran apenas a establecer un equilibrio que evite, por un período dado, una competencia desordenada en las construcciones navales.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 16 de julio de 1927.

Las grandes potencias buscan el acuerdo respecto a los armamentos por razones esencialmente económicas. El trabajo de estabilización capitalista que del plan Dawes condujo al tratado de Locarno, exige ahora una reducción en los gastos navales de las potencias. Esta exigencia es especialmente imperiosa para Inglaterra que se esfuerza por adoptar una política de severas economías fiscales. Estados Unidos, empresario de la civilización europea, tiene por su parte que renunciar a toda exageración de su política armamentista que ponga en peligro las finanzas europeas, en cuya convalecencia se encuentra profundamente interesado por el crecimiento de sus acreencias e inversiones en el viejo continente.

De esta angustiosa necesidad de la economía capitalista y no de los principios de la Sociedad de las Naciones —y mucho menos del llamado espíritu de Locarno, a cuyos más conspicuos intérpretes ha tocado esta vez el premio Nobel de la paz— nace el difícil debate de la limitación de armamentos. Los Estados capitalistas, en especial los europeos, han menester de un período de prudente parsimonia en los gastos de barcos o cañones. No renuncian, absolutamente, a su derecho a hacerse la guerra en el porvenir. Sólo están más o menos acordes en suscribir un statu quo de pacífica rivalidad.

Pero el problema de la limitación de armamentos no es, prácticamente, un problema fácil de resolver. De un lado se opone a su solución la competencia de los imperialismos. De otro lado la estorba la propia organización industrial de las potencias. Desmovilizar la industria de guerra en una época en que las industrias de paz, si así es posible calificarlas, atraviesan una dura crisis de superproducción y **chômage**, resulta una empresa quimérica. Ciertamente que nadie habla de desmovilizarla en grande, del mismo modo que nadie habla de desarme sino de limitación de armamentos; pero su tendencia al crecimiento no permite prever hasta qué punto sea posible frenarla, sin engendrar otros problemas de desequilibrio en el plano económico.

Definitivamente tramontado el período de las esperanzas wilsonianas, la elocuencia pacifista de Paul Roncour y de los demás grandes retores de la democracia, no basta para que el mundo se encamine hacia la paz y el desarme. Los grandes Estados capitalistas han entrado, fatal e inevitablemente, en la fase del imperialismo. La lucha por los mercados y las materias primas no les permite fraternizar cristianamente. De modo inexorable, los empuja a la expansión.

¿Quién puede creer seriamente garantizada la paz europea mientras el Estado fascista cifre en la guerra y, en todo caso, en la fuerza la realización de sus ideales imperialistas? El último discurso de Mussolini no consiente, a este respecto, ninguna ilusión pacifista. Mussolini prepara a su pueblo material y espiritualmente para la guerra. La suerte del Estado fascista es inseparable de los resultados y consecuencias de esta política. El **duce** del fascismo sabe que no es el momento de lanzar a Italia a una aventura. Oportunista extraordinario, acecha su hora. Piensa íntimamente que el golpe de mano que lo convirtió en amo de los destinos de Italia hace cinco años, pueda tal vez repetirse en mayor escala. Por lo pronto se contenta con definir al espíritu fascista como un espíritu de guerra y de expansión. El Estado fascista impone al pueblo, en nombre de sus fines imperialistas, una disciplina militar. (Mussolini se ha puesto a la cabeza de la lucha contra el celibato. Y, en su último discurso, denuncia el peligro de los matrimonios estériles. Italia necesita ser dentro de veinte o treinta años una nación de sesenta millones de hombres).

Además de los imperios en acción, existen, pues, los imperios en potencia. Al lado de los imperialismos viejos, se oponen a la paz del mundo los imperialismos jóvenes. Estos tienen un lenguaje más agresivo y ardoroso que los primeros.

La limitación de los armamentos navales, discutida en Ginebra, puede parecerle a más de un pacifista de viejo tipo un paso hacia el desarme. Pero la experiencia histórica nos prueba en una forma

demasiado inolvidable que, después de varios pasos como éste, el mundo estará más cerca que nunca de la guerra.

AUSTRIA Y LA PAZ EUROPEA*

La llamarada súbitamente encendida en Viena, ha arrojado una luz demasiado inquietante sobre el panorama europeo que — según las descripciones, prolijas unas veces, simplistas otras, de sus observadores— parecía ya reajustado por el trabajo de estabilización capitalista, al cual están entregadas con alacre voluntad las naciones de Occidente desde que Alemania y Francia signaron el plan Dawes. Ahora resulta evidente que las bases de esa estabilización, destinada según sus empresarios a asegurar la pacífica reconstrucción de Occidente, son asaz movedizas y convencionales. Cualquiera de los problemas de la paz sin solución todavía, puede comprometerlas irreparablemente. El problema de Austria, que acaba de hacerse presente, por ejemplo.

Este problema, a juicio de los optimistas, había sido, ante todo, un problema económico, — nacido de la separación de Austria de los pueblos que antes habían compuesto juntos el Imperio de los Hapsburgos—, que la gestión sagaz del Canciller, Monseñor Seippel, tenía prácticamente resuelto con los créditos patrocinados por la Sociedad de las Naciones. Las dificultades subsistentes aún, se resolverían mediante convenios aduaneros con los Estados independizados, o por el gradual reactivamiento de la producción manufacturera.

En contraste completo con estas beatas conjeturas, los últimos sucesos de Viena demuestran que el proletariado austriaco no se siente demasiado distante de los días post-bélicos en que agitaba a las clases trabajadoras europeas un espíritu de violencia. Los teóricos de la democracia veían en esta violencia un mero fruto de la atmósfera material y moral dejada por la guerra. Es posible

* Publicado en **Variedades**, Lima, 23 de julio de 1927.

que en algunos casos episódicos haya sido acertado su diagnóstico; pero, en tesis general, hay que inclinarse a creer que la violencia proletaria acusa factores más propios. La marejada de Viena no ha sido menor que ninguna de las que, sin obedecer a un plan de golpe de Estado, se produjeron en Europa, por estallido espontáneo, en los primeros años de la post-guerra.

El hecho de que su origen no haya sido un conflicto del trabajo sino una sentencia judicial estimada injusta, no atenúa en lo más mínimo el valor de este movimiento como síntoma del estado de ánimo del proletariado austriaco. Y, por otra parte, es imposible que a la creación de este estado de ánimo no concurren los resultados negativos de la obra que se creía más o menos cumplida por Monseñor Seippel en colaboración con los banqueros americanos y europeos. Todos los datos últimos de la economía austriaca denuncian la subsistencia de una crisis industrial a la cual no es fácil encontrar salida. Austria, pueblo principalmente industrial, carece de materias primas bastantes para la alimentación de su industria. Por la insuficiencia de su agricultura, tiene un fuerte déficit alimenticio. El desequilibrio entre la producción y el consumo mundiales, no le consiente esperar, de otro lado, un crecimiento salvador de su comercio extranjero. Estas cosas no las resuelven los créditos de la Sociedad de las Naciones.

Los días de Viena no son ya tan duros como aquellos de 1922 — y de julio precisamente— en que Cesar Falcón y yo vimos caer hambrienta y agónica a una mujer en una acera del Rhin. Pero la política austriaca continúa como entonces sin encontrar su equilibrio. Lo prueba, políticamente, en forma incontestable, el hecho de que el socialismo, que tiene el rol de opositor, haya conservado íntegra, y tal vez acrecentada, su gran influencia sobre las masas. El gobierno de Monseñor Seippel ha tenido necesidad de la cooperación solicita del partido socialista para contener la insurrección. El próximo gobierno se constituirá, a lo que parece, con la participación de los socialistas.

El partido socialista que, con el partido cristiano-social encabezado por Monseñor Seippel, se divide la gran mayoría de los electores, tuvo en sus manos el poder de 1919 a 1920. Acomodó en ese período su política al mismo criterio reformista que la social democracia de Ebert y Scheidemann en Alemania. En su activo no se registra sino una alerta defensa de las instituciones republicanas y un conjunto de leyes sociales y obreras. Del gobierno lo desalojaron los cristianos-sociales y los nacionalistas que ocupan el tercer puesto entre los partidos austriacos, aunque a buena distancia de los dos mayores. Pero, bajo el prudente gobierno de Monseñor Seippel, ha continuado influyendo, con una oposición más o menos colaboracionista, según los instantes en la política gubernamental de este período. Y, si ahora se habla de su retorno al poder o de una segunda coalición con los cristianos-sociales, es porque la política de éstos no ha sido capaz ni de realizar todo lo que prometió en el orden económico e internacional ni de sustraer a las masas al dominio de los socialistas.

El socialismo austriaco no tiene, evidentemente, un criterio uniforme. Entre sus dos alas extremas, reformismo y comunismo — éste forma un partido autónomo, pero aplica a todas las luchas el método del frente único— no es probable ningún compromiso teórico. Parten de puntos de vista radicalmente opuestos. Otto Bauer, el famoso **leader** del partido austriaco, es uno de los teóricos máximos de la social-democracia. En esta oposición, le ha tocado, al lado de Kautsky y otros, sostener una polémica histórica con Lenin y Trotsky. El fracaso de la praxis social-democrática en Alemania, y en la misma Austria, después de la Revolución de 1918, no ha modificado la actitud de Bauer. No hay, pues, que sorprenderse de encontrarlo una vez más en abierto conflicto teórico y práctico con los comunistas de su país. Estos no constituyen un partido de importancia numérica, pero en cambio se mantienen estrechamente articulados con las masas obreras, de suerte que en cualquier momento propicio pueden ejercer sobre éstas un influjo inmensamente superior al que corresponde a su número.

El problema económico, político e internacional de Austria, — que, contra un tratado defendido tan celosamente por Italia y Francia, pugna por unirse a Alemania—, ha recordado de pronto a los buenos y a los malos europeos lo artificial y deleznable de la paz y el orden de Europa.

EL PARLAMENTO DE PRIMO DE RIVERA *

La dictadura española ha querido celebrar su cuarto aniversario con la convocatoria a la asamblea nacional tantas veces prometida por Primo de Rivera desde que, conchabado con don Alfonso XIII, restauró en España, con especiosos disfraces, la monarquía absoluta. Esta asamblea debía haber sido —conforme al ambicioso designio de Primo de Rivera, cuando enfáticamente anunciaba la inauguración de un nuevo régimen destinado a rehacer España—, una asamblea con poderes de constituyente. Pero en estos 4 años los planes de la dictadura han sufrido más de una metamorfosis. La idea de la asamblea nacional ha encontrado, según se ha dicho, no poca resistencia en la propia monarquía, temerosa de dar un paso excesivo, superior a su mediocre y achulado oportunismo borbónico. Varias veces la convocatoria a la asamblea ha parecido inminente; otras tantas la ha frustrado el desgano de don Alfonso para esta gruesa jugada. Y en esta difícil gestación la asamblea se ha achicado a tal punto que ahora que nos la enseñan al fin nacida, casi no la reconocemos. No porque la esperásemos más o menos apta y válida, sino porque no es la misma de que Primo de Rivera, con jactanciosa paternidad, nos había anticipado el diseño.

La asamblea de Primo de Rivera, conforme a la descripción que nos ofrece de todas sus piezas y funciones el decreto de convocatoria, es un modesto instrumento de legislación, de facultades muy restringidas, que recibe sólo el encargo de elaborar el anteproyecto de la reforma constitucional. El personal, de elección

* Publicado en **Varietades**, Lima, 17 de setiembre de 1927.

real, pretenderá representar nada menos que a la nación, pero, en verdad, no representará sino a la clientela de la dictadura. La representación subsidiariamente acordada a algunas categorías del trabajo intelectual o manual no alcanzará a conferir una autoridad siquiera aparente a este parlamento larvado.

Habría sido bastante comprometedor para la monarquía española el confiar a una asamblea designada por el rey la reforma de la Constitución. Por esto, la facultad de la asamblea ha quedado reducida a la mera confección del proyecto respectivo. La reforma resulta así aplazada al menos por los tres años fijados como término a la asamblea. Este plazo de tres años es también, en consecuencia, el que provisoriamente se señala a sí misma la dictadura para continuar su experimento.

Desde su aparición, esta dictadura se ha presentado modestamente como un gobierno a plazo fijo. No ha osado atribuirse la misión de reorganizar por sí misma el Estado español. Primo de Rivera ha comprendido siempre que debía renovar periódicamente a sus compatriotas la garantía de su interinidad. El lenguaje de su gobierno, hasta en sus más fanfarronas proclamas, es íntimamente el de un gobierno provisorio.

Esta es una de las cosas que más profundamente diferencian a la dictadura de Primo de Rivera de la de Mussolini. El fascismo no conoce la preocupación del plazo. Se siente definitivo y perdurable. Emprende sus reformas, directa e inmediatamente. Tiene una idea mística de su función histórica. Además de todo lo que personal e intelectualmente separa a Mussolini de Primo de Rivera, los distingue y distancia, desde un punto de vista político, el hecho de que el primero tiene tras de sí un partido fuertemente organizado, mientras el segundo se apoya en un sequito precario de elementos sin cohesión, congregados eventualmente en turno suyo por el influjo del poder.

Primo de Rivera tiene siempre el aire de pedir permiso para seguir. Mussolini obra como si estuviera totalmente seguro del consenso indefinido de su pueblo. El general jueguista ignora aún la magnitud de su aventura. Teme mucho los riesgos de exagerarla. Puede ser que ambicione la duración ilimitada de su poder. Pero se propone ganarla por prórrogas sucesivas, como una suma de interinidades.

Basta este rasgo para juzgar la incurable mediocridad de la dictadura española, cuya subsistencia se explica únicamente como el resultado de un conjunto de circunstancias y elementos negativos: la descomposición de los viejos partidos constitucionales; el descrédito del régimen parlamentario; la impotencia de los líderes liberales o reformistas; la inmadurez del proletariado, cuya educación revolucionaria ha sufrido de una parte la influencia enervante del socialismo domesticado y de otra parte el efecto disolvente del sindicalismo anarquista.

La esperanza de los políticos desalojados del gobierno y del parlamento por el golpe de estado de Primo de Rivera, se ha alimentado hasta ahora de la confianza en la incapacidad constructiva de la dictadura, sin tener en cuenta su propia insolvencia en este plano. En vez de una actitud positiva y combatiente, han preferido oponerle una actitud pasiva y expectante. Licenciados por el rey, no han sabido rebelarse contra la monarquía desleal al pacto del cual emana su autoridad. Hoy mismo, la convocatoria de esta asamblea, que cancela sus ilusiones —porque dentro de tres años el desamparo de los viejos políticos será más grande aún que ahora— en vez de empujarlos a una acción de resuelta defensa de los principios liberales contra la monarquía, les inspira apenas el gesto inocuo e impotente de retirarse a la vida privada o de reprochar, melancólicamente, al rey, una infidelidad que están, sin embargo, dispuestos a perdonarle. El único documento serio, entre los que recogen la protesta o la queja de los políticos despedidos del servicio real, parece ser la carta de Sánchez Guerra, porque recuerda a Alfonso XIII que su familia reina en España por haber

representado el principio de la monarquía constitucional en oposición al principio de la monarquía absoluta encarnado por el carlismo.

Si esta tesis hubiese sido sostenida por todos los líderes de los grupos constitucionales en una forma beligerante y agresiva es probable que Alfonso XIII, no habría autorizado a Primo de Rivera a esta continuación de su aventura.

MAXIMILIANO HARDEN*

Si nos atenemos a cierta versión, a la cual se ha concedido siempre largo crédito, la biografía política del célebre panfletista Maximiliano Harden, que acaba de fallecer en Suiza, no representaría sino el agitado epílogo del drama de Bismarck. La oposición de Bismarck a Guillermo II, —condenada a emboscarse en unas memorias destinadas por el creador del Imperio Alemán a una posteridad que no se imaginó nunca tan próxima—, sería originaria y fundamentalmente responsable, según esa versión, de las ardorosas campañas de Harden contra el régimen que se derrumbó en Alemania en 1918. Opiniones adictas a Harden han pretendido, por lo menos, que si Bismarck hubiera permanecido en el Gobierno, el destino del director de "Die Zukunft" habría sido muy diverso. En vez de agotarse en un trabajo negativo, Harden hubiera jugado en la historia de su patria un rol constructivo y realizador.

Pero esta hipótesis, enderezada a defender a Harden del reproche que le han dirigido reiteradamente las izquierdas doctrinarias, aludiendo al carácter individual y arbitrario de su obra, reposa sólo en el dato de la amistad que ligó al tormentoso polemista con Bismarck, en los últimos años de éste. Y prescinde con excesiva parcialidad de la influencia, sin duda decisiva, que tuvo en la

* Publicado en **Varietades**, Lima, 5 de noviembre de 1927.

aproximación y el consorcio de estos hombres, el amargado ostracismo del poder en que se encontraba el viejo Bismarck.

El "Vorwaerts" ha reafirmado la antigua tacha en el adusto responso que ha pronunciado sobre la tumba de Harden. El cable nos ha comunicado solícitamente las sarcásticas palabras con que el órgano social-democrático, sitúa en el pasado al aguerrido panflelista que, al dirigir durante treinta años un periódico titulado "Die Zukunft" (El Porvenir) se remita, desdeñoso de su presente, al juicio de la posteridad.

El sino de Maximiliano Harden ha sido el de vivir perpetuamente exilado. Le tocó combatir al Imperio, al parecer por causa de la caída de su Gran Canciller, y en todo caso, sin que su temperamento ni sus mismas ideas, fuesen inconciliables con el régimen imperial. Y, sin embargo, el espíritu de Weimar, que habla ahora por boca de "Vorwaerts" no sabría, más tarde, adoptarlo. Ni el Imperio ni la República lo reconocen suyo. Y el futuro, al cual apeló desesperadamente, lo devolverá inexorable al pasado contra el cual tronó colérico.

Era, ciertamente, un espíritu sin órbita. Uno de esos espíritus cometas que inquietan y perturban con sus apariciones un orden que parece serles perennemente extraño. Su obra cambió muchas veces de rumbo. Tuvo, casi invariablemente, una función negativa, disidente. No le preocupó jamás la coherencia, ni siquiera la coherencia consigo mismo. A pesar de sus intrépidas campañas contra el Kaiser y su corte, no le correspondió, por eso, un papel activo en la revolución. La nueva Alemania, le rehúsa el derecho de ocupar un sitio en sus rangos. No obstante el renombre mundial que alcanzó durante un proceso, en el cual se comportó valientemente, acusando a poderosos magnates de la Corte, Harden era de la familia romántica de los que se quedan en la anécdota, después de tocar tesoneramente a las puertas de la Historia.

Le falta para entrar en la Historia, el título que únicamente se gana en el combate regular. Porque aunque combatió como pocos, su acción fue siempre de guerrillero, de franco tirador. Y, por indisciplinada, por arbitraria, careció de virtud creadora. Individualista, caprichoso, Harden luchó contra el pasado pero no por el porvenir. Parecía predestinado a la contradicción. La guerra, lo tomó pacifista; la paz lo volvía guerrero.

Sería injusto, sin embargo, regatearle el mérito de haber batallado bizarramente, contra Guillermo II y su corte en una época en que la propia social-democracia, —esto es el ejército de la revolución—, se mostraba excesivamente respetuosa a la Monarquía, satisfecha de su cómodo crecimiento dentro del marco dorado del Imperio. Harden, un disidente de la monarquía, se comportaba ante ésta con mucho más atrevimiento que los prosélitos de la república socialista.

Por este mérito, el fanatismo nacionalista y monárquico, le tenía un odio acanito. En 1922, este odio llegó al atentado personal. Fue el año del asesinato de Walter Rathenau, el líder demócrata. Con Rathenau tramontó para siempre la esperanza fatigada del veterano polemista.

OCIDENTE Y ORIENTE*

No es, en verdad, infundada la tesis de que la corriente del orientalismo mesiánico desde hace algún tiempo se propaga entre los intelectuales y artistas europeos, acusa un sentimiento de decadencia, derrotismo y desilusión. En la actitud de algunos "orientalistas" sería excesivo ver otra cosa que legítima curiosidad por culturas y tradiciones, cuyo valor reivindicar de un lado, el relativismo histórico, y de otro lado, el espíritu universalista, dominantes ambos en la inteligencia contemporánea. Pero en la actitud de otros "orientalistas" —de los que melancólica y súbitamente

* Publicado en **Varietades**, Lima, 26 de noviembre de 1927.

desencantados de Occidente, se vuelven ansiosos al Asia por pura decepción— aparece evidente la abdicación de las mejores cualidades creadoras del pensamiento occidental. El Occidente es, ante todo, acción, voluntad, energía. Su civilización es la obra magnífica de estas fuerzas que han alcanzado un grado místico de exaltación creadora. Por consiguiente, todo éxtasis morboso, ante los misterios asiáticos, no puede dejar de conducirla a la desilusión.

Desde este punto de vista, es indudable que la defensa de Occidente, aún como la concibe el neotomismo, presenta un lado positivo y contiene un principio de salud. El "orientalismo" en la medida en que conspira contra el activismo y el voluntarismo occidentales, constituye un veneno. (En la América Indo-ibérica, tan proclive al deliquio y la divagación, este veneno acentúa su toxicidad). Los "llamados del Oriente", más que una esperanza, traducen una desilusión. Representan un orientalismo capitoso y delicuescente a cuyos mirajes se entrega con facilidad no sólo la generación neurótica y desesperada de Drieu La Rochelle, sino también la generación más experimentada y menos instable de Maeterlinck. Y aunque a su atracción son particularmente sensibles por su decepción rencorosa, las mentalidades reaccionarias, está observado que se rinden también a ella, enervadas por la estabilización capitalista, no pocas consciencias revolucionarias. Testimonio de esta nociva influencia, a pesar de las intenciones que atenúan su significación, es la invocación dirigida al gran Lama por los suprarrealistas franceses precisamente en los días de su aproximación al comunismo.

Mas, ni Henri Massis, ni ninguno de los ideólogos reaccionarios estudia con objetividad el orientalismo. En vez de esclarecer y demarcar sus alcances se entretienen en...¹

tan los efectos de la obra de Spengler, Keyserling, Herman Hesse,

¹ Falta una línea en la publicación de **Varietades**; carecemos de original en nuestro archivo para completar este párrafo. (N. de las E.)

etc., para atribuir a Alemania la responsabilidad del mal. Y, satisfecho su odio a Alemania, se obstina en seguida en identificar bolchevismo y "orientalismo", denunciando como un síntoma de relajamiento occidental, el gusto de la literatura rusa. Bolchevistas y emigrados —dice Massis— repudian el occidentalismo y se proclaman "euroasiáticos". Conclusión subjetiva y apresurada que reposa sólo en los sentimientos reaccionarios y chauvinistas de Massis.

Y si el diagnóstico es arbitrario, el remedio, como en anteriores artículos hemos visto, no lo es menos. El Cristianismo no puede repudiar al Oriente sin disminuir su origen y su misión. El esfuerzo neotomista por consustanciar el catolicismo con la latinidad y asentar sobre estas bases únicas la cultura occidental, olvida que la doctrina cristiana vino de Palestina y que se nutrió en su infancia, según tienen averiguado sus historiógrafos, de los mitos orientales asimilados por los griegos. Y que la ruina de la civilización romana tuvo, sin duda, su principio en la decadencia del orden moral y jurídico sobre el cual descansaba. Más que neotomismo se reconoce neo-paganismo en la tentativa que reivindica como valores primarios de la cultura occidental, el derecho romano y la filosofía aristotélica. El futurismo Marinettiano, antes de su absorción por el régimen fascista, se colocaba, franca y ultratramente en el terreno pagano, estigmatizando como degeneraciones o supersticiones incompatibles con la modernidad las tendencias humanitarias y pacifistas y aun la moral cristiana. Pero el futurismo, que lógicamente no se proponía ninguna anacrónica restauración del Medioevo, partía de una radical y estridente condena del cristianismo y del Papado, en la que cualesquiera que sean sus contagios paganos, no osarían jamás acompañarle los neotomistas franceses o italianos.

No se encontraría tampoco entre éstos uno solo que no convenga en que el título moral de Occidente, para extender en el mundo, con su civilización, su autoridad, procede del Evangelio de Jesús y no de la tradición greco-romana, cuyo envejecimiento quedó

prácticamente demostrado con la caída de Roma. Las cruzadas primero, la conquista de América después y todas las conquistas occidentales en seguida, como empresas del espíritu pertenecen a una civilización fecundada y elevada por el cristianismo. El derecho romano y la lógica aristotélica no habría bastado al Occidente en los últimos veinte siglos para convencer al mundo de la superioridad de su cultura. No le habrían bastado siquiera a Santo Tomás para elaborar la **Summa** que, sin el potente soplo cristiano, —oriental—, carecería ciertamente de virtud para engendrar hoy el neo-tomismo de Massis.

La precipitada definición del orientalismo como sucedáneo o equivalente del bolchevismo, arranca del erróneo hábito mental de solidarizar absolutamente la civilización occidental con el orden burgués. La revolución rusa, por mucho que su trayectoria la conduzca hoy al Oriente, no es en su espíritu un fenómeno oriental sino occidental. Su doctrina es el marxismo, que como teoría y como práctica no habría sido posible sin el capitalismo, esto es, sin una experiencia específicamente occidental. Lenin, Trotsky y demás líderes de la revolución rusa, son notoriamente hombres de inteligencia y educación occidentales. Su precursor teórico Plejanov, se caracterizó fundamentalmente como discípulo y expositor de Marx. Y si además de la de Marx, se nota alguna imponente presencia en la obra y el pensamiento de Lenin, es sin duda la de Sorel, francés, y occidental como Massis. Y como Massis, "burgués francés", agregaría Henri Johannet, empeñado en probarnos que la grandeza y la cultura y la aristocracia de Francia, son genuinamente burguesas, porque burguesía, para Johannet, no es la misma cosa que capitalismo.

El Occidente, sin Marx, sin Engels, sin Sorel, sin el socialismo teórico y práctico en una palabra, se habría ahorrado al bolchevismo. Marx —gritará el anti-semitismo de los reaccionarios— no era occidental, era judío. Pero no se podrá decir lo mismo de Engels y, sobre todo, de Sorel, que amaba tan poco a los hebreos.

El Occidente no se presenta nunca tan desarmado ante el Oriente renacido y tormentoso, — agitado por el pensamiento occidental—, como cuando pretende reducir su riqueza espiritual a lo puramente europeo, sea germano o latino. Su defensa exige que la civilización occidental no sea sólo civilización capitalista ni sea sólo civilización romana.

RUSIA EN GINEBRA*

Sin la presencia de Rusia, la conferencia preliminar del desarme, que acaba de celebrarse en Ginebra, habría transcurrido más o menos monótonamente. Un magnífico discurso de Paul Boncour habría acaparado, como tantas otras veces, los mejores aplausos, conmoviendo hasta las lágrimas a esos suizos perfectos, demócratas ortodoxos, de quietas y azules perspectivas lacustres, nutridos de excelentes ideales y sanos lacticinios, que constituyen por antonomasia la barra típica de todas las grandes asambleas de la paz. Discurso lleno de medida francesa, de claridad latina y de idealismo internacional, pulcra y sabiamente dosificado.

Pero con Rusia, la asamblea no podía tener ya este tranquilo curso. Rusia trastorna todos los itinerarios. La burguesía occidental emplea en su propaganda anti-soviética dos tesis que se contradicen y que, en consecuencia, se anulan y destruyen entre sí. Según la primera, Rusia representa el caos, la locura, el hambre, la utopía, el amor libre, el comunismo y el tifus exantemático. Según la otra, la revolución ha fracasado, el Estado ha vuelto al capitalismo, Stalin es un reaccionario, la "nep" ha cancelado el socialismo y no queda ya nada en el Kremlin que recuerde ni la doctrina de Marx ni la praxis de Lenin. Cuando un burgués de alta inteligencia y gran corazón como George Duhamel visita Rusia, desmiente el caos, la locura, el hambre, etc., y encuentra viva aún la revolución. Pero el mejor desmentido y la más resonante ratificación le tocan siempre a la propia Rusia soviética, cada vez que la Europa

* Publicado en **Varietades**, Lima, 10 de diciembre de 1927.

capitalista la convida a discutir un tema de reconstrucción mundial y a confrontar las ideas bolcheviques —supuestas bárbaras y asiáticas— con las ideas reformistas —occidentales, modernas y civiles—. En la Conferencia Económica, Rusia propuso al Occidente, como base de cooperación estable y efectiva, el principio de la legítima coexistencia de Estados de economía socialista y Estados de economía capitalista. Y, ahora, en la Conferencia Preliminar de Desarme, Litvinov y Lunatcharsky sostienen la doctrina del desarme radical, contra los propugnadores del semi-desarme homeopático: limitación de armamentos, difícil equilibrio, paz armada; sistema que, asegurando y garantizando ante todo el poder de los grandes imperios, mantiene el poderío bélico. En ambas ocasiones, la palabra de los delegados rusos ha sido la de los embajadores de un nuevo orden social. La Revolución se ha mostrado alerta y activa, a pesar de la tendencia europea a la estabilización.

Boncour ha opuesto al espíritu de Moscú, el espíritu de Locarno: Los pactos de seguridad son, a su juicio, el camino más seguro del desarme y, por tanto de la paz. Pero únicamente pueden suscribir de buen grado esta teoría los países como Francia, interesados en que se ratifique el actual reparto territorial. Alemania aspira a la revisión del tratado de Versalles. No aceptará ningún pacto con Polonia que sancione definitivamente el corredor de Danzitz y la división de la Alta Silesia. Polonia, por su parte, pretende que Alemania reconozca solemnemente sus fronteras del Este. Italia codicia mandatos territoriales. El **dux** del fascismo no disimula su política imperialista.

Estos dos factores desahucian, por ahora, la esperanza de Paul Boncour, cuya elocuente prédica pacifista traduce, de otro lado, con demasiada nitidez, los intereses de la política francesa. De suerte que si el Occidente capitalista no puede aceptar, en cuanto al desarme, la doctrina revolucionaria, tampoco puede actuar, efectivamente, la doctrina reformista. El reciente fracaso de las negociaciones entre Inglaterra, Estados Unidos y el Japón para la

limitación de los armamentos navales, no permite excesivas ilusiones respecto a la próxima conferencia de desarme.

No es posible, sin embargo, desconocer la significación de que en una solemne asamblea, en la que participan los mayores Estados del mundo, se discuta un tema que hasta hace muy poco parecía del dominio exclusivo de utopistas y pacifistas privados y se escucharan proposiciones como las de la Rusia soviética. Este hecho indica, contra todos los signos reaccionarios, que se avanza, aunque sea lenta y penosamente, hacia ideales de paz y solidaridad que aún los Estados que menos los aprecian, se ven forzados a saludar con respeto.

Los soviets han mandado a Ginebra a dos de sus hombres de espíritu más occidental y de cultura más europea. Litvinov, miembro del Consejo de Negocios Extranjeros, que reemplaza a Tchitcherine en este portafolio en todas sus ausencias, es uno de los más experimentados e inteligentes diplomáticos de la nueva Rusia. Lunatcharsky, humanista erudito, que hasta la revolución residió en Europa occidental y que desde 1917 trabaja alacrememente por afirmar el Estado ruso sobre un sólido cimiento de ciencia y de cultura, es también un hombre profundamente familiarizado con los tópicos y los hechos de Occidente. No es probable que Litvinov ni Lunatcharsky hayan sugerido a los asambleístas de Ginebra esa fatídica imagen de una Rusia oriental y bárbara con que se empeñan en asustar a la Europa burguesa algunos intelectuales fantasistas. Ni Litvinov ni Lunatcharsky —aunque agentes viajeros de la revolución— tienen traza de enemigos de la civilización occidental. Las calles de Ginebra y de Zúrich guardan muchos recuerdos de la biografía de desterrado y estudioso de Anatolio Lunatcharsky.

La ruptura anglo-rusa no ha bloqueado a los Soviets. La Sociedad de las Naciones sabe que su trabajo no puede prosperar sin la colaboración de Rusia, cuyo aislamiento, empujándola hacia el Asia, puede en cambio perjudicar a Europa mucho más que a

Rusia misma. Este es el criterio que, a pesar del incidente Rakowsky, domina en el gobierno francés, obligado a inspirarse en los intereses de sus innumerables tenedores de deuda rusa.

He ahí las principales indicaciones de la conferencia preliminar del desarme. El desarme mismo, por el momento, no es sino un pretexto. Lo más interesante es la maniobra de cada nación en torno a este tema.

1928

TROTSKY Y LA OPOSICIÓN COMUNISTA*

La expulsión de Trotsky y Zinoviev del Partido Comunista ruso y las medidas sancionadas por este contra la oposición trotskysta, reclaman una ojeada a la política interna de Rusia. La crítica contrarrevolucionaria, tantas veces defraudada por los acontecimientos rusos, se entretiene ya en pronosticar la inminente caída del régimen soviético a consecuencia de su desgarramiento intestino. Los más avisados y prudentes de sus escritores prefieren conformarse con la esperanza de que la política de Stalin y el partido representen simple y llanamente la marcha hacia el capitalismo y sus instituciones. Pero basta una rápida ojeada a la situación rusa para convencerse de que las expectativas interesadas de la burguesía occidental no son esta vez más solventes que en los días de Kolchak y Wrangel.

La revolución rusa, que como toda gran revolución histórica, avanza por una trocha difícil que se va abriendo ella misma con su impulso, no conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos. Es la obra de hombres heroicos y excepcionales, y, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon dentro del partido los debates violentos. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo, luego, con la superioridad y clarividencia de su pensamiento. Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían, sin embargo, muchas veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 25 de febrero de 1928. Revisado conforme al original que poseemos: el autor ha interpolado algunas palabras y suprimido o molificado algunos párrafos. (N. de los E.)

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto de un jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el partido comunista ruso. Trotsky se destacaba sobre todos sus compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky, como es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien, a su vez, —como lo atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución—, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la consciencia de un revolucionario. Pero, si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky no contaba con la confianza total del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su parte, no conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque. Por otra parte, Trotsky, según parece, no posee las dotes específicas de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres; no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular —equidistante del bolchevismo y del menchevismo— durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituado a la práctica concreta de líder de partido.

El conflicto entre Trotsky y la mayoría bolchevique, que arriba a un punto culminante con la exclusión del trotskysmo de los ran-

gos del partido, ha tenido un largo proceso. Tomó un carácter de neta oposición en 1924 con los ataques de Trotsky a la política del Comité Central, contenidos en los documentos que, traducidos al francés, se publicaron bajo el título de **Cours Nouveau**. Las instancias de Trotsky para que se adoptara un régimen de democratización en el partido comunista miraban al socavamiento del poder de Stalin. La polémica fue agria. Mas entre la posición del Comité y la de Trotsky cabía aún el compromiso. Trotsky cometió entonces el error político de publicar un libro sobre 1917, del cual no salían muy bien parados Zinoviev, Kamenev y otros miembros del gobierno, duramente calificados por Lenin en ese tiempo por sus titubeos para reconocer el carácter revolucionario de la situación. El debate se reavivó, con un violento recrudecimiento del ataque personal. Zinoviev y Kamenev, que hacían causa común con Stalin, no ahorraron a Trotsky ningún molesto recuerdo de sus querellas con el bolchevismo, antes de 1917. Pero, después de una controversia ardorosa, el espíritu de compromiso volvió a prevalecer. Trotsky se reincorporó en el Comité Central, después de una temporada de descanso en una estación climática. Y tomó a ocupar un puesto en la Administración

Mas la corriente opositora, en el siguiente congreso del partido, reapareció engrosada. Zinoviev, Kamenev y otros miembros del Comité Central, se sumaron a Trotsky, quien resultó así el líder de una composición heterogénea, en la cual se mezclaban elementos sospechosos de desviación derechista y socialdemocrática con elementos incandescentemente extremistas, amotinados contra las concesiones de la Nep a los kulaks.

Trotsky, por otra parte, es un hombre de cosmópolis. Zinoviev, lo acusaba en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino. Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo

sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente sienten su carácter y sus problemas nacionales.

Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso. Mientras tanto Trotsky, como Radek, como Rakovsky, pertenece a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica. Por ahora, a solas con sus problemas, Rusia prefiere hombres más simples y puramente rusos.

ESTACIÓN ELECTORAL EN FRANCIA*

Este año promete una buena cosecha a la democracia. Es un año esencial y unánimemente electoral. Habrá elecciones en Francia, Inglaterra, Alemania, la Argentina, etc. Y no sería normal, ni lógico que la democracia saliera ejecutada de una votación. El sufragio universal se traicionaría a sí mismo si condenase el parlamento y la democracia. Puede inclinarse alternativamente a la izquierda o a derecha; pero no puede suprimir la derecha ni la izquierda. Ni la revolución ni la reacción muestran, por eso, ninguna ternura electoral o parlamentaria. Las elecciones son, así para los reaccionarios como para los revolucionarios, una simple

* Publicado en **Variedades**, Lima, 31 de marzo de 1928.

oportunidad de predicar el cambio de régimen y de denunciar la quiebra de la democracia. Las elecciones italianas de 1921, convocadas en plena creciente fascista, dieron la mayoría a las izquierdas y trajeron abajo a Giolitti. El fascismo ganó apenas treintaicinco asientos en la cámara. Pero el año siguiente, después de la marcha a Roma, obtuvo de la misma cámara un voto de confianza. Poco importa que la reacción o la revolución estén próximas. Las elecciones, formalmente, oficialmente, necesitan dar siempre la razón a la democracia. La víspera misma de ganar el gobierno, los bolcheviques perdieron las elecciones. Los socialdemócratas de Kerensky tenían la cándida pretensión de que, dueños ya del poder, Lenin y sus correligionarios reconociesen a una asamblea que los condenaba a priori. Lenin, como bien se sabe, prefirió licenciar esta asamblea extemporánea y retórica.

El momento, por otra parte, es de temporal estabilización capitalista, que es como decir de estabilización democrática. Porque la burguesía puede haber empleado el golpe de estado fascista para conseguir o afianzar su estabilización; pero sólo en los países donde la democracia no era muy extensa ni muy efectiva. En Inglaterra, en Alemania, en Francia, el capitalismo se ha defendido dentro de la democracia, aunque se haya valido a ratos de leyes de excepción contra sus adversarios. La burguesía no es precisa o estrictamente el capitalismo; pero el capitalismo sí es, forzosamente, la democracia burguesa.

Los resultados de las elecciones no importan demasiado. El 11 de mayo de 1924, el bloque nacional y el **cartel** de izquierdas se disputaron acanitadamente en Francia la victoria electoral. El escrutinio de ese día no se contentó con derribar a Poincaré de la presidencia del consejo. No pareció satisfecho sino después de arrojar a Millerand de la presidencia de la república. Caillaux, el condenado del bloque nacional, regresó a Francia con cierto aire de césar democrático. Y, sin embargo, dos años después el **cartel** se disolvía, para dar paso a una nueva fórmula: un gabinete presidido por Poincaré, con Herriot en el Ministerio de Instrucción y

Briand en el del Exterior. El 11 de mayo no tocó, en consecuencia, la sustancia de las cosas. Herriot acabó colaborando en un ministerio poincarista y Poincaré concluyó presidiendo un gobierno apoyado en los radicales-socialistas. Esta vez, como la anterior, cualquiera que sea el resultado de las elecciones solo podrá sostenerse en el gobierno un ministerio de "opinión". El escrutinio no producirá, por ningún motivo, un gobierno de partido. Ni un bloque de derechas ni un **cartel** de izquierdas sería lo suficientemente sólido. El gobierno futuro tendrá que contar, como el de Poincaré, con el favor de la pequeña burguesía no menos que con la venia de la alta finanza y la gran industria. Una victoria del partido socialista sería, sin duda, la única posibilidad de acontecimientos imprevistos e insólitos. Pero ningún partido asumiría el poder con más miedo a sus responsabilidades ni con más miramiento a la opinión que el partido socialista. Los socialistas franceses se inclinan, por esto, a una reconstitución, más o menos adaptada a las circunstancias, de la fórmula radical-socialista. León Blum rehusaba en 1925 y 26, la participación de los socialistas en el gobierno en espera, según él, de que les llegara la oportunidad de asumirlo íntegramente por su cuenta. Esta política apresuró el regreso de Poincaré y el restablecimiento de la unión nacional, con el programa de revalorización del franco. Mas la oportunidad aguardada, con tanta certidumbre, por León Blum, no parece haber llegado todavía. Los socialistas no podrían hacer en el poder sino una de estas dos políticas: o una política revolucionaria, sostenida por todas las fuerzas del proletariado, que conduciría inevitablemente a la guerra social, o una política conservadora, de concesiones incesantes a los intereses y la opinión burgueses, como la practicada por los laboristas ingleses durante el experimento Mac Donald. En el segundo caso, un ministerio socialista duraría menos aún que el primer ministerio Herriot después de las elecciones victoriosas del 11 de mayo. En el primer caso, salvo la acción de jefes superiores, con dotes excepcionales del comando, los socialistas serían finalmente desalojados del poder por los comunistas.

El destino del partido socialista francés podría bien ser el de reemplazar al partido radical-socialista. Pero este proceso requiere tiempo. Los radicales socialistas, aunque pierdan súbitamente su ascendiente sobre las masas pequeño-burguesas de las grandes ciudades, conservarán por algún tiempo, sus clientelas electorales de provincias. Tienen viejas raíces que los defienden de una rápida absorción, sea por parte de la izquierda socialista, sea por parte de la derecha plutocrática. Su función no ha terminado: Y, mientras la estabilización democrática no se encuentre seriamente amenazada, su **chance** electoral seguirá siendo considerable.

GIOVANNI GIOLITTI*

Los días que corren no son propicios para una equitativa valoración de Giolitti. El fascismo no puede mostrarse demasiado indulgente con el político que más conspicua y específicamente representa la Italia demo-liberal, positivista, tendera burocrática de los últimos lustros pre-bélicos. El antifascismo post-aventiniano, — aunque grato a la firmeza con que Giolitti votó en el Parlamento contra la política anti-liberal del fascismo—, no puede perdonar al estadista piemontés su parte en los errores tácticos de gobierno que consintieron la marcha sobre Roma y la abdicación y desmoronamiento del Estado liberal. La apología de Francesco Crispi y de los hombres de la antigua derecha, se acomoda al gusto y al interés de la dictadura fascista mucho más que el reconocimiento de las benemerencias de Giolitti, que debió su fortuna política a la derrota del método crispiano.

Nunca se ha despotricado tanto en Italia contra la democracia sanchopancesca, utilitaria, negociante, giolittiana, en una palabra, de la "monarquía socialista" como desde que Mussolini, en la necesidad de sofocar toda protesta contra el régimen, anunció su intención de reemplazar definitivamente y formalmente al viejo Estado liberal por el Estado fascista. Giolitti ha escuchado sin

* Publicado en **Varietades**, Lima, 28 de julio de 1928.

inmutarse, en sus postreros años, las más exorbitantes y estruendosas requisitorias contra su sentido prudente, realista, práctico, administrativo, de la política.

La Italia de Vittorio Veneto, que el fascismo siente espiritual e históricamente tan suya, debe a la obra giolittiana, ordenadora y parsimoniosa, los elementos fundamentales de su costosa victoria. En largos años de una administración, que sacrificó los tópicos clásicos del **Risorgimento** a los hechos prosaicos de un trabajo de crecimiento y equilibrio capitalistas Giolitti, el neutralista, preparó a Italia para la guerra, capacitándola para ascender del desastre de Adua al triunfo de Vittorio Veneto.

El rencor de la Italia d'annunziana, retórica, militarista contra el sobrio y parco estadista piamontes, se ha tomado la más exultante y completa revancha contra el régimen fascista. Sería fácil, sin embargo, probar que el fascismo debe su persistencia y estabilización, más que a sus medidas de violencia, a su método oportunista, a su estrategia social, a una praxis, en suma, heredada del giolittismo, con la diferencia de que éste prescindía de la declamación idealista y asignaba a su función fines más modestos e inmediatos.

Giolitti era la antítesis del político programático y doctrinario. Pero, profesaba, sin duda íntimamente un ideal, que ahora se destaca más netamente que nunca como el resorte espiritual de su obra: el ideal de hacer de Italia un estado moderno, apto para superar definitivamente una pesada tradición clerical, comunal, güelfa, anti-unitaria.

Para consolidar el Estado liberal, monárquico y unitario, surgido de las luchas del **Risorgimento**, Giolitti comprendió que era necesario abandonar el dogmatismo y la intransigencia de Crispi y licenciar definitivamente una buena parte de las frases e ideas del **Risorgimento** mismo. La política del Estado, en la medida en que podía ser reformadora y progresista, en el orden político, te-

nía que apoyarse en las masas obreras, cada vez más ganadas al socialismo. El ideario liberal significaba un constante fermento de tendencias e impulsos republicanos. Giolitti liquidó la cuestión institucional acordando a las masas el derecho de huelga y asociación, el sufragio universal, el mejoramiento económico.

Críticas liberales como Mario Missiroli no le han ahorrado invectivas por su empirismo oportunista, exento al parecer de toda convicción doctrinal. Pero, precisamente, Missiroli, que acusaba a Giolitti de haber destruido el patrimonio ideal del **Risorgimento** con su política transformista de transacción y compromiso, ha acabado por reconocer, el fondo voluntarista e ideal de la política giolittiana. La experiencia de la crisis post-bélica, lo obligó a admitir que "la política giolittiana era la sola conveniente a un pueblo incapaz de superar las contradicciones de su historia milenaria". "Fue después de la catástrofe del socialismo y de la democracia —escribe Missiroli— cuando comprendí la ineluctabilidad de la política giolittiana y la grandeza de Giolitti. Fue entonces cuando intuí su profundo pesimismo, su patriotismo ascético, su infalible sentido de la historia. La grandeza de Giovanni Giolitti consiste en haber sabido gobernar, según los modos de la civilidad occidental, un pueblo que había permanecido extraño a las formaciones espirituales de la modernidad y en haberlo elevado, merced a una obra exclusivamente personal, por encima de su propia conciencia moral y de sus hábitos atrasados".

Piero Gobetti no anda muy lejos de Missiroli cuando define a Giolitti como "la sublimación más rara y casi única de la ordinaria administración". Giolitti, realmente, resolvía la política en la administración; pero sin perder de vista los fines superiores del Estado liberal. Incorporando a las masas en la vida política, como partido de clase, opuso a las inclinaciones conservadoras de la burguesía el contrapeso indispensable para que no condujesen al Estado al renegamiento gradual de los principios del liberalismo. El socialismo le permitió salvar al Estado de la estratificación burocrática y de la reacción ultramontana. La función del socia-

lismo, como Missiroli también lo acepta en el prefacio de su segunda edición de **La Monarquía Socialista**, que rectifica en parte las aserciones originales de la obra, fue eminentemente liberal en el período giolittiano.

Pero esta política sólo podía desenvolverse libremente en la época en que las masas se acomodaban con facilidad a una acción reformista. Desde que la guerra abrió un período revolucionario, el socialismo se tornó amenazador e inquietante. Giolitti, siguiendo su estrategia equilibrista de contrapeso y antinomias, pensó que podía servirse de las brigadas fascistas para volver a la razón a los socialistas. Luego, sería fácil reducir al orden a los **fasci di combattimento**. Su último gran servicio a la burguesía y al orden fue su actitud contemporizadora ante la ocupación de las fábricas. La resistencia del gobierno a la reivindicación obrera del control de las fábricas, habría provocado probablemente la revolución. Giolitti prefirió ceder a la demanda de las masas, quitándoles de este móvil concreto que las impulsaba a la lucha. Pero erró, en cambio, en su cálculo cuando disolvió a la cámara en 1921, con la esperanza de asegurarse, con el concurso de la violencia fascista, una mayoría manejable. Este error franqueó a los fascistas el camino del poder. Mussolini le debe toda su fortuna política. Si el ministro "de la mala vida" como le llamaban algunos por sus concomitancias con la plutocracia septentrional y las oligarquías y caciquismos meridionales, hubiese acerado en su maniobra electoral, la conquista de Roma por el fascismo habría quedado conjurada. Giolitti no se daba cuenta de la naturaleza extraordinaria, excepcional, de los nuevos tiempos. Con su calma y su socarronería piamontesas, creía que todas las efervescencias y exuberancias post-bélicas acabarían por apaciguarse y desvanecerse. Presentía, más próxima de lo que en verdad estaba, la estabilización. Este error histórico, esta falla política, han puesto en revisión toda su fatigosa obra de parlamentario y gobernante; y le han restado, en su última hora, la satisfacción de verse continuado.

EL GOBIERNO DE LA GRAN COALICIÓN EN ALEMANIA*

La laboriosa gestación del gabinete que preside el líder socialista Herman Müller, denuncia la dificultad del compromiso logrado entre la Social-democracia y el **Volkspartei** para constituir un gobierno de coalición en Alemania. Los socialistas, que en las últimas elecciones obtuvieron una magnífica victoria, han hecho las mayores concesiones posibles a los populistas y Stresseman (**Volkspartei**), que en dichas elecciones perdieron no pocos asientos parlamentarios. La social-democracia ha vuelto al poder; pero a condición de compartirlo con el partido que representa más específicamente los intereses de la burguesía alemana. El programa del gabinete Müller-Stresseman es un programa de transacción, en cuya práctica tienen que surgir frecuentes contrastes. A eliminar en lo posible las causas de conflicto, han estado destinadas, sin duda, las largas negociaciones que han precedido la formación del gobierno. Pero el compromiso, por sagaces que sean sus términos, está siempre subordinado en su aplicación al juego de las contingencias. La culminación de la victoria de los socialistas habría sido el restablecimiento de la coalición de Weimar: socialistas, centristas y demócratas; la asunción del poder por la coalición negro-blanco y oro; la restauración en el gobierno de los colores y el espíritu republicanos y democráticos. Pero una victoria electoral no es la garantía de una victoria parlamentaria. Las elecciones francesas del 11 de mayo de 1924 dieron la mayoría al bloque de izquierdas; pero la asamblea salida de ellas concluyó por restablecer en el gobierno a Poincaré. El parlamento y el gobierno parecen ser, además, en Alemania, desde hace algún tiempo, una escuela de prudencia y ponderación. Los partidos creen servir mejor sus doctrinas por la transacción que por la táctica opuesta. Alemania está resuelta a dar al mundo, — que la reprochó siempre su tiesura, su rigidez y su lentitud—, las más voluntarias seguridades de su flexibilidad, de su agilidad, de su ponderación. La elección de Hindenburg, candidato del bloque

* Publicado en **Varietades**, Lima, 11 de agosto de 1928.

de las derechas, que recibía de los nacionalistas el tono y el verbo, fue estimada por muchos como el comienzo de una restauración monárquica y conservadora, que en poco tiempo había cancelado el espíritu y la letra de la constitución de Weimar.

Mas la ascensión de Hindenburg a la presidencia tuvo, por el contrario, la virtud de conciliar, poco a poco, a las derechas con las instituciones democráticas. El partido populista ya había superado esta prueba. Pero el partido nacionalista conservaba aún, enardecido por la marejada reaccionaria, su intransigencia anti-republicana. El paso de la oposición al poder, lo obligó a abandonarla, al mismo tiempo que a suavizar, en obsequio a la política internacional de Stresseman, su aspereza revanchista. No obstante sus críticas y reservas, los nacionalistas han aceptado prácticamente la política de reconciliación de Alemania con los vencedores, hábilmente actuada por Stresseman. Y han relegado, durante largo tiempo, a último término, sus reivindicaciones monárquicas. Su colaboración con la república, aunque dosificada a las circunstancias, ha servido a la estabilización democrática y republicana del Reich. Los nacionalistas han salido diezmados de las últimas elecciones, en las cuales, en cambio, los partidos del proletariado, socialistas y comunistas, han hecho una imponente afirmación de su fuerza popular. Los socialistas no han podido, a su turno, sustraerse al influjo de esta atmósfera de moderación y compromiso. El retorno a la coalición de Weimar no les ha parecido inoportuno y aventurado sólo a los centristas, sino también a los propios directores de la social-democracia. Por esto la participación de Stresseman y el **Volkspartei** en el gobierno, reclamada también seguramente por Hindenburg, ha exigido una gestión empeñosa, en la cual los jefes socialistas se han sentido impulsados a una estrategia muy cauta. Stresseman, ha discutido con ellos en una posición ventajosa. Algunos votos menos en el parlamento, no han restado a su partido absolutamente nada de su significación de órgano político de la gran industria y la alta finanza. La social-democracia sabe perfectamente que al parlamentar con los populistas, trata con el estado mayor de la burguesía alemana.

Y, desde este punto de vista, el proceso de estabilización democrática de Alemania nos descubre, en sus raíces, un aspecto de la crisis del parlamentarismo o sea de la democracia. La potencia de un partido, como lo demuestra este caso, no depende estrictamente de su fuerza electoral y parlamentaria. El sufragio universal puede disminuir sus votos en la cámara, sin tocar su influencia política. Un partido de industriales y banqueros, no es lo mismo que un partido de heterogéneo proselitismo. Al partido socialista, que es un partido de clase, sus ciento cincuenta y tantos votos parlamentarios, si le bastan para asumir la organización del gabinete, no lo autorizan a excluir de éste a la banca y la industria, a menos que opte por un camino revolucionario que no es el suyo.

La gran coalición no deja fuera de la mayoría parlamentaria, sino de un lado a los nacionalistas fascistas y, de otro lado, a los comunistas. A la extrema derecha y a la extrema izquierda. Los comunistas, —que a consecuencia del fracaso de la agitación revolucionaria de 1923 han atravesado un período de crisis interna—, han realizado en las últimas elecciones una extraordinaria movilización de sus efectivos. Grandes masas de simpatizantes, han vuelto a favorecer con sus votos al partido revolucionario. La primera consecuencia de la victoria de la clase obrera en la política ha sido, por esto, la amnistía para todos los perseguidos y procesados político-sociales. Esta amnistía fue uno de los votos del pueblo. El gobierno no podía dejar de sancionarlo.

Los socialistas tienen cuatro ministros en el gabinete: Müller, canciller; Hilferding, Finanzas; Severing, Interior; y Wisel, Trabajo. Pero esta cuantiosa participación en el poder, no es la que corresponde a la fuerza electoral del proletariado. Stresseman y sus amigos pesan en el gobierno de la gran coalición, tanto como los ministros de la socialdemocracia. El equilibrio de este gobierno, por lo tanto, resulta artificial y contingente en grado sumo. Ya se habla de la probabilidad de apuntalarlo en el otoño próximo, con un remiendo. Y esto es lógico. La gran coalición es un frente demasiado extenso para no ser provisional e interino.

LA CAMPAÑA ELECTORAL EN LOS ESTADOS UNIDOS*

En el actual instante de la historia mundial, la elección de presidente de la república norteamericana es un acontecimiento de un interés internacional como nunca lo ha sido, ni aun cuando, — pendiente de este pacto la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de las Naciones—, tocó al electorado yanqui elegir al sucesor de Mr. Wilson. Era entonces demasiado evidente el descenso de Wilson para que se abrigase excesivas esperanzas respecto a la suerte del Partido Demócrata en los escrutinios. La elección de 1924 halló a los Estados Unidos en un grado más de su crecimiento como imperio y potencia mundial. Pero en esta elección las fuerzas electoras se dividieron no en dos, sino en tres grandes corrientes, con ostensible beneficio para el partido de la gran burguesía. El Partido Demócrata concurrió a la elección con una candidatura de débil ascendiente personal. Y la aparición de un tercer partido, con el senador La Follette a la cabeza, no podía ir más allá de una imponente movilización de fuerzas.

Esta vez, el electorado se concentra de nuevo en dos grandes corrientes. La política electoral norteamericana recobra su antiguo ritmo bipartito. La candidatura demócrata dispone de considerable y excepcional influjo popular; y su programa se diferencia del programa republicano con más vivacidad que en anteriores oportunidades. Otros factores singulares, además de la personalidad del candidato, juegan esta vez en la elección: la religión de Al Smith, cuya victoria significaría la ascensión de un católico por primera vez a la presidencia de los Estados Unidos; y su posición anti-prohibicionista que agita un ardoroso contraste de opiniones y aún de intereses. La actitud de los republicanos frente a los **desiderata** de los agricultores, a pesar de los esfuerzos del partido de Herbert Hoover por atenuar los efectos de su política económica en el electorado rural, aparece como otro agente de orientación eleccionaria que complica la situación.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 29 de setiembre de 1928.

La candidatura del Partido Republicano es característica del actual sentido de su misión. La designación de Herbert Hoover es debida, en gran parte, a su condición específica de hombre de negocios. La burguesía yanqui colocó siempre en la presidencia de la república a un estadista o un magistrado, a una figura que no significase una ruptura de la más encumbrada tradición de Washington y Lincoln. A un tipo de capitalista puro, se prefirió siempre un tipo burocrático o intermediario. Para esta elección, el partido republicano ha buscado un jefe en el mundo de los negocios. En un artículo del "Magazin of Wall Street" enjuiciando las cualidades de los principales candidatos como hombres de negocios, se consigna la siguiente apreciación sobre Hoover, oportunamente remarcada por Bukharin en un discurso en la III Internacional: "No es exagerado decir que él (Hoover) se considera y es realmente dirigente del mundo de negocios americanos. No hubo nunca en ninguna parte una institución tan estrechamente ligada al mundo de los negocios como el departamento de Hoover... El respeta al gran capital y admira a los grandes capitalistas. Tiene la opinión de que una sola persona que hace una gran cosa es mejor que una docena de sabios soñadores que hablan de lo que no han intentado nunca hacer y que nunca sabrán hacer. Es incontestable que Hoover presidente, no se semejará a ninguno de sus predecesores. Será un **business-president** dinámico, en tanto que Coolidge era un **business-president** estático. Será el primer **business-president** en oposición a los presidentes políticos que hemos tenido hasta ahora".

Smith representa la tradición demócrata. Es el tipo de estadista, formado en la práctica de la administración, más magistrado que caudillo. Poco propenso a la filosofía política, se mantiene casi a igual distancia de Bryan que de Wilson. Su carácter, su figura, hablan al electorado demócrata mejor que su ideología. En su nominación, el Partido Demócrata se ha mostrado más conservador que el Republicano, desde el punto de vista de la fidelidad a la tradición política norteamericana. Smith corresponde al tipo de presidente, configurado según el principio yanqui de que cual-

quier ciudadano puede elevarse a la presidencia de la república, mucho más que Hoover. La elección de Hoover, del gran hombre de negocios, con cierta prescindencia de inveterados miramientos democráticos —y demagógicos— sería, bajo este aspecto, un acto más atrevido que la elección de Al Smith, antiprohibicionista y católico.

¿Cuál de estos dos candidatos conviene más a los intereses del imperio norteamericano? He aquí la cuestión que el instinto histórico de su media y pequeña burguesía tiene que resolver, pronunciándose en su mayoría por Al Smith o por Herbert Hoover.

El resultado de los escrutinios no depende automáticamente de las estrictas fuerzas electorales de cada partido. Un cálculo, basado rígidamente en los porcentajes de las últimas votaciones, resulta, como es natural, desfavorable para los demócratas. En la elección, pueden influir en mayor o menor grado los factores especiales ya anotados, la personalidad del candidato demócrata, popularísima en el Estado de New York, el sentimiento público sobre la debatida cuestión del prohibicionismo, la influencia de los intereses agrícolas, la repercusión del programa de Al Smith en las masas populares. etc. Según un sistema de cálculo electoral, que Bruce Bliven llama una diversión inocente, los elementos que en esta oportunidad decidirán el voto de un elector son los siguientes: hábito (lealtad. partidista), "prohibicionismo", religión, personalidad del candidato. A estos factores se les asigna sobre una escala de 100, los siguientes puntos respectivamente: 60. 50, 55, 25. Según su prevalecimiento particular en cada estado, se predice el probable orientamiento de los estados cuyo resultado es dudoso. Pero más seguro es atenerse al estudio concreto de cada electorado Y a este trabajo andan entregados en Estados Unidos los expertos.

La **chance** de Smith se basa en sus probabilidades de una gran victoria en los estados del Sur. Estos Estados pueden dar 114 votos electorales. A estos votos se agregarán los de los Estados de-

mócratas de Kentucky, Tennessee y Oklahoma. La decisión del resultado global la darán los escrutinios de Massachusetts, Connecticut, Rhode Island, New York, New Jersey, Maryland, Illinois, Missouri, Wisconsin y Montana. Después de un atento examen de los coeficientes electorales de estos Estados, Bruce Bliven opina que Smith puede vencer en Rhode Island, New York, Maryland, Missouri, Wisconsin y Montana, mientras Hoover cuenta con mayores elementos de triunfo en los otros Estados mencionados. Del éxito con que maniobren los demócratas para atraerse los millones de votos que le favorecieron al senador La Follette, dependerá en gran parte la suerte de su candidato.

AL SMITH Y LA BATALLA DEMÓCRATA*

El partido demócrata norteamericano combate su actual batalla electoral con la energía de sus mejores tiempos. Como ya he tenido oportunidad de recordarlo, su movilización de votantes en 1924 careció de los estímulos y elementos que ahora la favorecen. La presencia del senador La Follette en el campo eleccionario, por una parte, y la descolorida personalidad de Mr. Davis, por otra, impedían al partido demócrata, en esa ocasión, imprimir a su campaña frente al partido republicano, el carácter vigorosamente polémico y antagónico, que ahora le granjea un extenso y activo proselitismo en la opinión liberal, en ese tercer partido latente, potencial, que mientras no ocupe este puesto el socialismo, esperan algunos ver surgir de la conjunción de los elementos no asimilados por los demócratas. Esta vez, ante la campaña de Al Smith, se habla en este sector liberal, "avancista", de una rehabilitación del Partido Demócrata. La candidatura y la personalidad del Gobernador de Nueva York han tenido la virtud de operar el milagro.

Este hecho prueba, ante todo, lo absurdo de la hipótesis de que en los Estados Unidos pueda desarrollarse un tercer gran partido que

* Publicado en **Varietades**, Lima, 28 de octubre de 1928.

no sea aún, por específicas razones americanas, socialista, revolucionario. Para el diálogo, para la oposición, dentro de la ideología demo-liberal, bastan dos partidos, el republicano y el demócrata. El tercer partido, como partido "progresista", "avancista", sobra absolutamente. Sólo aleatorias y contingentes corrientes electorales, originadas por un gesto o un tipo de secesión, pueden encender, de tarde en tarde, esta ilusión. Apenas el Partido Demócrata desciende a la arena, con un líder fuerte y un lenguaje beligerante, recupera su poder de polarización y absorción de todas las tendencias genéricamente radicales o democráticas. El tercer gran partido se incubaba, no en dispersos núcleos o capillas "independientes", sino en una clase, el proletariado, enfeudada aún en su mayoría al oportunismo y al empirismo de la Federación Americana del Trabajo.

Por ahora, la única función que las circunstancias históricas encargan a los imponderables elementos sueltos del tercer partido latente, es la de reintegrarse a la vieja corriente demócrata, tan luego como acierta a atraer a su cauce los arroyos colaterales, aptos para conservar su independencia sólo en las épocas de floja y mansa avenida. La adhesión de estos elementos sirve al veterano Partido Demócrata para recobrar el tono guerrero de los años en que W. I. Bryan, lejano aún de sus días de ancianidad ortodoxa y "trascendentalista", tronaba contra los **trusts** imperialistas.

Y no hay que sorprenderse de que iconoclastas habituales como el famoso H. L. Mencken, sostengan con entusiasmo y esperanza la candidatura de Al Smith, reconociéndolo un liberal de verdad que "ha mantenido como Gobernador del Estado de Nueva York, la libertad de palabra, las asambleas libres y todos los demás derechos y garantías del **Bill** de Derechos". El sentido práctico, muy anglo-sajón, de estos adversarios de la plutocracia republicana, representada por Hoover, apreció ante todo las posibilidades concretas de triunfo con que cuenta la candidatura de Al Smith, que en el caso de derrota constituiría al menos una imponente afirmación demócrata.

Todos los propugnadores de la candidatura de Al Smith se preocupan, fundamentalmente, de comunicar a sus lectores, su convicción de que, con una intensa y extrema movilización electoral, la **chance** del gobernador demócrata es muy grande. El análisis de la situación electoral de cada Estado, y en especial de los que, republicanos ordinariamente, pueden dar esta vez su voto al candidato demócrata, se convierte en la especulación favorita de escritores que ofrecen a Smith una adhesión estrictamente doctrinal, política.

Las bases electorales de los demócratas se encuentran, como es notorio, en los Estados del Sur. Toda confianza en la victoria de Smith reposa en la convicción de que el Partido Demócrata está seguro del **Solid South**. He enumerado ya los Estados de cuyo voto depende el resultado final de la lucha. Las razones por las que se atribuye a Smith probabilidades de ganar en estos Estados, son muy variadas e ilustrativas. En Rhode Island, por ejemplo, donde Mr. Davis obtuvo en 1924 el 36 por ciento de los votos, Al Smith dispone de un electorado mucho más numeroso, por ser católica casi la mitad de los votantes. En Nueva York, estado de mayoría republicana, el factor favorable es el ascendiente personal de Smith que debe a su popularidad tres victorias sobre los republicanos. El porcentaje de votos católicos, que es sólo de 27 a 28, juega en Nueva York un rol secundario. En Wisconsin, donde los demócratas únicamente obtuvieron el ocho por ciento de los sufragios en 1924, se asigna a Smith posibilidades de triunfo por la opinión anti-prohibicionista que en este Estado prevalece.

En el Sur, ciudadela de los demócratas, los republicanos explotarán contra Smith la intransigencia protestante; pero contra Hoover, y por ende a favor de Smith, opera en esos Estados un sentimiento reaccionario: la aversión a los negros. Hoover, según lo constata, precisamente, Mencken, ha herido este sentimiento, por no haber mantenido, como Secretario de Comercio, en las Oficina del Censo, la distinción racial. "En el Sur —dice Mencken— temen y odian a los negros más que al mismo Papa".

Si Smith sale electo, no deberá su victoria a lo que de liberal hay en su programa y de avanzado o reformista en su proselitismo, ni aún a sus cualidades de estadista y líder democrático, sino a la complicada interacción de factores tan diversos como el sentimiento de religión o de raza o la opinión respecto a la ley anti-alcohólica.

La política internacional que Smith, conforme a su programa, se propone desenvolver, es de reconciliación con la América Latina. En los propios republicanos no son pocos los que como el senador Borah consideran excesiva y censurable la política actuada por Coolidge, caracterizada por medidas como la intervención en Nicaragua, que tan categóricamente desmiente el presunto pacifismo del pacto Kellogg. Lo más probable, en general, es que al imperialismo yanqui le convenga actualmente una atenuación sagaz de sus métodos en los países latinoamericanos. Y, de otro lado, el crédito que puede concederse a la capacidad de una administración demócrata para no usar sino buenas maneras con estos países, aparece forzosamente muy limitado. El gobierno de los Estados Unidos, como lo probó el de Wilson, tiene que realizar la política internacional que le imponen las necesidades de su economía capitalista. Y, en todo caso, la victoria de Smith, como ya hemos visto, no significaría precisamente la victoria de su programa. Y, menos, que de ninguna, la de esta parte —las relaciones con la América Latina— que ocupa un lugar tan secundario en la atención del pueblo norteamericano.

HERBERT HOOVER Y LA CAMPAÑA REPUBLICANA*

Mr. Herbert Hoover, candidato del Partido Republicano a la presidencia de los Estados Unidos, dirige su campaña electoral con la misma fría y severa estrategia con que dirigía una campaña económica desde el Ministerio de Comercio o, mejor aún, desde su bufete de **business man**. Es, según parece, el mejor candidato que el Partido Republicano podía enfrentar a Al Smith, quien como ya hemos visto es, a su vez, el mejor candidato que el Partido Demócrata podía escoger entre sus directores. Ningún otro candidato permitiría a los demócratas movilizar a sus votantes con las mismas probabilidades de victoria. Con cualquier otro opositor, el candidato republicano estaría absolutamente seguro de su elección. Los dos grandes partidos confrontan a sus mejores hombres, como se dice, un poco deportivamente, en lenguaje anglo-americano.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 3 de noviembre de 1928.

Producida la elección de Herbert Hoover, éste efectuó una visita a América Latina. Así comentó la revista **Amauta** (Nº 19, noviembre-diciembre de 1928), en la sección "Notas" de "Panorama Móvil" la gira de Hoover y su paso por Lima:

"LA VISITA DEL SEÑOR HOOVER"

"¿Qué clase de mensaje ha traído a la América Latina el señor Herbert Hoover, presidente electo de los Estados Unidos? El señor Hoover es, ante todo, un hombre de negocios y ha dicho pocas y sobrias palabras. En Lima, ha hablado de la excelencia de la aviación comercial como medio de acercar a los pueblos de América. Su viaje, según propia definición, es un viaje de buena voluntad. El ingeniero y el puritano, el capitalista y el explorador, aparecen siempre en sus gestos y en su lenguaje.

"El señor Hoover ha trabajado en minas de Australia y la China, en finanzas de Europa, en la industria y la administración de Estados Unidos. Le faltaba este viaje a la América latina para redondear su experiencia personal del mundo. Antes de ocupar la presidencia de Estados Unidos, ha querido concluir su aprendizaje Imperialista.

[Sigue al pie de la página siguiente]

Ya he tenido oportunidad de observar cómo eligiendo a Smith, la democracia norteamericana se mantendría más dentro de su tradición, —y por ende se mostraría, en cierto sentido, más conservadora—, que si prefiriese a Hoover, por corresponder Smith al tipo específico de administrador, de gobernante, de estadista, que la república de Washington, Lincoln y Jefferson ha estimado invariablemente como su tipo presidencial, aún dentro de la más rigurosa política imperialista y plutocrática.

Hoover procede directamente del estado mayor de la industria y la finanza. Es, personal e inmediatamente, un capitalista, un hombre de negocios. Tiene la formación espiritual más integral y característica de líder industrial y financiero del imperio yanqui. No viene de una facultad de humanidades o de derecho. Es un ingeniero, modelado desde su juventud por la disciplina tecnoló-

"Porque el señor Hoover, en la presidencia de los Estados Unidos, representa al mismo tiempo que el capitalismo puro, una concepción plenamente Imperialista de la política yanqui. El capitalismo, con esta elección, prescinde de intermediarios, en la más típica de sus democracias: no busca ya su jefe de gobierno entre tipos de magistrados, estadistas o profesores, sino directamente entre tipos de industriales y financistas de versación mundial, con servicios en los 5 Continentes. Llegamos a la etapa en que el hombre de Estado se identifica absolutamente con el hombre de negocios.

"El mensaje del señor Hoover no es, por ende, el de sus millones de electores. —que al elegirlo han votado unos por el protestantismo, otros por el prohibicionismo, otros por el mas cuáquero y norteamericano de los candidatos—, ni es siquiera el mensaje del Partido Republicano, que fue el del gran leñador Lincoln y hoy se contenta con ser el de la plutocracia de Wall Strett; es el mensaje de la diplomacia del dólar, la misma cuando habla por boca del señor Coolidge que cuando habla por boca del señor Borah. Cuestión de roles.

"La crónica, si es exacta, registrara que el señor Hoover encontró en Lima, como es lógico, cortesía oficial, atenciones protocolarias; pero que el pueblo, en todas sus capas, presenció su llegada con la más absoluta y compacta indiferencia. No tenía por qué mostrar otro gesto. Con prisa norteamericana, con velocidad de **recordman**, el señor Hoover quiere llevarse una impresión cinematográfica de la América Latina. Esta impresión debe ser lo más superficial y física que resulte posible". (N. de los E.)

gica del industrialismo. Hizo, apenas salido de la Universidad, su aprendizaje de colonizador en minas de Australia y de la China. En su madurez, como Director de Auxilios, amplió y completó en Europa su experiencia de los intereses imperiales de los Estados Unidos.

Este último es, al mismo tiempo, el cargo del cual arranca su carrera política. Porque, sin haber pasado por el servicio público y haberse acreditado competente en él, es evidente que ningún **business man** norteamericano, aún en una época de extrema afirmación capitalista, estaría en grado de obtener el voto de sus correligionarios para la presidencia de la República.

Por profesar con entusiasmo y énfasis ilimitados el más norteamericano individualismo, Hoover pertenece, sin duda, a la estirpe del **pioneer**, del colonizador, del capitalista, mucho más que Smith. Su protestantismo hace también de Hoover un hombre de más cabal filiación capitalista. Hoover reivindica, con intransigencia, la doctrina del Estado liberal, contra las proclividades intervencionistas y humanitarias del demócrata Smith. Pero esto, en los tiempos que corren, no importa propiamente fidelidad a la economía liberal clásica. El individualismo de Hoover no es el de la economía de la libre competencia, sino el de la economía del monopolismo, de la cartelización. Contra las empresas, negocios y restricciones estatales Hoover defiende a las grandes empresas particulares. Por su boca, no habla el capitalismo liberal del período de libre competencia, sino el capitalismo de los **trusts** y monopolios.

Hoover es uno de los líderes de la "racionalización de la producción". Como una de sus mayores benemerencias, se recuerda su acción, en el Ministerio de Comercio, para conseguir la máxima economía en la producción industrial, mediante la disminución de los tipos de manufacturas y productos. El más cabal éxito de Hoover, como secretario de Comercio, consiste en haber logrado reducir de 66 a 4 las variedades de adoquines, de 88 a 9 las de

grados de asfalto, de 1,351 a 496 las de limas y escofinas, de 78 a 12 las de frazadas, etc. Paradójico destino el del gobernante individualista, en esta edad del capitalismo: trabajar, con todas sus fuerzas, por la estandarización, esto es por un método industrial que reduce al mínimo los tipos de artículos y manufacturas, imponiendo al público y a la vida el mayor ahorro de individualismo.

Quizá igualmente paradójico sea el destino del capitalista e imperialista absoluto en el orden político. Contribuyendo a que el proceso capitalista se cumpla rigurosamente, sin preocupaciones humanitarias y democráticas, sin concesiones oportunistas a la opinión y a la ideología medias, un gobernante del tipo de Hoover, apresurará probablemente mejor que un gobernante del tipo de Smith, el avance de la revolución y, por tanto, la evolución económica y política de la humanidad. La experiencia democrática demagógica de la Europa occidental, parece confirmar plenamente la concepción soreliana de la guerra de clases en la economía y la política. El capitalismo necesita ser, vigorosa y enérgicamente, capitalista. En la medida en que se inspira en sus propios fines, y en que obedece sus propios principios sirve al progreso humano, mucho más que en la medida en que los olvida, debilitada su voluntad de potencia, disminuido su impulso creador.

Hilferding, el ministro de la social-democracia alemana, —más estimable sin duda como teórico del **Finanzkapital**— decía no hace mucho que, puesto que el capitalismo seguía adelante, no era posible dudar de que se avanzaba hacia la revolución, porque nada es más revolucionario que el capitalismo. El juicio de Hilferding, como conviene a la posición de un reformista algo escéptico, acusa un determinismo demasiado mecanista, incompatible con un verdadero espíritu socialista y revolucionario. Pero, es útil y oportuna su cita en este caso, como elemento de investigación del sino de la candidatura Hoover. Los que en la política norteamericana operan en una dirección revolucionaria, pueden admi-

tir íntimamente que la victoria de Hoover, dentro de un orden de circunstancias que es el más probable en un período de temporal estabilización capitalista, convendría a la transformación final del régimen económico y social del mundo, más que la victoria del demócrata Smith. Pero no les es dado o lícito pensar esto, sino a condición de oponerse con toda su energía, a esa misma victoria de Hoover, aún a trueque de ir al encuentro de la victoria de Smith. Porque la historia quiere que cada cual cumpla, con máxima acción, su propio rol. Y que no haya triunfo sino para los que son capaces de ganarlo con sus propias fuerzas, en inexorable combate.

LA CRISIS MINISTERIAL FRANCESA*

Los radicales socialistas franceses no han podido conciliar su posibilismo y su programa hasta el punto de renegar toda la tradición laicista de su partido —y con ella toda la política de Waldeck-Rousseau y Combes— acompañando a Poincaré en el restablecimiento de las congregaciones religiosas. Un vivo clamor se alzó en los rangos radicales socialistas contra esta medida del gobierno de Poincaré aconsejada por razones de prestigio y expansión internacionales, a las cuales se habrían rendido seguramente los propios ministros radicales socialistas Herriot, Sarraut, etc., sin la agitación culminada con el voto del partido adverso a este capítulo de la política poincarista.

Poincaré ha reorganizado el gabinete con una numerosa participación de los republicano-socialistas— Briand, Painlevé, Hennessy, etc.—; pero la presencia de este grupo no confiere absolutamente a su gobierno el carácter con el cual apareció, en el período agudo de la crisis del franco, y con el cual se confirmó en la campaña eleccionaria. Los radicales-socialistas, aunque sus jefes no sean en verdad muy proclives a una duradera beligerancia, — Herriot tiene una perfecta psicología de pacifista burgués y Sa-

* Publicado en **Varietades**, Lima, 11 de noviembre de 1928.

rraut es, ante todo, orgánicamente, un prefecto—, han pasado a la oposición, después de tres años de renuncia a actuar su propia política. La gran coalición burguesa, presidida por Poincaré para hacer frente a la crisis del franco, ha terminado.

No tiene mucha importancia el hecho de que uno de los grupos que constituyeron el 11 de Mayo de 1924 el bloque de izquierdas, —los republicanos socialistas— permanezca al lado de Poincaré, que le ha acordado una representación excesiva en el poder: cinco portafolios. Los republicanos socialistas componen un grupo parlamentario —más propiamente que un partido— numéricamente débil, cuya fuerza reside en la habilidad estratégica de Briand y otros de sus diputados para maniobrar en el Parlamento. Briand y los republicanos socialistas, lo mismo que Loucheur y sus "radicales de izquierda" acompañaron al bloque nacional hasta la víspera de su derrota del 11 de mayo. Loucheur, magnate de la industria, tiene intereses económicos incompatibles con la oposición.

Pero Briand y Loucheur en el ministerio son el signo de que Poincaré es aún la carta más fuerte. Las últimas elecciones han servido a Poincaré para quebrantar y disminuir la posición de los radicales socialistas. Bajo el estandarte ministerial, los radicales socialistas no pudieron esta vez presentarse al país con un programa de izquierda. Tuvieron que contentarse con un desteñido rol subsidiario. Poincaré les escamoteó diestramente la estrecha mayoría que le quitaron en 1924.

Para rehacer el bloque de izquierda, hace falta tiempo. Los radicales socialistas reanudarán necesariamente su inteligencia con los socialistas; pero reconstituirán el bloque con una autoridad disminuida por el fracaso de su política de coalición. Si en 1924 se acusaba a Herriot de obedecer a las sugerencias de León Blum, ahora en el poder de los socialistas, dentro de nuevo bloque de izquierdas, se mostrará lógicamente acrecentado. La oposición acechará la primera fisura en el gabinete, para traer abajo a Poin-

caré. La cuestión de la participación en el poder volverá a plantearse entonces a los socialistas. La última crisis, la ha puesto de nuevo en debate. Un período de graves deliberaciones comienza para el partido socialista que, siendo de hecho un partido de gobierno, no se resuelve todavía a aceptar los riesgos y los honores de la participación directa en el poder.

Quienes pueden regocijarse del sentido de la crisis son los elementos clericales. El gobierno de la Tercera República, después de varios lustros de política anticlerical, reconoce necesarias a la expansión de Francia en el extranjero las congregaciones religiosas. Lo que antes se canceló, en nombre de la laicidad, ahora es restablecido en nombre de conveniencias nacionales. Se descubre que las congregaciones, intolerables como agentes de la Iglesia en el interior, son buenos instrumentos de la política internacional del Estado. El partido radical-socialista no ha podido suscribir esta política. Mas en esto hay que ver, sobre todo, una consecuencia de su rol gubernamental secundario. Es probable que, con la jefatura y las responsabilidades del gobierno en sus manos, le hubiera sido menos inconcebible rectificarse. Herriot y Sarraut habrían encontrado entonces argumentos persuasivos para aplacar la excitada asamblea de sus correligionarios. En una condición de inferioridad y obediencia, la abdicación se agravaba extremamente.

Tardieu, en el Ministerio del Interior, en reemplazo de Sarraut, imprime un fuerte color derechista al programa interno del nuevo gobierno. León Blum ha dicho que Tardieu es un hombre de izquierda por su temperamento; pero que las circunstancias lo han llamado a jugar la función de hombre de derecha. El interés de apelar al instinto de conservación y defensa de las clases conservadoras para mantener en el poder a Poincaré y su coalición, obligará a Tardieu, en este caso, a acentuar su tendencia reaccionaria. Sarraut, como Ministro del Interior, resultó un típico prefecto de policía. Tardieu, conservador de gran estilo, tratará de hacer sentir más su fuerza personal. Es, entre los nuevos minis-

tros, el que más evidentemente se entrena para suceder a Poincaré en el puesto de **condottiero** de las fueras conservadoras.

EL PROBLEMA DE YUGOESLAVIA LOS CROATAS CONTRA BELGRADO*

La historia de Belgrado, la capital del reino servio ayer, del reino servio-croata-esloveno desde la victoria aliada, parece marcada por un signo trágico. Los capítulos de su política se cierran con uno o varios asesinatos, como los más truculentos dramas de otro tiempo. El reinado de Pedro Karageorgevich arrancó de la más balkánica de las tragedias reales. (El asesinato de Sarajevo. que prendió fuego a Europa en 1914 es un episodio de la historia de Belgrado). Hoy, el asesinato de los jefes de la oposición croata, en plena sesión del parlamento de Belgrado, el 20 de junio último, es la señal de una lucha a muerte que no concluirá probablemente sino con el derrocamiento de una dinastía. Según afirma Vladimiro Raditch, hijo del célebre Esteban Raditch, muerto en agosto último a consecuencia de las heridas que recibiera en esa sesión sangrienta, ese asesinato "ha enterrado definitivamente, y para siempre, la estructura actual del Estado. Este régimen no existe más para el pueblo croata".

Se recuerda la insólita tragedia. Dos diputados de la oposición croata Pavlé Raditch y Gjoure Bassaritchev fueron muertos ese día en el Parlamento. Las balas de los diputados ministeriales hirieron mortalmente al viejo Raditch, jefe del partido campesino croata, a quien en la lucha contra el centralismo servio seguían masas fanáticas. Los Diputados croatas y servios que pertenecen a la coalición agrario-demócrata se retiraron del parlamento nacional. Y, reunidos en Zagreb, en la dieta croata, declararon el desconocimiento de esta asamblea y de todo el régimen constitucional. Desde ese instante, las fuerzas políticas que componen la coalición, se encuentran en abierta rebelión contra el Estado y la

* Publicado en **Varietades**, Lima, 15 de diciembre de 1928.

carta constitucional en que éste reposa.

Con esta declaración, la oposición croata no hace más que volver a su primitiva actitud. La constitución del reino servio-croata-esloveno careció desde su origen del consenso croata. Croatas y eslovenos que, dentro de Austro-Hungría, habían conservado ciertos derechos administrativos y se habían elevado a un nivel de educación política superior al de los serbios, fieles aún al estilo balcánico, propugnaban un régimen federativo que asegurase a cada una de las partes del nuevo Estado una relativa autonomía administrativa. Pero la clase gobernante servia, que se sentía absolutamente apoyada por las potencias vencedoras, no estaba dispuesta a renunciar a su predominio. Y aprovechó de esta ventaja para imponer al país una constitución de su gusto. Los grupos croatas y eslovenos hicieron, desde entonces, de la revisión de esta Carta la más esencial de sus reivindicaciones. Y el partido campesino acaudillado por Raditch se destacó en esta agitación por el numeroso proselitismo con que contaba en las masas su programa agrario.

Hubo un tiempo en que, puesto casi fuera de la ley, este partido daba la impresión de entrar en una vía insurreccional. Esteban Raditch adhirió a trabajos revolucionarios, con sede en Moscú, para crear una internacional campesina. La cooperación del partido agrario y del partido comunista parecía probable. Los comunistas habían obtenido, a poco de la organización de sus filas, doscientos mil votos sobre millón y medio de sufragios nacionales y 59 asientos en la cámara sobre un total de 419. No obstante la represión gubernamental, constituían una fuerza enorme. Los campesinos de Raditch tenían para actuar enérgica y eficazmente contra el régimen el doble estímulo de la cuestión agraria y de la cuestión constitucional.

Pero de pronto se produjo un cambio de conversión en Raditch y sus adeptos. El número de puestos ganado por este partido en las elecciones de representantes y la amenaza constante de una insu-

rección indujeron a Patchitch, el patriarca de la burguesía servia y jefe de la reacción, a atraer a Esteban Raditch a una política colaboracionista. Los políticos ingleses, según declara el propio Vladimiro Raditch, decidieron al líder croata a situarse en el terreno parlamentario y seguir una línea transaccional. Entre el compromiso, aconsejado por Londres y la revolución, propuesta por Moscú, Esteban Raditch prefirió el compromiso. Hay que hacer a su resolución el honor de suponerla ajena a toda sugestión mezquina. Pero una vez más se comprobó en la historia el peligro de que la suerte de un partido de masas esté en manos de un caudillo de autoridad absoluta y tipo taumátúrgico. Raditch se equivocó. Ha pagado su error con su vida; pero a su causa este error le ha costado todavía más.

Después de un fugaz período de participación en el gobierno y de asistencia al parlamento, la oposición campesina vuelve a la lucha ilegal. El asesinato de tres de sus representantes y su máximo caudillo, ha abierto entre ella y el parlamento de Belgrado un abismo que el puente de ninguna transacción puede ya salvar. Vladimir Raditch anuncia la voluntad de las masas de luchar hasta el fin. Esta misma era su voluntad cuando hace cuatro años Esteban Raditch las condujo al compromiso y las obligó a la espera.

Para defender al régimen no vigila ya en Belgrado el viejo Patchitch. La corte de Belgrado ha perdido con este veterano servidor, a su más experto político. Se habla, de vez en vez, como de una solución para el problema de Macedonia, de la reunión en un solo Estado de Bulgaria y Yugoslavia como también se llama el reino servio-croata-esloveno. Pero esta idea no podría realizarse sino después de otra guerra y con otro Patchitch, más experto y redomado todavía, como gerente. Además, en el plano de las previsiones y proyectos para el porvenir, la ha desplazado ya una idea más grande: la de la Federación de los Estados Balkánicos. Federación igual a desbalkanización, ha insinuado ya alguien.